

MASER

MEME ROTECOA

fanzine



MASER fanzine

MASER fanzine

EDITAN: Jesús Parera y Juan José Parera
c/ Virgen del Portillo, 1-3º-2
Madrid 27
España

ANAGRAMAS: Jesús Parera

COMPOSICION: F. Arellano

MAQUETACION: Jesús Parera

ILUSTRACIONES: Ricardo Machuca
Antonio J. Morata
Jesús Parera

SECCIONES: Calder
Rafael Marín Galvín
Rafael Marín T.
Juan José Parera
Julio Septien
Roberto R. Toyos

IMPRIME: Tiolo

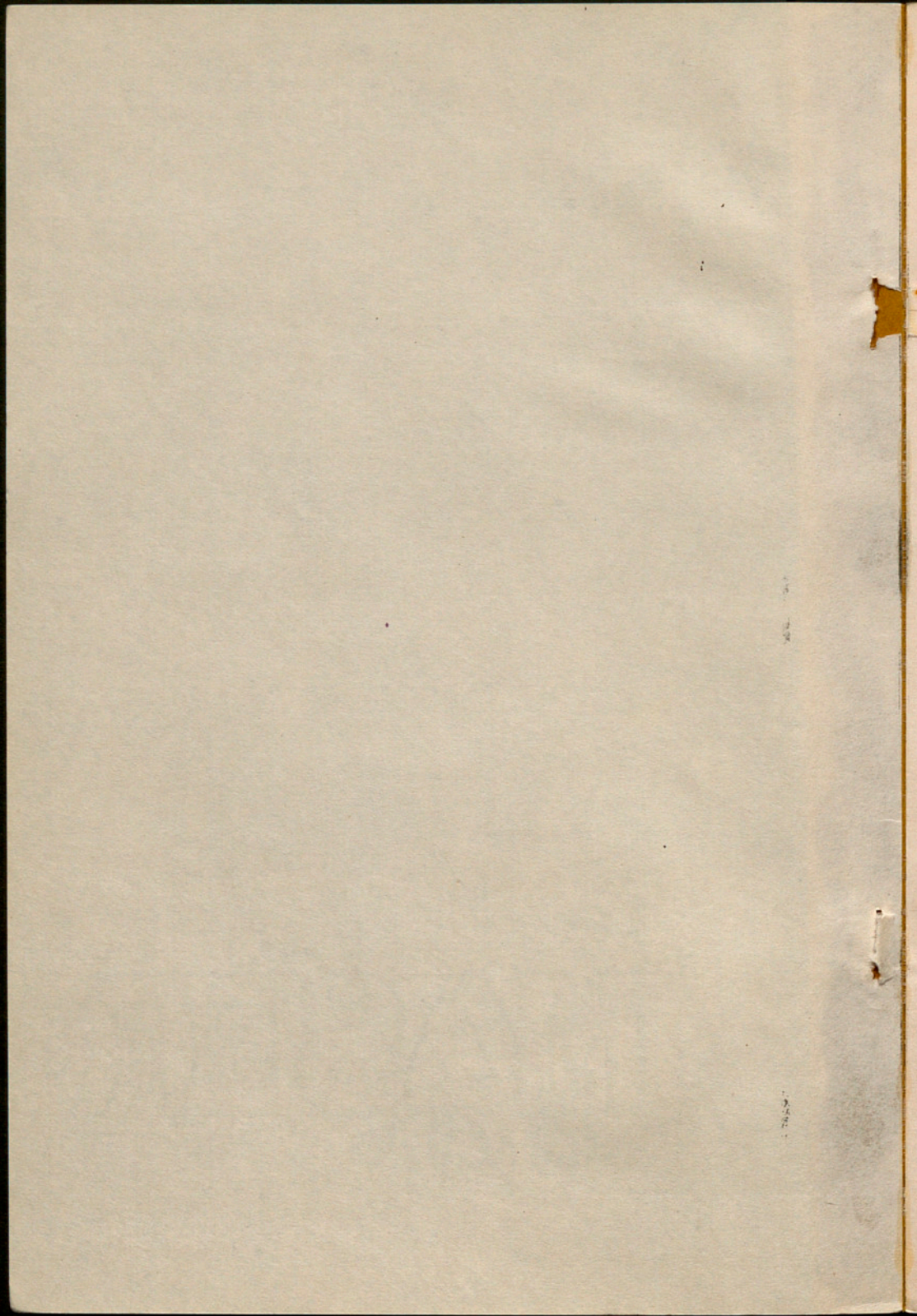
Junio 1983

"A nuestra madre, que ya era hora."

Portada: Antonio J. Morata
Contraportada: Jesús Parera

MASER

lanzine



EDITORIAL

Viejos problemas, nuevas crisis 7
Juan José Parera

Mundo sueño 9
Juan Carlos Planells

Hay que tener cuidado con los sueños hipnóticos, pueden ser peligrosos 38
Angel L. Calderay

LA COMPUTADORA

Masers y Lasers 45
Rafael Marín Galvín

Hogar, dulce hogar 48
Juan José Parera

La consulta 57
Joan Manel Ortiz

La estrella que más brilla 62
Rafael Marín Galvín

ANTENA

Música: Hawkwind, algo más que letras de SF 75
Roberto R. Toyos

Poesía: Silencio-Todo y Poema de Amor Cibernético 80
Calder y R. Marín G.

Concurso de Relatos e Ilustración MASER
Autor: Rafael Marín: L'enfant terrible 82

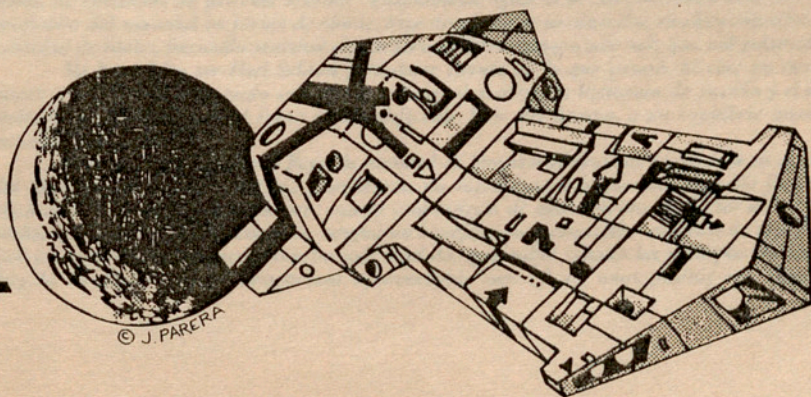
El retiro y posterior descanso de Dorgon, el héroe 85
Rafael Marín

Wargo 89
Rafael Marín

Nocturno 89
Rafael Marín

ICONOGRAFIA

Julio Septièn 92



Aquí está el número cinco.

Y esta vez con una característica fundamental con respecto a los anteriores: Como ves hemos recurrido a la composición. Se trataba de poder dar un poco más a los aficionados, y en esta ocasión ha ganado el aspecto visual. El número de páginas no aumenta sensiblemente, pero el volumen total del fanzine sí que se hace mayor. La idea es seguir por este camino e incluso empezar a disminuir el tiempo que media entre cada salida. Para ello iniciaremos una campaña de divulgación todo lo amplia que podamos dentro de nuestras posibilidades. Ya sabes que aquí es donde está tu campo, en darnos a conocer a aquellos que interesados o no, les importe algo el panorama literario de la ciencia ficción española.

Verás en el interior del número que hemos creado un Primer Concurso de Relatos e Ilustración, con un premio modesto pero lleno de aliciente. Sacaremos un número especial dedicado a la ciencia ficción en cómic y al cómic de ciencia ficción. Y el proyecto más ambicioso es realizar una auténtica MASERCON si es que ello es posible. ¡Ab! es nada! Proyectos no nos faltan y poco a poco iremos dando salida a todos ellos.

Por cierto, ¿te has fijado que este número ha salido un poco más caro? La calidad, el carburante... ya sabes. Pero puedes aprovechar la ventaja de la suscripción (míralo al final del número). Te vas a aborrar un quince por ciento y nos bechbas una mano. Además, prometemos solemnemente, y a responsables nos gana muy poquita gente, devolver el dinero a todos en el caso fatídico de que desaparezcamos del mundo fanzínístico de la ciencia ficción nacional.

Los editores.

EDITORIAL

Viejos problemas

Nuevas crisis

Con este número de MASER fanzine finalizamos nuestros dos primeros años de publicación, esperando continuar durante mucho tiempo. A lo largo de 1981 y 1982, en la ciencia ficción española vista desde una perspectiva global, hemos podido asistir a algo importante: el género muestra, al menos aparentemente, un nuevo empuje y revalorización.

Las pantallas de los cines principalmente, pero también los videos y la televisión se han ido haciendo eco de este empuje presentando muchos nuevos films, con mejor o peor acierto... Los títulos están en la memoria de todo el mundo, con nuevas divisiones y subgéneros que entran de lleno o tocan suficientemente la vertiente fantascientífica y/o especulativa.

El cómic cada vez muestra mayor cantidad de adaptaciones literarias de ficción mientras las nuevas producciones se encaminan hacia este mismo tipo de inclinación. Puestos a rizar el rizo, se empieza a editar la ciencia ficción en fascículos.

La producción fanzinstica, aun contra su falta de periodicidad, está asentando posiciones, pudiendo asegurar a sus lectores el que un número vaya a seguir al anterior aun a costa de muchos meses de paréntesis. Ultimamente, sólo BLACK HOLE optó por despedirse después de un malogrado número cuatro que ni siquiera ha sido informado al aficionado. No puede dejarse aquí sin destacar a TRANSITO que, en menos de un año, ha pasado a ser el fanzine que más números ha puesto en circulación, y que actualmente ostenta la cabecera en cuanto a producción, acercándose al ejemplar de dos cifras. Córrense rumores que otros fanzines van a empezar a funcionar.

Todo ello contrasta fuertemente con lo que ha sucedido a nivel profesional dentro de la vertiente literaria. Me explicaré: caso de NUEVA DIMENSION que ha pasado a bimestral y con una reducción simultánea del 20 por 100 en el número de páginas efectivas. Algunos hubiésemos preferido una subida de precios que ya se esperaba. Subida que terminará produciéndose mientras que el paso a mensual y a ciento noventa y ocho páginas, costará mucho más poderlo hacer. Caso de ZIKKURATHI, que pasó de boyante fanzine a flamante revista para después abandonar la más mínima periodicidad y terminar desapareciendo. Caso de MARGINALIA, que en tres años no ha conseguido sacar su número dos a pesar de haber ofrecido unos addendums como compensación. Caso de ALIEN, desaparecida por su propia incoherencia interna. Caso de las editoriales con colección, que llevaron una tónica más o menos mantenida hasta el verano pasado; poco después vendrán los espaciamientos en las salidas o la disminución de los volúmenes.

¿Qué es lo que está ocurriendo? En un momento de gloria de la ciencia ficción audiovisual, con un movimiento en el fándom por lo menos de asentamiento, todo parece que vaya peor que nunca.

Pero es que esa es la realidad. Si ya antes se leía poca literatura y por tanto, poquísimas literatura de ciencia ficción o ficción especulativa o cualquier otra definición que quieras poner, no hace falta ser un gran matemático para sumar dos y dos. Ahora puedes acceder a la ficción a través de enlatados en película sensible. Exactamente igual al hecho observado hace tres años: la profusión del material en forma de cómic, hizo disminuir la producción, tirada y difusión de gran cantidad de libros, haciendo realidad el aforismo de "una imagen vale más que mil palabras".

No hace falta ser Hari Seldon para darse cuenta de lo que pasará. El cine no desterró al teatro y la televisión no pudo con el cine. De igual manera, la literatura de ficción y el material audiovisual, llegarán con el lento e inmodificable fluir del tiempo, a un equilibrio interno que beneficiará a ambos.

Mientras este equilibrio llega, la realidad es que actualmente el medio está en crisis. Parte del fándom, en el que están los faneditores, no representa más que una pequeña fracción que trata de luchar, inconscientemente, contra esta especie de agotamiento del lector actual. De esta lucha, hacia dónde va encaminada, surgirá un beneficiario indiscutible: el lector de mañana. Es el que encontrará una literatura mucho más madura, que habrá limado las múltiples asperezas que hoy la barrunta; una infraestructura aprovechable más eficaz; unos medios más amplios que

evitarán caer en los mismos errores del pasado.

Habrà por tanto un futuro en el que no haya nuevas crisis, en el que se encuentre solución a los viejos problemas. O quizá no lo haya, y ese futuro sea semejante al ahora, con sus crisis y sus problemas volviendo a fluir, llenando la vida.

Antes me dió pena todos aquellos que se quedaron en la marcha para que el hoy sea realidad. Ahora, de manera más directa, me afecta la angustia de saber que otros muchos caeremos en este tránsito, tratando de despejar el camino.

JUAN JOSE PARERA

Mundo Sueño

© 1982, JUAN CARLOS PLANELLS
© ILUSTRACION, 1982, A. MORATA

El que un prestigioso crítico y colaborador de todas las manifestaciones del fándom se haya pasado a la creación literaria sin abandonar sus anteriores ocupaciones, supone una actitud activa que le honra, pues como él mismo nos reconoce, esta creación no es sencilla, sino compleja; no es gratificadora, sino amarga en casi todos los momentos. Sin embargo, aquí vuelve a estar. Después de sus relatos aparecidos en KANDAMA (Número 4) y MASER (Número 3), Juan Carlos Planells se ha decidido a escribir unos relatos-rfo sobre un peculiar personaje del espacio, Dick Malone. Este es el primero de ellos.

1.

Cuando la nave ya hubo aterrizado, Adam Hersting salió de la misma y fue el primer terrestre en pisar el suelo de Simo. La cámara situada en el estribor del vehículo espacial captaba las figuras de los habitantes del planeta —cuatro o cinco figuras, por el momento—, acercándosele. En aquel claro de brillante hierba verde, tan semejante a cualquier paraje de la Tierra, Adam Hersting se detuvo al verles. Alzó solemnemente el brazo derecho, con la palma abierta y dibujó una sonrisa en su rostro.

—Paz —dijo.

Uno de los simonianos —piel verde, brazos desmesuradamente largos, cabeza de sapo—, se acercó a Adam por la espalda armado de una rama de árbol. Le golpeó fuertemente con ella y le abrió el cráneo.

Adam Hersting murió.

2.

En Control de Tierra reinaba el más profundo de los silencios. Todas las miradas estaban clavadas en la pantalla que reflejaba, por enésima vez, el asesinato de Adam Hersting. Nadie se atrevía aún a romper el silencio.

—Basta —ordenó el profesor Teófilo—. Fuera la película.

La pantalla se tornó amarilla y finalmente blanca. Se oyeron algunos suspiros y comentarios en voz baja, acallados rápidamente ante la tos bronca del profesor Teófilo. Este se puso en pie y abandonó la sala encaminándose hacia los despachos. Cuando hubo desaparecido, empezaron a formarse ya los corros entre los diversos técnicos y los comentarios fueron proferidos en voz mucho más alta y con evidentes tonos de nerviosismo.

Patrick Mendoza sepultó su cabeza en las manos y clavó los codos en su tablero. A su lado, Magda le miró rápidamente y vaciló como insegura de unirse a alguno de los corros o seguir a su lado. Finalmente dijo:

—Es... es increíble.

—¿Por qué? —dijo sin entonación Patrick—. Un día u otro tenía que ocurrir algo así, ¿no?

—Sí, pero...

—¿No leste nunca de pequeña historietas de exploradores que llegaban al Africa y eran devorados por los canfbales? Bueno —añadió amargamente—, al menos no han devorado a Adam... por ahora. Sabe Dios lo que harán con su cuerpo.

—¿Quieres que lo veamos? —sugirió Magda—. Puedo volver a conectar la pantalla y...

—No, déjalo. Mejor no verlo. Y puede que regrese inopinadamente Teófilo y nos sorprenda. Ha dicho basta y es basta.



A.J. MORATA-

—Yo me hago responsable —adujo Magda.

—Te digo que no...

Pero ya ella estaba conectando la pantalla, que empezó a despedir reflejos dorados y sobresaltó a todos los compañeros que se hallaban enfrascados en sus discusiones. Las miradas fueron hacia la pantalla y hacia el sillón del doctor Teófilo. Al verlo vacío, se clavaron en Magda. Esta hizo una mueca a todos en general y se concentró en la imagen, que ya empezaba a recibirse.

—Mira —dijo.

De mala gana, Patrick levantó la cabeza y estudió la pantalla. Vio un grupo de simonianos arañando la tierra cerca del cuerpo de Adam Hersting. Frunció el ceño. ¿Qué diablos estaban haciendo? Pronto lo comprendió, al igual que todos los demás. Estaban cavando una tumba. No tardaron mucho. Eran tres cavando y sus largos brazos y afiladas uñas les permitían hacerlo con rapidez y efectividad. En apenas un minuto, habían abierto un hoyo en la tierra. Parece una tierra muy blanda, reflexionó Patrick. A continuación, cogieron con mucho cuidado —casi se diría que con respeto, se sobresaltó al pensarlo Patrick— el cuerpo de Adam Hersting y lo depositaron en la fosa, cubriéndola enseguida con la misma tierra rojiza que habían extraído. Terminaron también enseguida. Permanecieron unos segundos los tres de pie, contemplando con fijeza el lugar. A lo mejor, clavarán una cruz sobre la tumba, se dijo con nerviosismo Patrick. Y se marcharon.

Magda desconectó seguidamente la pantalla.

—¿Qué significa eso? —dijo uno de los técnicos.

Nadie le contestó directamente y empezaron de nuevo los comentarios entrecruzados.

—¿Habéis visto? —dijo excitado alguien—. ¡Le han enterrado!

—Es lo más decente que podían hacer por él, ¿no? —gruñó otro.

Magda se inclinó sobre Patrick.

—¿No es extraordinario? —preguntó.

El se encogió de hombros.

—No veo por qué —dijo.

—¿No? —Magda alzó las cejas—. Le han enterrado. Y yo diría que había cierto respeto en sus ademanes, en su actitud.

—¿Ah, sí? —dijo irónicamente Patrick—. ¿Y Cómo eres capaz de adivinar tal cosa? No sabemos nada de esa gente. Todos tienen la misma cara de sapo, son inexpresivos...

—No les conocemos...

—No siento interés en conocerles.

—¿Quieres que volvamos a ver la escena?

—No, por favor —rechazó Patrick poniéndose en pie y frotándose los riñones—. He tenido más que suficiente.

Magda le estudió detenidamente.

—Estás preocupado, ¿no?

—¿A ti que te parece? Acaban de matar al bueno de Adam.

—No me refiero a eso. Esa escena, el entierro, te ha preocupado, ¿verdad?

Patrick se encogió de hombros.

—No digas tonterías —y apartándola con el brazo, pasó junto a ella y se dirigió hacia la salida, caminando un poco más deprisa de lo normal en él.

Magda corrió tras él.

—Creo que el doctor Teófilo debería ver esa escena —dijo.

Patrick respondió al saludo de unos técnicos auxiliares que pasaban y gruñó hacia ella:

—¿De veras? ¿Para qué?

—Es interesante. Debemos notificárselo.

—Pues hazlo, si así lo crees. Yo no pienso decírselo.

Magda hizo una mueca de desagrado, pero no repuso nada. Siguieron caminando en silencio.

3.

—El espacionauta Dick Malone se ha ofrecido voluntario para ir al planeta Simo —dijo el profesor Teófilo—. Y yo lo he aceptado.

Myers lo miró fijamente por encima de sus gafas. Luego suspiró, se arregló la barba con sus cuidadas uñas y rezongó algo en voz baja.

—Malone, ¿eh? Malone, precisamente.

—Se ha ofrecido y yo le he aceptado —repitió Teófilo.

—Malone...

—Esta disponible —dijo, imperturbable, el profesor Teófilo.

—Maldita sea. Malone ya nos ha proporcionado suficientes líos. Todavía recuerdo lo de

Próxima IV.

—Aquello fue un malentendido —rechazó Teófilo.

—Sí, suelen producirse malentendidos allá donde Dick Malone se mete —ironizó Myers.

—Es un magnífico espacionauta.

—Y un magnífico hijo de puta. Deberíamos arrojarle por una ventana.

—Vamos, Myers —dijo Teófilo molesto—, no seas duro. Cumple con su obligación. A veces... con métodos un tanto especiales.

—Ah. Especiales.

—... pero con resultados buenos para nosotros. La gente le quiere. Le adora. Es un héroe del espacio.

—Claro. Un héroe de la guerra del espacio. Mira, Teófilo, hablemos en serio. Independientemente de que se haya ofrecido o no, ¿tú hubieras pensado en enviarlo a él precisamente a Simo?

—Yo...

—Tú no habrás enviado a nadie, ¿verdad? A ningún otro espacionauta. ¿Verdad?

Teófilo contemplo con cierto disgusto a Myers.

—Alguien ha de ir.

—Ah, sí. ¿Para qué? Ya hemos perdido a un hombre. No necesitamos perder otro más.

Aunque te voy a ser sincero —y apuntó con su bolígrafo al hosco semblante de Teófilo—, y te diré que preferiría que hubiera muerto Dick Malone que no el bueno de Adam Hersting. Y no lamentaré que le ocurra algo en el planeta. No, no lo lamentaré.

El profesor Teófilo suspiró.

—Myers, por Dios.

—Comentario extraoficial, mi querido amigo, comentario extraoficial. Malone es un hijo de perra y se merece lo que le pase. Si él quiere ir a Simo, que vaya. Es su voluntad y vamos de dejar, pues, que la realice plenamente. ¿Cuándo piensa dirigirse allí?

—Lo más pronto posible. Ya están poniendo a punto la nave.

—Su nave —recalcó Myers—. Esa donde lleva tan bien escondidas mil y un armas que no hemos sido capaces de descubrirle. Bien, bien. Allá él. Las cosas no pueden ir peor, con la muerte de Hersting. Esperemos que vayan a mejor.

Y sonrió ferozmente a Teófilo.

Este se estremeció. Podía leer claramente el pensamiento de Myers. Ojalá maten a Dick Malone. Ojalá los simonianos me libren de él. Un buen responso, un canto al heroico héroe del espacio caído en un planeta hostil y a hacer puñetas Malone.

—Dile qué puede partir en cuanto esté listo —terminó Myers con retorcida amabilidad.

El profesor Teófilo huyó apresuradamente del despacho de Myers.

4.

—Van a enviar a Dick Malone a Simo —dijo Magda mirando con los ojos muy abiertos a Patrick Mendoza.

Este tamborileó durante unos momentos sobre su mesa con los dedos y se pasó la otra mano por la cara. Trató de decir algo. Abrió los brazos en un ademán de impotencia, o así lo parecía, y se puso en pie.

—¡Dick Malone! ¡Dick Malone! —y comenzó a pasearse por su pequeño despacho—. ¿Para qué? ¿Para qué enviar a Dick Malone? O, más sencillamente, ¿para qué enviar a alguien más a ese planeta, vistos los resultados de la primera expedición? —se pasó la mano, ahora por el pelo—. No entiendo por qué. ¿Mostraste la filmación del entierro de Adam Hersting al profesor Teófilo? —preguntó mirando seriamente a Magda.

Esta asintió.

—Sí, lo hice.

—¿Y qué dijo? ¿Qué opinó?

—No dijo nada. La miró una sola vez y no dijo nada.

—No dijo nada —repitió como un eco Patrick—. Pero mandan a Malone a Simo. Será por algo

—Creo que se ha ofrecido voluntario.

—¿Voluntario? ¡Ja! ¡Voluntario! Maldito sea. ¿Por qué Malone? ¿Por qué él?

—Pat —dijo suavemente Magda—, has vuelto a ver la grabación del entierro, ¿no es verdad?

—¿Quién te ha dicho eso? —Mendoza la miró gravemente.

—La has visto, ¿no? Otras veces.

Tras una pausa, él dijo:

—Sí.
 —¿Por qué?
 Hizo un ademán elusivo con la mano.
 —La vi... la vi, nada más.
 —Hay algo que te preocupa, ¿no es eso?
 —¡Qué tontería!
 —Hay algo que te preocupa, pero no quieres comentar.
 —No hay nada que comentar.
 —¿De verdad? Entonces... ¿por qué te molesta tanto que Malone vaya a Simo?
 —Es un animal. Un salvaje. Dispara primero y pregunta después. Además, podrían enviarme a mí...
 Magda rió.
 —Eso es cierto. Tú eres tan bueno como él.
 —No soy tan salvaje como él, por lo menos. ¿Qué va a arreglar Dick Malone en Simo?
 Nada. Adam está muerto y enterrado —Patrick se estremeció al decirlo—. Lo mejor es olvidarnos del planeta Simo y dedicarnos a otros que no sean tan hostiles.
 —Puedes ir a hablar con Myers y ofrecerte para ir en lugar de Dick —sugirió Magda. El negó con la cabeza.
 —No serviría de nada. Nadie le quita la plaza a Dick Malone. Pero sí iré a hablar con el profesor Teófilo. Ha visto la grabación del entierro de Adam Hesting.
 —¿Y...?
 Pero Patrick salió del despacho sin añadir nada más.

5.

—Usted ha visto esa película, ¿no? Usted ha visto cómo los simonianos entierran a Adam, ¿no? ¿Y qué opinión le merece?
 Patrick Mendoza miró expectante al profesor Teófilo. Este hizo una mueca de fastidio, que mal disimuló con una tos y repuso:
 —Ninguna.
 —¿Ninguna? —Patrick le miró con genuina sorpresa—. ¿Ninguna?
 —Ninguna —remachó el otro—. Enterraron su cuerpo después de darle muerte y basta. ¿Es tan raro el hecho? Otras culturas lo hacen.
 —Oh, sí, claro —dijo con mordacidad Patrick—. Otras culturas lo hacen. Pero no de una forma tan respetuosa como lo hicieron los simonianos.
 —¿Respetuosa? ¿A usted le pareció respetuosa? ¿Y en qué se basa para decirlo? ¿En unas caras de sapo que no tienen expresión alguna? ¿En una raza de la que ignoramos todo?
 —Yo he estudiado la escena hasta la saciedad y ..
 —Le felicito por su dedicación —comentó secamente Teófilo.
 —... y creo que debemos profundizar más en su significado.
 —¡Ah! ¡Profundizar en su significado! Escuche, Mendoza. Hesting se posó en Simo, salió de la nave y fue inmediatamente asesinado a traición por los simonianos. ¿Qué es lo que hay que profundizar? ¿El que le mataran por la espalda? ¿El que le mataran simplemente? ¿El que no tardaran cuatro o cinco minutos u horas en hacerlo?
 —Escuche —dijo Patrick, conteniendo su rabia—, si nos ponemos en ese plan, dígame qué es lo que va a ir hacer allí Dick Malone.
 —Averiguar por qué mataron a Adam.
 —¿De veras? ¿Cómo? ¿Exterminando a todos los simonianos, es así como nos dará la respuesta?
 —Usted se precipita en sus juicios, Mendoza.
 Patrick le apuntó con el dedo.
 —Usted sabe tan bien como yo y todos en la base la clase de mal bicho que es Malone. Si le envía a una muerte cierta, no lo sentirán muchos, por descontado. Pero si es usted tan ciego que le envía con la noble tarea de averiguar algo sobre los simonianos, también sabe que nunca averiguaremos nada porque los exterminará a todos. Si es una venganza por la muerte de Adam lo que busca usted, usted y Dick Malone a la vez, dígalo claramente.
 —Somos científicos, exploradores del espacio, no revanchistas —respondió con desprecio Teófilo.
 Patrick se echó hacia atrás en su asiento.
 —Mire, vamos a estudiar las cosas desde otro punto de vista. ¿Por qué mataron a Adam.
 —¿Por qué? ¿Lo sabe usted?
 Patrick trató de ocultar la profunda exasperación de la que estaba siendo presa en mayor

medida a cada instante.

—Quizá cometió algún error... quizá algo que no debió hacer.

—¿El qué? Le asesinaron inmediatamente. No tuvo apenas tiempo de decir ni hacer nada.
¿No ha visto la película?

—Tantas veces como usted, si no más todavía —contraatacó Patrick—. Pero, ¿qué sabemos de la cultura y la civilización de los simonianos? Nada. Cero. Quizá Adam cometió un error... un error disculpable y lógico, por supuesto. No estoy atacándole ni mucho menos. Probablemente... no seguramente, todos nosotros lo habríamos cometido también.

—Mire, Patrick. Adam abrió la portilla de la nave. Bajó la escalerilla. Vio a los simonianos. Alzó su brazo en amistoso saludo y decirles "paz" u "hola". O cualquier cosa de estas. Y mientras se lo decía, le abrieron la cabeza. ¿Qué error cometió? ¿Qué falta?

Patrick empezaba a sentirse acorralado.

—Quizá debió arrodillarse al verles. Quizá debió no alzar el brazo. O alzar el otro. Quizá no debió hablar. Quizá...

—Quizá, quizá, quizá. Así no vamos a ninguna parte. Quizá no debió posarse en el planeta. Escuche, Mendoza. Vamos a averiguar por qué mataron a Adam Hersting. Y Dick Malone lo hará. Cumpliré su misión.

—Dick Malone... matará a todos los simonianos. O lo matarán a él. Si lo hicieron con Adam, ¿qué no harán con un fulano como Dick? Le despellejarán vivo. Lo que hay que hacer es averiguar su cultura. Su sociología. Su forma de vida. Tenemos medios para hacerlo sin necesidad de que otro hombre se presente ante ellos. Cámaras, robots, cohetes espías...

—Dick Malone se ofreció voluntario y yo lo he aceptado —interrumpió con firmeza Teófilo—. Eso es todo, Mendoza.

—Mándeme a mí en lugar de Malone. Anule la orden —solicitó a la desesperada Patrick—.

Yo...

—De ninguna manera. Le ruego que salga de mi despacho, señor Mendoza.

Ahogando su furia, Patrick abandonó la estancia con un sonoro portazo.

6.

Por fin Patrick encontró a Dick Malone en el bar del espaciopuerto sentado en una mesa y con una copa frente a sí, en la cual mantenía fija su inexpresiva mirada. Estaba solo y, por lo demás, el bar se hallaba escasamente concurrido en aquellos momentos.

Se aproximó a la mesa de Malone sin que este advirtiera su llegada hasta que no estuvo directamente enfrente suyo.

—Hola, Patrick —dijo Malone, sonriendo circunspectamente.

Mendoza hizo un ademán de saludo con la cabeza y, apartando la silla vacante, se acomodó en ella. Estudió el rostro tosco y frío de Dick Malone.

—Vas a ir a Simo, ¿no es así?

Malone asintió sin decir palabra.

—¿Qué piensas hacer cuando tomes tierra en el planeta? —preguntó Patrick.

—¿Por qué lo preguntas?

—Quiero saberlo.

—Lo sabrás a medida que vayáis recibiendo en el Centro mis informes y las películas.

—Quiero saberlo ahora. Antes de que subas a la nave.

—Me agrada tu interés por mis métodos, Patrick —comentó Dick alzando su copa—. De verdad. No lo habías demostrado hasta ahora.

—No me gustan tus métodos, como los llamas, Dick.

—Pues no comprendo tu interés.

—Dick, no puedes aparecer en Simo y empezar a exterminar a sus habitantes a sangre fría, como venganza por la muerte de Hersting...

—¿He dicho que vaya a hacerlo?

—No —Patrick se mordió los labios—. Pero lo harás. Todos saben que lo harás.

—Todos se equivocan, Patrick. No tomaré tus palabras en consideración. Estás afectado por la trágica muerte de Adam y...

—Vengarle no arreglará nada, Dick.

—No pienso vengarle. Pienso averiguar qué clase de gente son esos simonianos. Pat, Simo es un planeta perfecto para la colonización terrestre. Atmósfera respirable, gravedad casi similar, grandes océanos, abundante vegetación... No podemos dejarlo perder. No abundan los planetas de esas características y todos estamos interesados en conseguirlo. Y si tenemos que convivir con sus moradores, hemos de conocerlos. Adam no pudo conseguirlo. Alguien ha de hacerlo.

—Iré yo. Yo me ofrezco voluntario —dijo rápidamente Patrick.



ANTONIO J.
MORATA

—Es tarde. Haberlo pensado antes. Yo me ofrecí primero y el profesor Teófilo y Myers me aceptaron. Estoy seguro de que te agradecerán tu buena voluntad, de todos modos.

—Vayamos juntos, pues. Que sean dos quienes se dirijan a Simo.

—No, Pat. No creo que lo acepten. Es mejor arriesgar un hombre que dos. No te autorizarán.

Patrick apretó los puños, exasperado.

—No quiero que seas tú quien vayas allí, Dick. No quiero que lo estropees todo. Adam pudo cometer un error que nosotros no acertamos a descifrar cuál podría ser...

—... en el caso de que existiera tal error —dijo suavemente Dick Malone.

—... y tú no eres la persona... más... idónea —estuvo a punto de decir deseable, pero se contuvo—, para tener éxito donde Adam fracasó. Hay que ser más diplomático... más observador. Más prudente.

—Soy muy prudente, Pat. Soy muy prudente. No temas, sabré cumplir la misión.

Y terminó la copa de un sorbo. Se puso en pie.

—Agradezco tus comentarios e indicaciones, Pat —dijo con una forzada amabilidad, bien disimulada—. Desdeña dudas y recelos. Regresaré triunfante de Simo. Ya lo verás. Ese planeta se colonizará.

Dando la espalda a Patrick, Malone se alejó con firmes pasos del bar. Saludó al camarero y salió hacia la pista. Probablemente, pensó Patrick, irá a examinar su nave. Malone podía tener muchos defectos, pero era sumamente cuidadoso al respecto. Le interesa, concedió Patrick. Todos sabemos que en ella oculta armas, convenientemente desmontadas y que jamás nadie ha sabido localizar, pese a los más exhaustivos registros.

La copa de Malone estaba vacía y para él no había pedido nada. Fastidiado, encendió un cigarrillo.

Oyó unos suaves pasos a su espalda. Se volvió y descubrió a Magda.

—¿Qué hay? —preguntó indiferente.

—No te encontraba por ninguna parte —dijo la chica, sentándose en la silla abandonada por Malone—. ¿Has hablado con el profesor Teófilo?

—Sí. Y con Malone.

—¿Qué le has dicho?

—Tanto da —se encogió él de hombros—. Hará lo que le venga en gana.

—Bien. Lo veremos desde el Control de la Misión.

—Sí. Lo veremos.

Y apagó el cigarrillo apenas iniciado en el cenicero.

7.

Adam Hersting abrió los ojos.

Se incorporó y echó a andar. El paisaje era una hermosa pradera y el cielo tenía los colores del amanecer. El aire era suave, ligeramente fresco y parecía acariciar sus pulmones dulcemente. Los llenó con él.

Se sentía fuerte y ligero a un tiempo. Rebosaba vitalidad y dinamismo. Estaba de buen humor, como pocas veces lo había estado. Sonrió y miró en torno suyo. Bosquecillos a lo lejos, con las copas de los árboles meciéndose acompasadamente por la brisa.

Cuando hubo andado unos cuantos metros, se sentó, plácidamente, sobre la fina hierba para gozar plenamente del espectáculo del amanecer. Se concentró en él. Dejó que los colores llenaran su pupila. Mantuvo la boca ligeramente abierta, como solía hacer cuando presenciaba un espectáculo de espacial belleza o interés.

Un sol rojo y bullente se enseñoreaba del cielo. Adam lo miró fijamente sin que su contemplación dañara en lo más mínimo sus ojos. Se recreó en él, en su lenta ascensión.

Y entonces el cerebro envió su primer pensamiento.

El sol debería dañarme la vista. Nadie puede mirar fijamente al sol. ¿Por qué yo sí? Meneó la cabeza.

Algo empezó a preocuparle. Y de pronto, surgió el recuerdo.

Estoy muerto. ESTOY MUERTO.

Se incorporó temblando todo él.

Estoy muerto. Ellos me mataron al llegar a Simo. Estoy muerto.

Empezó a correr desesperadamente, sin dirección fija.

¿O quizá no he muerto? Se detuvo en seco y tocó su cabeza, allá donde recibiera el golpe. No tenía ni siquiera el menor chichón.

—Eso es absurdo —dijo en voz alta.

Lo recordaba claramente. Recordaba cómo salió de la nave, cómo vio a los simonianos. Seres vagamente humanoides, de cuerpo verde y viscoso, cabeza de sapo y largos brazos con terribles garras. Recordó haber alzado amistosamente la mano y haber pronunciado la palabra "paz". Y luego, recibió el golpe. Cayó al suelo y murió al cabo de unos poquísimos segundos. Recordaba el sabor de la tierra que se le metió en la boca, al caer. Recordó que moría. Y luego, la nada. Y luego, despertó.

—¿Qué es esto? —chilló asustado.

—No temas.

La voz surgía... ¿de dónde? Miró a su alrededor. No había nadie. Estaba solo. Completamente solo. Ni siquiera a lo lejos se veía persona o ser alguno. Se estremeció.

—No temas —se oyó otra vez.

No ha sonado en mi cabeza, se dijo Adam Hersting. Ha sonado... ¿a mi lado? ¿Encima mío? ¿Detrás? ¿O debajo?

—¿Quién... quién eres? ¿Dónde estás?

—No te asustes, Ser. No tengas el menor temor ni el menor recelo. Te queremos. Te quiero.

—¿Dónde estás?

—Estoy en mi casa y duermo.

—¿Y dónde estoy yo? ¿Qué es este lugar?

—Tú estás en mis sueños, Ser. Para ser feliz en ellos y vivir la vida que tú desees, llena siempre de paz y felicidad.

—No entiendo nada. ¿Es que no estoy muerto?

—Estás en otra forma de vida, Ser. Nosotros te hemos trasladado a ella al quitarte la anterior.

Adam se quedó estupefacto, incapaz de hablar ni de entender lo que oía.

—Comprendo tu extrañeza, querido Ser. Te debo, te debemos, una explicación y te la daremos. Te ruego te sientes sobre la hierba, si así estás más cómodo.

Automáticamente, Adam lo hizo. Se sentó a la manera india y esperó.

—Te ruego me des tu nombre, por favor —dijo la voz.

—Me llamo Adam Hersting. Soy espacionauta del planeta Tierra.

—Bien venido, Adam Hersting y felicidad para ti.

—¿Este lugar... es el planeta Simo? —se atrevió a preguntar.

—Si así lo llamas, así será.

—¿Y tú...?

—Mi nombre es Dot. Puedes emplearlo si te agrada.

—Bien, adelante, Dot —y se rió.

—Llegaste en ese objeto volante y nos gustaste, Adam Hersting. Pos eso te hemos incluido en nuestros sueños.

—¿Sueños?

—La vida que estás llevando en estos momentos.

—¿Qué significa eso de vuestros sueños?

—Estás, concretamente, en mis sueños, puesto que yo soy quien te quitó tu forma de vida anterior.

—¿Quieres decir... que tú me mataste?

—Si esa es la palabra, sí. Espero que ello te haga feliz.

Estupefacto, Adam fue incapaz de hablar.

—Pero yo estoy muerto...

—Estás bien vivo, Adam Hersting. En nuestro sueños. En ellos serás feliz, libre y sano y nadie podrá hacerte el menor mal. Por eso te hemos incluido en ellos.

—Eso es... imposible —dijo Adam, a falta de una palabra mejor—. Estoy muerto. No puedo estar vivo.

—Veo que te cuesta comprender el significado. Es lógico, creo. Eres un ser de otro mundo, diferente a nosotros y no nos conoces. Trataré de explicarme mejor. ¿Cómo dices que llamas a este planeta nuestro?

—Simo.

—Entonces, nosotros seremos... simonianos, ¿verdad?

—Verdad.

—Sería poco lógico por nuestra parte el pensar que todas las razas sean como la nuestra. Tú, por ejemplo, eres físicamente muy distinto. Por tanto, tu cultura, tu sistema de orden será completamente diferente. Nosotros los simonianos, somos pocos. Apenas cien en todo el planeta. Cuando uno de nosotros desaparece en forma física, pasa a vivir en el mundo siguiente. El de los sueños.

—¿Los sueños?

-Tenemos ese... cómo lo llamaría... ¿poder? ¿Poder es una buena palabra?
-Creo que sí -concedió Adam, sin entender demasiado.
-Bien. Poder. Y por lo tanto, seguimos bien vivos en los sueños de los demás. Somos una raza débil y nos reproducimos con enormes dificultades. Pero, en esa otra forma de vida, seguimos unidos y podemos conversar.

-¿En los sueños? -apuntó Adam.

-Exactamente. Durante nuestras horas de dormir.

-¿Quieres decir que tú estás dormido ahora?

-Eso es. Ya te lo dije al principio -dijo cariñosamente la voz.

-Pero... si yo estoy en vuestros sueños... no estoy vivo.

-¿Te sientes vivo, Adam Hersting?

-Sí, pero...

-Si te pellizcas, lo sentirás.

Adam se pellizcó y, efectivamente, lo sintió.

-¿Te sientes fuerte? -siguió la voz-. ¿Sano?

-Sí.

-Porque estás vivo.

Adam meneó la cabeza.

-Todo esto es un sueño...

-Claro. Pero vives en él. Tal como era antes. Tal como eres en realidad.

-Y dices... ¿dices que me matasteis para que entrara en vuestros sueños... en tus sueños?

-Eso. Exactamente, Adam Hersting. Porque vimos que eres un buen ser, lleno de paz y amistad. Por eso te hicimos ese honor, si me permites la palabra -la voz adquirió un tono de duda-. Quizá nos equivocamos, Adam Hersting. ¿Quizá hicimos lo que no debíamos?

Adam abrió la boca sin saber bien qué decir. Tontamente, repuso:

-No lo sé. Si vosotros lo hicisteis, bien estará.

La voz emitió un suspiro.

-Me alivia que pienses así, Adam Hersting. Por unos momentos he tenido una duda.

-¿Puedes... puedes mostrarme a mí? -se atrevió a pedir Adam.

-No, no me es posible. No puedo soñar conmigo mismo, puesto que aún no he pasado a esa otra forma de vida.

-Ya. Comprendo -y realmente, empezaba a comprender, vagamente.

Y prosiguió, más animado.

-Entonces, yo he pasado a vivir en un mundo que está en tus sueños. En una fantasía tuya...

-No es una fantasía -corrigió la voz-, puesto que es bien real.

-De acuerdo. ¿Y cómo, si estás dormido, puedes hablarme?

-Es mi subconsciente quien lo hace, liberado en el sueño. El ha creado el mundo, el lugar en que estás, que no es sino el propio planeta, el que tú llamas Simo.

-Bien. ¿Y no hay nadie más en él? ¿Estoy yo solo en tu sueño... en tu mundo?

-Me temo que sí, Adam Hersting. Pero no creo que te aburras en él.

-No, de momento.

-Puedo llenarlo, si es de tu gusto, con animales de tu mundo.

-¿De mi mundo? -dijo Adam, estupefacto.

-Sí. No es demasiado difícil.

-¿Y cómo lo harás? ¿Puedes... traerlos hasta aquí? -preguntó Adam, indeciso.

-No, claro que no. Pero tú puedes imaginártelos, concentrarte en su imagen, y los tendrás a tu lado completamente reales.

Adam permaneció unos instantes callado, meditando en la propuesta, tan insólita, de la voz.

-¿No deseas que lo haga?

-¿Eh? Oh, sí. Sí, claro -se pasó la mano por la barbilla, preocupado-. Será divertido probarlo.

-Piensa en el animal que tú deseas.

Adam se concentró intensamente y evocó la imagen del gato de su vecina, un hermoso siamés de grandes ojos. Le gustaba aquel animal, manso y amigo de entrar en su jardín por las noches, sentándose junto a su sillón. Durante largos segundos, permaneció así, hasta que la voz le sobresaltó al decir: "Ya está ahí".

-Esto es... fantástico.

Pero un temor le asaltó.

-¿Y mi vecina? ¿Se habrá quedado sin su gato?

-No te comprendo, pero creo adivinar tu preocupación. Ese gato no ha sido arrebatado a nadie. Lo he formado directamente de la imagen de tu cerebro. Puedes estar tranquilo. ¿Es de tu



agrado?

—Desde luego.

—¿Deseas otro animal?

Adam estuvo pensando.

—Un caballo. Me gustaría un caballo.

Y se concentró en la imagen del caballo. Primero, un animal joven, pero se corrigió enseguida. Si era joven, no podría montarlo. Por tanto, se representó un caballo adulto. Un animal fuerte y noble.

Al abrir los ojos, estaba frente a él, estudiando al gato como este lo había estudiado antes a él. Gato y caballo se observaron fijamente.

—Cref que el gato se asustaría del caballo —comentó divertido Adam.

—No puede ocurrir tal cosa, puesto que tú no la formulaste en tu imagen. ¿Deseabas que así fuera?

—Oh, no, claro que no. En modo alguno.

—Me satisface saberlo. Formo los animales según las características que tú grabas en ellos.

—Quieres decir... —y pensó rápidamente—, que si yo pienso en un animal feroz... un tigre, por ejemplo, ¿sería inofensivo?

—Si tú desearas que el animal llamado tigre fuera manso, así sería. O al revés, según tus deseos.

—¡Diablos! Esto es... el paraíso —exclamó maravillado.

—No —corrigió la voz—. Es el planeta Simo.

8.

—Quiero ir a Simo, profesor. En mi nave.

El profesor Teófilo estudió ceñudamente a Patrick Mendoza.

—Solicitud denegada, señor Mendoza. Ya hay un hombre camino al planeta Simo. No veo qué importante razón puede llevarle a usted allí.

—Dos hombres pueden hacer mejor el trabajo que uno sólo —insistió Patrick.

—El espacionauta Dick Malone lo hará perfectamente, estoy seguro de ello —contestó el profesor concentrándose en sus papeles.

—No me gusta Dick Malone. No me gustan sus métodos. No le gustan a nadie. ¿O sí a usted?

Teófilo le estudió fijamente unos instantes.

—Voy a olvidar ese comentario, señor Mendoza. Por si se prestase a interpretaciones erróneas.

—Iré a ver a Myers y le presionaré para que acepte mi solicitud.

—Es muy libre de hacerlo, señor Mendoza. Como yo de decirle a Myers que no le considero adecuado para ir allí, aún en el supuesto de que él accediera a su petición. Cosa que, por supuesto, no hará.

Patrick rugió y abandonó el despacho del profesor Teófilo.

9.

—¿Y cuándo termine tu período de sueño, ¿qué ocurrirá conmigo? —preguntó Adam Hersting.

Montaba sobre el caballo, el cual se encaminaba dócilmente hacia un río que había avistado unos momentos antes. Sobre la grupa, el gato dormitaba plácidamente.

—Entonces, serás tú quien duerma —repuso la voz del llamado Dot—. Y despertarás otra vez cuando yo vuelva a dormir. Es así de sencillo.

—Comprendo.

Permaneció un rato callado. Así, llegaron a la orilla del río, y Adam, descabalgando, se desnudó y entró en las frescas aguas. Permaneció en ellas cerca de quince minutos y luego se tendió sobre el césped, para secarse al sol. El caballo se dedicó a pastar unos metros más allá y el gato se encaramó con cierta dificultad —estaba demasiado gordo— a la rama de un árbol.

—¿Y si tengo hambre? —dijo Adam.

—Puedes pensar en la comida que quieras y la tendrás.

Adam imaginó una manzana y al momento, junto a su mano derecha, había una. Empezó a comerla.

—También el gato deberá comer —se dijo. Y pensó en un pescado.

Pero no tuvo éxito.

—¿Qué ocurre? —inquirió a la voz.

—Lo que imaginaste carecía de forma de vida. No puedo realizarlo para ti —se justificó

Dot.

—Oh —y pensó en un pez vivo.

Sobre la hierba se debatía un pececillo. Adam lo miró atentamente. Elevó la vista y vio que el gato lo estudiaba sin ningún entusiasmo. Finalmente, el felino apartó la vista y se dedicó a dormir.

—Puede que no sienta hambre —dedujo Adam.

Y sintiendo pena por el pececillo, lo arrojó al río.

Se sintió mejor.

—¿Sabes, Dot? —dijo—. Todo esto hace que las creencias religiosas de mi mundo se vayan al garete.

—¿Creencias religiosas? Temo no comprender.

—¿No sabes lo que es un dios?

—No. Ignoro el significado.

—Un creador —y Adam abrió los ojos desorbitadamente—. Pero... tú eres un creador. En cierto modo. Por tanto, eres un dios.

—Lo que tú desees, Adam Hersting.

—Vaya. Entonces, ¿dónde quedaría todo aquello de la vida después de la muerte? Puesto que yo estoy muerto y vivo a la vez. Oh, me gustaría ver aquí a algún filósofo o a algún creyente. Dot —preguntó repentinamente—, ¿puedes morir tú?

—Sí, supongo que sí. Alguna vez. Pero no me preocupa puesto que pasaría a vivir en los sueños de uno cualquiera de mis hermanos de raza.

—¿Es lo que ocurre con vosotros?

—Así es.

—¿Y qué pasaría conmigo cuando tú... cambiases de forma de vida?

—Entrarías en los sueños de uno de mis hermanos, en los mismos de donde yo formase parte. Y entonces nos conoceríamos mejor y podríamos vernos directamente. ¿Te agradaría eso, Adam Hersting?

—Sí, me agradaría.

—Puede que en alguna ocasión ocurra.

—Háblame de los simonianos.. quiero decir de vosotros.

—Como te dije, somos unos cien en el planeta. Nos reproducimos con lentitud. Cuando uno de nosotros deja esa forma de vida y pasa al mundo de los sueños, nace otro de nosotros, como compensación.

—¿Vivís en ciudades?

—No conocemos ciudades. Vivimos en la tierra, en los bosques, sobre los prados. Nos alimentamos de frutos y agua, que contiene todo cuanto necesitamos para mantenernos en perfecto estado. Sobre nuestro mundo hay pocos animales, por lo cual me agrada soñar con los que tú has elegido como compañía. Son muy agradables.

—¿Tienes muchos amigos, Dot?

—Todos mis hermanos son mis amigos. Nos hablamos con frecuencia. O, si estamos lejos, nos hablamos con la mente.

—¿Con la mente? ¿Telepatía?

—Así será si así se llama.

—Vaya, telepatía... ¿Y cuando morís pasáis a los sueños de otro simoniano?

—Cierto. A no ser que alguno muera de accidente, cosa muy rara. Tan sólo conozco dos casos, muy remotos y alejados en el tiempo.

—¿Si morís de accidente, no podéis entrar en los sueños de otro simoniano?

—NO. Ignoro la razón, pero así es. Hace tres generaciones, ocurrió que un simoniano, al que me unía una fuerte amistad y compenetración, cayó de un árbol y se rompió la cabeza. No le encontré en mis sueños ni en los de ningún otro hermano. Eso me hizo mucho dolor. No sólo a mí, sino a todos nosotros.

—Comprendo.

—Temo que he de dejarte, Adam Hersting. Es mi hora de despertar y la tuya de descansar.

—Oh.

—Volveremos a estar juntos en el siguiente tiempo de sueño. Hasta entonces.

Y Adam Hersting se sumergió en la nada.

El planeta Simo estaba ya a la vista y Dick Malone lo estudiaba atentamente en su pantalla. Marcó en la computadora la ruta de órbita en su torno y el punto de aterrizaje que deseaba, exactamente el mismo lugar en que lo hiciera la nave de Hersting.

Tras comprobar que todo funcionaba a la perfección y que la nave entraba ya en órbita de aterrizaje, abandonó finalmente el sillón de pilotaje y tomó asiento enfrente de la pantalla de proyección. Nuevamente, contempló la película del asesinato de Hersting. Su mayor interés radicaba en el que había golpeado a Adam con la rama. Pero al estar de espaldas no había conseguido memorizarle y su identificación sería, por tanto, ardua. Si bien al principio aquellas caras de sapo le parecían exactamente iguales unas a otras, a medida que iba viendo el video una y otra vez, comenzaba a distinguir pequeñas diferencias hasta el punto de poder reconocer con toda facilidad en cuanto los tuviera delante suyo. Lástima que no fuera así con el asesino.

Con el ceño fruncido, amplió la imagen, hasta que la espalda de aquel ser llenó por completo la pantalla. Con los codos sobre las rodillas y las yemas de los dedos unidas, se inclinó hacia delante, fijos los ojos en la espalda de aquel simoniano.

De todas formas, decidió, había otro detalle. En el video del entierro de Adam, figuraba un simoniano distinto a los otros que reconocía. Probablemente, era ese el que había matado a Adam Hersting. Era una suposición, ciertamente, pero con muchos visos de resultar exacta. Se concentró, por tanto, en ese video y en la figura de aquel simoniano que no aparecía directamente y de cara en el anterior. Mucho rato permaneció así hasta sentenciar que, efectivamente, aquel era el que había matado a Adam.

Satisfecho, desconectó el video y pasó a la siguiente operación. Ir reuniendo las diferentes piezas de las armas que tenía convenientemente disimuladas por los rincones de su nave. La operación no le llevó excesivo tiempo porque estaba habituado a realizarla. En un cuarto de hora, había terminado y las armas estaban ya montadas y listas para aniquilar a cualquier ser viviente al que apuntara. Satisfecho, Dick Malone se tendió en su camastro para pasar su última noche a bordo de la nave.

Su plan era, como en tantas ocasiones, simple. Matar a cuantos simonianos se le pusieran por delante. Puesto que no habría cadáveres que demostrasen tal exterminio, nadie le podría acusar de nada. Luego, volvería a desmontar las armas y camuflarlas nuevamente en los lugares anteriores. O en otros distintos, si convenía.

De surgir complicaciones, siempre le quedaba exhibir su arma de reglamento —la única autorizada— y manifestar el hecho de haber sido atacado en primer lugar por los simonianos, actuando en legítima defensa. Puesto que no había tenido problemas al respecto en anteriores misiones, mucho más sencillas, era de suponer que el asunto de Simo se resolvería de la manera más simple.

—Quizá sea una impresión mía, Adam Hersting —dijo la voz de Dot—, pero te veo un tanto decaído.

Adam se interrumpió en el acto de acariciar al caballo.

—¿Decaído? ¿Por qué?

—He pensado que acaso eches de menos compañía. Seres semejantes a ti, desde luego.

—Bien pues... —Adam reflexionó—. No se me ocurrió pensar antes en ello. Puesto que lo dices... ¿sería posible tal cosa? ¿El traer aquí a un ser de mi planeta?

—Si tú representas su imagen, como hiciste con estos dos animales, no habría la menor dificultad. Ahora bien, deben ser personas que hayas conocido y que ya no estén en su estado de vida anterior.

—¿Quieres decir que hayan muerto?

—Si esta es la palabra, sí.

Adam reflexionó.

—Personas y seres que hayan tenido relación contigo —sugirió la voz—. Que las hayas conocido o visto con cierta frecuencia. Amigos, seres allegados...

—La verdad —dijo Adam—, es que no se me ocurre nadie.

—Tus antecesores.

—No les conocí. Mi madre murió al nacer yo. Mi padre cuando yo tenía seis años y mis recuerdos de él son muy confusos. No, no serviría.

—Me temo que así sería —convino la voz.

—Mis amigos... tengo varios, pero ninguno ha muerto. Todos están con vida, que yo sepa. Pensó en Reginald Bernal, un espionista como él que murió en órbita a Neptuno, tres

años atrás. Pero, al fin y al cabo, no era una amistad tan grande. Simple camaradería. Además, Reginald era un tanto hosco y reservado.

—¿Quizá un ser opuesto a ti? —dijo la voz.

—¿Eh? Una mujer. Quieres decir ¿una mujer?

—Sí esa es la palabra, sí.

Una mujer.

Pero no conocía a ninguna mujer a la que le uniera cierto conocimiento y que hubiera fallecido. Desde luego, la fascinaba la idea de compartir con una mujer aquella existencia idílica, llena de paz y serenidad. Y acaso, crear un nuevo mundo dentro de ese mundo sueño. ¿Sería posible reproducirse en él? La idea se le hizo irresistible. Dar vida a un hijo en ese mundo de sueños. ¿Sería factible? ¿Podría un ser tener vida en un lugar en donde, al fin y al cabo, la vida era una cierta forma de ficción?

No tan ficción, se dijo. Yo estoy bien vivo. Y sano. Por tanto puedo engendrar un hijo.

Pero, ¿de qué mujer?

Una idea estúpida se formó en su mente. Alguien que hubiera muerto, pero hubiese conocido. Y pensó en alguna actriz de cine. Alguna actriz que hubiera muerto... joven. Que él hubiese contemplado en muchas películas. Era una forma de conocimiento, ¿no? Si no era así, no tenía ninguna otra persona a la que recurrir.

Memorizó. Y el nombre de Marilyn Monroe acudió rápidamente. Su actriz favorita y una de las mujeres más bellas que hubiera existido. Formó su imagen con intensidad en el cerebro. El cabello rubio, los labios rojos, la sonrisa, la peca... los blancos dientes... las caderas, el busto...

Tan concentrado en ello estaba, que le sobresaltó oír la voz de Dot diciendo:

—Ahí está.

Abrió los ojos. Y se quedó boquiabierto. Ante él estaba Marilyn Monroe, vestida igual que en la escena del film "La tentación vive arriba", cuando el ferrocarril subterráneo le levantaba las faldas. Estaba repitiendo el mismo ademán y, curiosamente, su falda se levantaba y ella la contenía con las manos. Tal como si una corriente, bajo sus pies, la impulsase, dejando al descubierto sus piernas. Ella sonreía y cerraba los ojos. Luego, los abrió. Le miró. Y empezó a moverse, como si cantara una canción cuya melodía y sus palabras no llegaban a él. Era absurdo. Era como ver una película sin la banda de sonido. Con extrañeza, reparó en que el vestido había cambiado y ahora era otro distinto. El de otra película. ¿Cuál? Vagamente creyó reconocer que el de "Los caballeros las prefieren rubias".

Marilyn Monroe seguía moviéndose y vocalizando, pero sin emitir ningún sonido. Sus pies se deslizaban sobre la hierba como si de una pista de baile real se tratase.

Adam dio un paso adelante, tratando de alcanzarla. Pero ella cambió y ahora era corista de "Bus stop", con su media rota, con sus mallas. Atónito, estupefacto, Adam dejó caer los brazos y observó el siguiente número musical, igualmente mudo.

La provocativa mujer de "Niágara", la chica de orquesta de "Con faldas y a lo loco", la secretaria de "Me siento rejuvenecer"... todas fueron desfilando ante él. Todas mudas, como en una extraña representación de mimo. Todas apartándose de él en cuanto se les acercaba. Todas intangibles, fantasmagóricas, irreales, inaccesibles. Falsas.

—¡Basta! —exclamó por fin—. ¡Basta! ¡Llévatela, por favor! ¡Llévatela!

Y Marilyn Monroe se desvaneció en el aire, como si nunca hubiera estado frente a él.

Adam se dejó caer en la hierba, cansado, triste.

Tras unos minutos de silencio, la voz de Dot dijo, tímidamente:

—Veo que ha fracasado. Perdona la pregunta, Adam Hersting, pero, ¿realmente conociste a esa mujer en tu vida anterior?

—Yo... —empezó diciendo él.

Y entonces comprendió el significado de la pregunta de Dot. Meneó la cabeza.

—No —explicó—. No la conocí personalmente. Sólo... Sólo a través de representaciones de su persona. Películas, libros, fotografías... Esas palabras, esos nombres, no significan nada para ti...

—No.

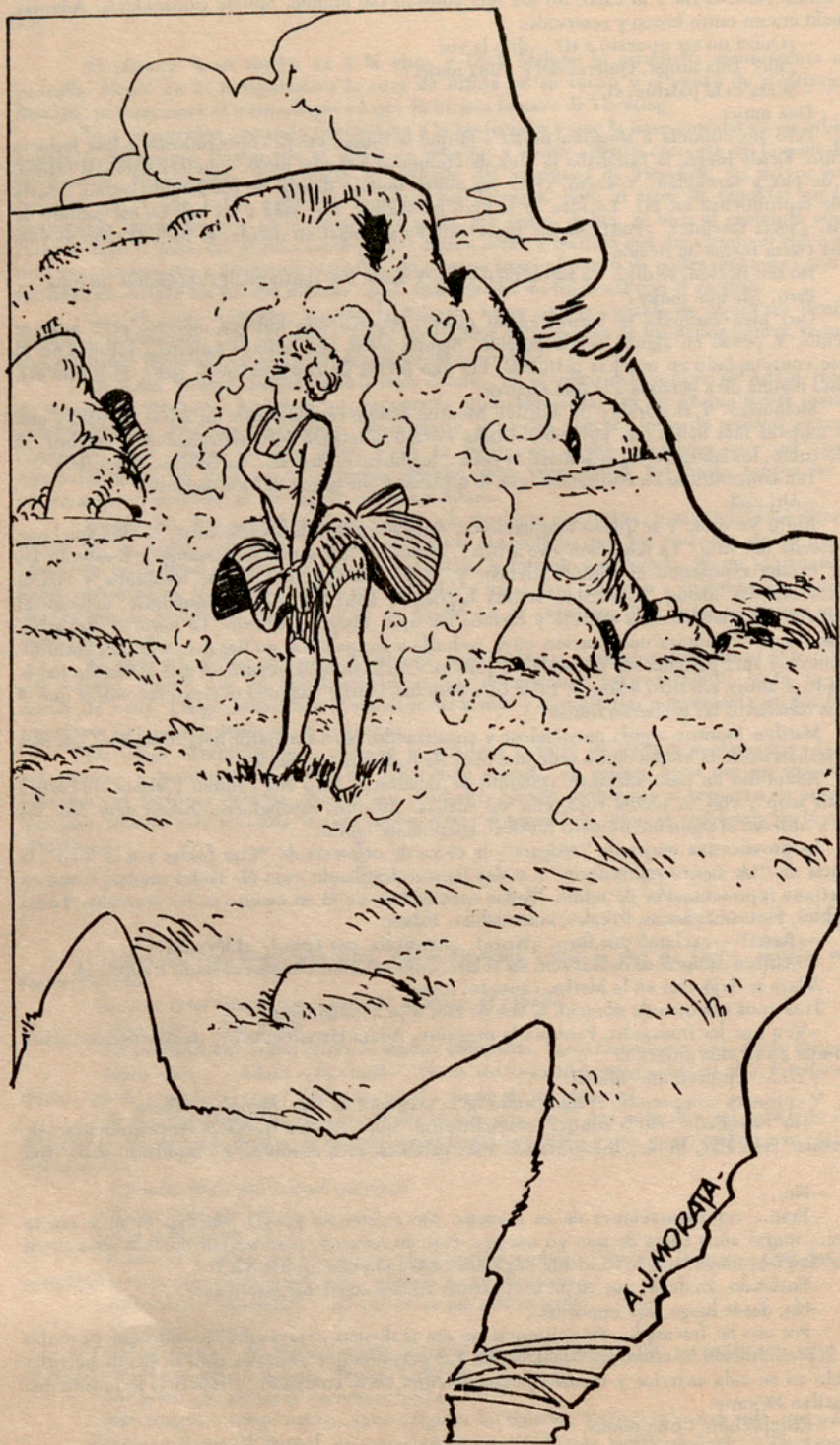
—Eran... representaciones de su persona. Sin existencia propia. Marilyn Monroe era su nombre... murió años antes de que yo naciera. Pero su recuerdo perduró por muchos años en mi planeta. Era una mujer muy... conocida por todos. Muy popular, ¿entiendes?

—Entiendo. Es decir, que tú no la conociste ni la trataste personalmente.

—No, desde luego. Era imposible.

—Por eso he fracasado. Su existencia no era real, sino a través del recuerdo que tú tenías de sus representaciones, como las has llamado. Las personas que yo traiga para ti, has de haberlas conocido en su vida anterior y tratado personalmente. De lo contrario se repetiría lo mismo que con Marilyn Monroe.

—Comprendo. Comprendo.



- Lo siento --se excuso Dot.
- No es culpa tuya.
- ¿Puedes pensar en otra persona? ¿En otro ser?
- No, me temo que no. Ninguno de mis mejores amigos o amigas está muerto... por lo menos que yo sepa de momento. Creo ... que es mejor que abandonemos la idea. Quizá más adelante.
- Como tú desees.
Y Adam, pasando su brazo por el cuello del caballo, se alejó en dirección a una elevada montaña que se alzaba a su derecha. El gato, mansamente, semidormitaba en la grupa del caballo.

12.

La nave de Dick Malone se posaba sobre Simo, en el lugar exacto que lo hiciera Adam Hersting, cuyo vehículo espacial se erguía a unos metros de distancia de donde aterrizaba Malone. Este, con sus armas a punto, aguardaba pacientemente frente a la portilla de desembarco. Junto a la misma había un botón azul que conectaría la cámara exterior de la nave y que permitiría al Control de Tierra observar el momento de su salida de la nave.

Tan sólo era preciso que Malone apretase el botón, y la cámara se pondría en funcionamiento. Pero tal cosa no entraba en sus planes.

El aterrizaje se completó y Malone discó la combinación de apertura de la portilla con una mano, sujetando con la otra sus armas.

Con un ligero zumbido, casi imperceptible, se franqueó la salida y Malone vio, a sus pies, el suelo de Simo. Descendió los dos escalones de metal que le separaban del mismo.

Había llegado.

13.

En la sala de control de la misión, todas las miradas estaban clavadas en la pantalla donde debían aparecer las imágenes de Malone pisando el suelo del planeta Simo.

Pero la pantalla no recibía imagen alguna.

La voz impaciente del profesor Teófilo dijo:

- ¿Qué ocurre con la computadora hermana?

El técnico encargado de la misión repuso:

- Indica que Malone ha aterrizado hace veinte segundos.

- ¿Por qué no se recibe la imagen? ¿Algún desperfecto inesperado?

- No registrado. Todo funciona correctamente. Mis datos son que la cámara no se ha puesto en funcionamiento.

- ¡Absurdo! Malone no haría tal cosa --rechazó de plano Teófilo--. Compruebe bien todo, Travis.

El técnico volvió a revisar sus datos.

- Todo perfecto pero la cámara exterior de la nave no ha sido puesta en funcionamiento.

Los dedos de Patrick Mendoza empezaron a tamborilear nerviosamente en su mesa. En voz baja, masculló a Magda:

- Ese cerdo de Malone lo ha hecho a propósito. No ha conectado la cámara para que no veamos lo que está haciendo. Cómo se dedica a exterminar a los simonianos.

- Es una acusación muy grave, Pat --aseveró Magda.

- ¿Se te ocurre otra explicación mejor? --inquirió agresivamente Patrick.

- Cualquier fallo que la computadora no es capaz de discernir. O algún acto de sabotaje de los simonianos.

- Absurdo. Los dos casos son absurdos. Esos seres ni sabrán lo que es una cámara. Desdeñado. Y la computadora detectaría cualquier anomalía.

- Profesor --dijo en ese momento la voz del técnico Travis--. Creo que podría poner en funcionamiento la cámara desde la computadora hermana.

- ¡Pues hágalo! ¿A qué está esperando? ¿A que se lo diga?

Travis empezó a programar la computadora. Al cabo de unos segundos, dijo:

- Recibiremos imagen en treinta segundos.

El profesor Teófilo soltó un bufido que ahogó con una tos.

- Malone conocerá esa particularidad --susurró Patrick a Magda--, y se habrá apresurado a alejarse del campo que abarca la cámara. No será tan estúpido. Ha dispuesto de más de un minuto para hacerlo. Lo que veamos ahora y nada, será lo mismo. Ya no vale la pena.

Magda le miró preocupadamente, pero no dijo nada. Ambos clavaron la vista en la

pantalla.

Cuando por fin se recibió la imagen, todo cuanto vieron fue la explanada arenosa en la que la nave había aterrizado. Al fondo, había un bosque de espesos árboles y una cierta vegetación crecía en su linde. Pero no había rastro alguno de Malone ni de ningún simoniano. Patrick y Magda intercambiaron una mirada significativa.

—Nada —dijo la voz del profesor Teófilo.

—El lugar se parece al que llegó Hersting —musitó Magda.

—Señor Travis —dijo en voz alta Patrick—, ¿podría ampliar la imagen desde aquí? Es posible que veamos las huellas de Dick Malone en este suelo arenoso.

—¿Con qué fin? —inquirió ceñudo Teófilo. Le molestaba la iniciativa de Mendoza, pero no se atrevía a poner objeciones.

Patrick le dirigió su mejor sonrisa.

—Para saber que Malone ha tomado tierra efectivamente en Simo —dijo.

—Esta bien. Adelante, Travis. ¿Puede hacerlo?

—Creo que sí —contestó el técnico.

Al cabo de breves instantes obtenían unos primeros planos del suelo arenoso. En él, se destacaban claramente las inconfundibles pisadas de las botas reglamentarias de Dick Malone. Se oyeron algunos suspiros de alivio.

—Perfectamente —dijo el profesor Teófilo—. Sabemos que ha descendido de la nave y que anda por los alrededores. Podremos verle al regresar.

—Travis —pidió Patrick—, ¿puede seguir ampliando por estos lugares? Sería interesante ver si hay otras huellas que no sean las de Malone.

El profesor Teófilo le fulminó con la mirada y Patrick le correspondió con una sonrisa. El técnico aguardaba, expectante.

—Hágalo —ordenó Teófilo.

La cámara exploró y pudieron ver algunas huellas que correspondían a los pies de simonianos.

—Un técnico en pisadas sabría explicarlo mejor —dijo Patrick en voz baja a Magda—, pero creo que lo podrás ver por ti misma. Observa esas pisadas que se detienen a un metro de las de Malone. Las de este siguen adelante. Las del simoniano... se interrumpen. Ni siguió avanzando, ni volvió hacia atrás. ¿Acaso tienen el poder de desvanecerse en el aire? ¿O de volar?

—Quieres decir —Magda habló lentamente—, que le exterminó.

—Exactamente, querida Magda. Eso es lo que ha ocurrido. Y si Teófilo no es ciego ni idiota, debería estar pensando lo mismo.

Ambos se volvieron para escrutar el rostro del profesor. Pero este permanecía absolutamente inexpresivo.

—Malone ha empezado a eliminar a todos los simonianos que encuentra. Y si estos le matan al igual que hicieron con Adam Hersting... no será yo quien lo sienta.

Patrick contempló fijamente la pantalla.

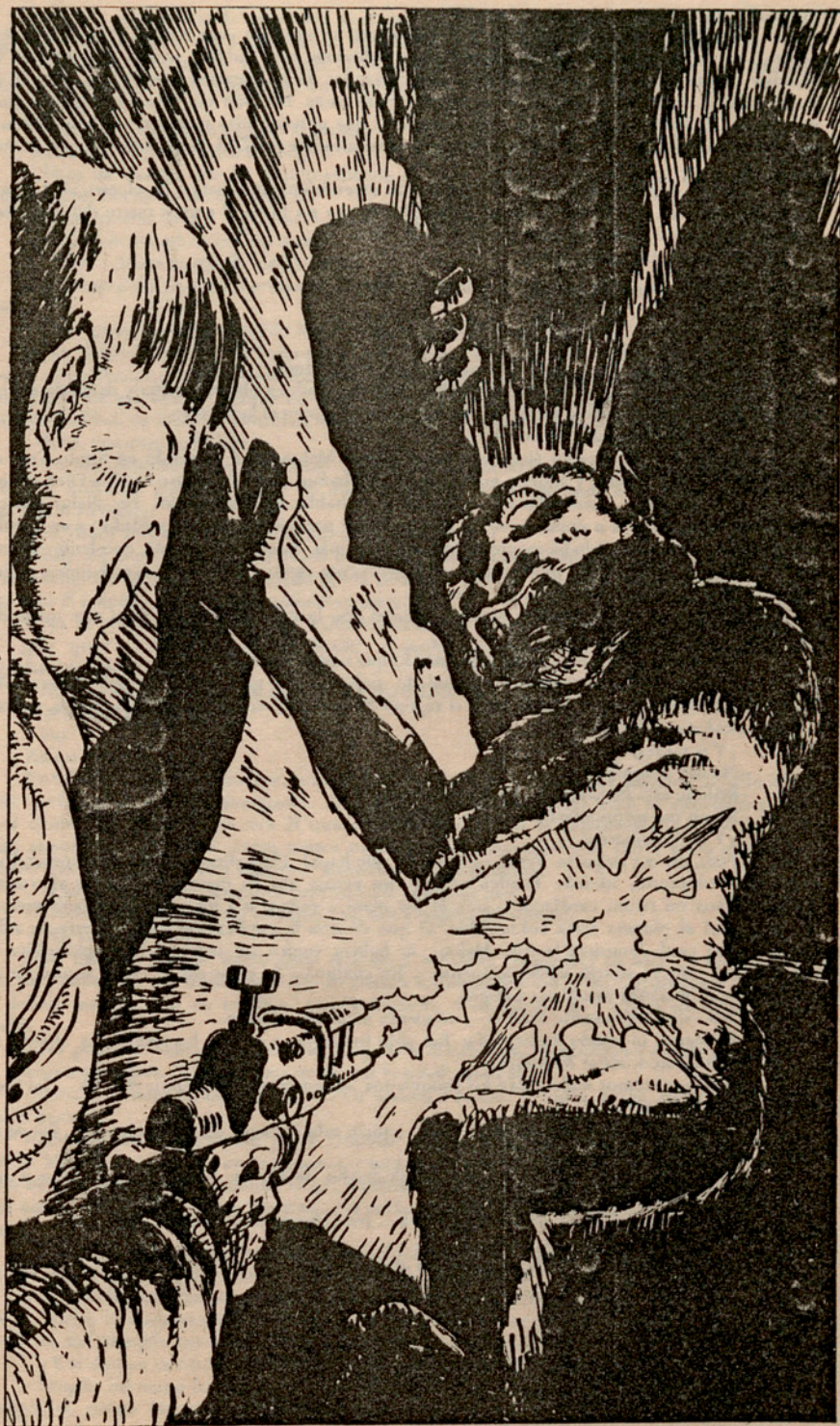
14.

Dick Malone andaba con pasos firmes y calculados por el interior del bosque. Con ambos brazos sujetaba el arma aniquiladora, cuya otra réplica colgaba en bandolera a su espalda. Hasta el momento había exterminado ya a cinco simonianos, de los cuales reconoció a dos como los que aparecían en los dos videos que tan intensamente estudió a bordo de su nave. Ninguno de ellos era el asesino de Hersting. Pero daría con él, tarde o temprano. No podía estar muy lejos.

Mientras todos sus sentidos permanecían alerta para captar el menor movimiento sospechoso en el bosque, tras cualquiera de los árboles, cavilaba con vaga extrañeza en la actitud totalmente inofensiva que le habían ofrecido los simonianos a quienes había eliminado. No solamente no habían hecho ningún ademán de atacarle, sino que, al ver que caían sus compañeros víctimas de sus rayos, tampoco esbozaron ningún amago de defensa. Todo aquello no concordaba en modo alguno con el repentino asesinato de que hicieron objeto a Adam Hersting. ¿Quizá se asustaron al verlo aparecer armado hasta los dientes? Bueno, Hersting también llevaba su pistola de reglamento cuando bajó de la nave.

Sin embargo, ningún simoniano le atacó. Ni le hizo frente. Dejaron que los eliminase uno a uno, con total pasividad. Si proseguían en su actitud, ¿qué podía pensarse de esa raza? ¿Estaban locos? ¿Eran unos cobardes únicamente capaces de atacar a traición?

Delante, a unos veinte metros, había un simoniano oculto tras un árbol. Muy mal oculto. ¿Por qué no le atacaba siquiera ahora a traición? Ciertamente el caso de protección que llevaba impediría que le abriesen la cabeza con la facilidad con que se la abrieron a Hersting. Pero, al menos, podrían intentarlo. PODRIAN. El lo haría, si estuviese en su lugar. Se defendería.



Plantarla cara.

Se acercaba al árbol. Malone y el simoniano se miraron cara a cara. ¿Había una ligera sorpresa en la expresión de sapo? Posiblemente. Malone casi hubiera jurado que así era. Tras estudiar tantas horas sus facciones, para memorizar las de los asesinos, creía saber todo lo que podía saberse acerca de sus aparentemente repetidas caras. No eran tan repetidas. Y este que le miraba con la boca entre abierta, era uno de los que enterraron y mataron a Adam. Malone le encañonó con el arma. El simoniano permanecía totalmente inmóvil, abrazando con sus garras el árbol.

Malone oprimió el botón y un rayo azul incendió al simoniano. La electricidad pareció contagiarse por un momento al mismo árbol. Luego, ya no hubo el menor rastro del simoniano. Tan sólo las marcas de sus afiladas garras en la corteza.

Malone siguió avanzando.

15.

—Señor Myers, exijo partir inmediatamente hacia Simo.

Con las manos sobre la mesa de Myers, Patrick Mendoza observaba fija y decididamente al hombre. Este suspiró y arrojó de mala manera su bolígrafo en el lapicero.

—Petición denegada. Punto.

—Señor Myers, alguien tiene que saber lo que Malone está haciendo en Simo. Creo que tengo una idea al respecto, y alguien más la tiene, y debemos detener cuanto antes a Dick Malone.

—Respire, por favor, Mendoza. Respire y hable más tranquilo. He dicho petición denegada. Nadie más va a embarcarse en ninguna nave para Simo. Hemos perdido ya un hombre, un excelente hombre. Probablemente perdimos otro más. Puede que no tan excelente, pero no deja de ser otro hombre. En modo alguno y bajo excusa alguna, mandaré a otro hombre a Simo. Tenga la deferencia de retirarse, señor Mendoza.

Patrick se irguió y respiró hondo. Aplastó con la mirada a Myers, pero este no se dejó conmovir en lo más mínimo.

—Si Malone no regresa, jamás sabremos lo que ocurre en Simo

—Mire, empiezo a tenerme sin cuidado todo lo que gire alrededor del planeta Simo. Evidentemente, esa raza es hostil. Pero si regresa Malone con resultados satisfactorios, quizá se estudie la colonización.

—¿Y si no regresa?

—No hay colonización.

—Malone está llevando a cabo una masacre.

—Sí, no me sorprendería. Lo creo muy capaz.

—¿Y no le importa?

—Pues, sí, me importa. Pero, ¿qué quiere que haga? El profesor Teófilo le recomendó. El se ofreció voluntario, además. Pueden ocurrir dos cosas: que lo maten, lo cual no alteraría ni mucho menos mi ritmo cardíaco, o que él los mate a todos, o a los suficientes para meterles miedo. Y así el planeta sería colonizable. O que dé con la explicación de la muerte de Adam Hersting. Lo cual demostraría que Malone se habría vuelto un inmejorable diplomático del espacio. Je. —Myers sonrió sardónicamente—. En cualquier de estos casos, estoy seguro de que tendríamos en nuestras manos un milagro.

—Así —dijo lentamente Patrick—, no piensa usted hacer nada.

—Ni pienso ni puedo hacer nada. Tan sólo limitarme a esperar los resultados, al igual que los demás. Que usted, señor Mendoza.

—Jamás sabremos nada sobre los simonianos —anunció sombríamente Patrick—. Su forma de ser, su cultura. Nada.

—Lamentablemente, desde luego. Pero, ¿quién sabe? Puede que sí lo sepamos. Puede que Malone nos dé una sorpresa a todos.

Patrick dio media vuelta y salió del despacho de Myers. Magda le aguardaba y se le aproximó, con una pregunta en la mirada.

—Nada. Cero —dijo sencillamente Patrick—. No quieren enviar a nadie más.

—Entonces no hay nada que hacer.

—Aún puede que sí. Acabo de recordar algo.

16

Adam Hersting se encontró despierto bruscamente.

—¿Qué sucede? —inquirió.

Vefa por primera vez la oscuridad nocturna de Simo. Y sabía ya lo suficiente como para comprender que correspondía a las horas de vela de Dot y a las suyas propias de sueño.

—Lamento privarte de tus horas de descanso, Adam Hersting —la voz de Dot sonaba inquieta, preocupada—, pero algo grave está ocurriendo.

—¿Qué es?

—Otro ser como tú ha llegado al planeta.

—¿Cómo? —Adam saltó de alegría.

—Hace un tiempo que ha venido saliendo de otro aparato como el tuyo. Pero este ser es anormal, Adam Hersting. No es como tú.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Adam, con extrañeza.

—Está destruyendo a mis hermanos.

—¿Eh? —Adam se quedó estupefacto.

—Ha destruido ya a seis hermanos. Y creo que hará lo mismo con cuantos encuentre en su camino.

—Dios santo. Pero ¿por qué lo hace? ¿Acaso le habéis atacado?

—No, Adam Hersting, no hemos hecho tal cosa. Ni siquiera hemos tratado de arrebatarle su forma de existencia actual, como hicimos contigo, para que entrara en nuestro mundo de los sueños. No lo hemos hecho, porque en cuanto le vimos descender de su objeto, advertimos en él un aura de maldad, de insanía. Nosotros no lo queremos en nuestro mundo de los sueños.

—Pero, conmigo lo hicisteis.

—Tú nos gustaste, Adam Hersting. Tú eres un ser bueno y noble. Por eso te quisimos con nosotros y quisimos que fuera feliz en nuestro mundo, en tu segunda existencia. ¿Eres feliz ahora, Adam Hersting?

—Sí, desde luego —respondió él un tanto confuso.

—Este ser semejante a ti, no puede entrar en nuestro mundo de sueños. Es malvado. No lo merece y tampoco lo queremos —insistió la voz de Dot—. Por eso nos quedamos inmóviles al verlo llegar. Pero él empezó a destruirnos inmediatamente.

—No lo comprendo. ¿Por qué hará tal cosa? A no ser... claro, que intente vengarme. Pero, ¿por qué? Tal actitudes incivilizada, absurda. Criminal. Las leyes de mi planeta la castigarían terriblemente.

—Adam Hersting, ¿conoces tú a ese ser semejante a ti?

—¿Puedes mostrármelo?

—No.

Adam suspiró.

Entonces... repentinamente, un nombre cruzó por su mente: Dick Malone. Sí, sólo Dick Malone sería capaz de algo semejante. Su historial, sus antecedentes eran lo suficientemente turbios como para deducir que era él quien estaba sembrando la destrucción y el terror en el paraíso simoniano. ¿Por qué, entre tantos espaciautas disponibles, la Tierra tenía que haber mandado tras él precisamente a Malone? Lanzó un rugido de rabia.

—¿Qué te ocurre? —preguntó sobresaltada la voz de Dot.

—Creo saber quién es este terrestre. Sí, estoy seguro de saberlo.

—¿Le conoces bien?

—Sí, maldito sea. Se llama Dick Malone y no tiene escrúpulos en usar los medios más sucios para conseguir sus objetivos y los de ciertos mandamases tan poco escrupulosos como él. Dot, debéis matarle. Yo os lo digo. Debéis hacerlo, u os matará él a todos vosotros. No se detendrá.

—No podemos matarle, Adam Hersting. Si lo hiciéramos, pentraría en nuestros sueños, y no lo queremos en ellos. No queremos un ser sin bondad como él.

—Pero... —Adam estaba aturdido—. Os matará a todos. A todos. Lo sé. Es perfectamente capaz de hacerlo.

—Comprendo. Comprendo perfectamente. Adam Hersting. Pero no podemos matarle. Quien lo hiciera, le recibiría en sus sueños y sería atormentado para el resto de los tiempos, y cuando él abandonará la existencia, el ser llamado Dick Malone pasaría a otro hermano, con iguales consecuencia: No, Adam Hersting. No podemos trasladarle de forma de vida, no podemos matarle.

—Pero... —Adam estaba asimilando incrédulamente las explicaciones de Dot—, ¿te das cuenta de lo que esto significa? ¿Qué vais a morir todos vosotros?

—Soy perfectamente consciente de tal hecho, Adam Hersting. Todos mis hermanos lo son, también. Todos lo aceptamos. Preferimos la aniquilación de nuestra raza a albergar en nuestros sueños a ese ser. Ningún hermano podría soportar tal tormento

—¿Y si alguien se ofreciera voluntario para ese sacrificio? —sugirió Adam.

—Ningún hermano haría tal cosa. Puesto que nuestra ética no nos lo permite. Los sueños son sagrados, Adam Hersting. Debes darte cuenta de ello. Tú eres la primera forma de vida

distinta de la nuestra que ha sido aceptada en ellos. Es un honor, inmenso honor, el que te hemos ofrecido. Porque nos gustaste y vimos que eras un ente noble, pacífico como nosotros. Nuestra ética nos prohíbe albergar seres innobles en el mundo de los sueños. Dañarfa a quien lo hiciera y a quienes, posteriormente, le recibieran a su vez, transcurrida la existencia. Por el bien de nosotros, los simonianos, nadie puede ofrecerse para tal... tal... ¿aberración es una buena palabra?

—Sí, creo que sí —suspiró Adam—. Entonces, ¿vais a permitir que os mate a todos?

—No hay otra alternativa, Adam Hersting. Debemos afrontar nuestro destino. Preservar la pureza de los sueños.

—Y en ese caso... si te mata a ti, yo moriré también.

—Así será. Ambos seremos destruidos.

Era absurdo, estúpido, pero real. Iba a morir por segunda vez, cuando tenfa todo un paraíso en sus manos, a su alrededor. Una existencia placentera y un estado de ánimo sencillamente perfecto. No podía soportar la idea de esa segunda muerte, máxime cuando ahora sabía claramente que serfa la muerte definitiva, la oscuridad y la nada. El vacío total.

Consuélate, Adam, se dijo. Has gozado de una segunda oportunidad. Durante un tiempo has sido más feliz de lo que lo fueras jamás en tu vida. ¿No merece esto el acoger con resignación la muerte definitiva?

No, no podía aceptar ni resignarse. Tenfa que luchar. Hacer algo. Pero ¿el qué? ¿Cómo puedo luchar desde donde estoy? Si pudiera entrar en contacto con Dick Malone... hacerle saber que, en cierta forma, estoy vivo... y que deseo seguir vivo, seguir como ahora.

Luchar por sobrevivir.

—Dot —pidió—, ¿dónde estás ahora?

—Duelmo en mi lugar de costumbre. Duérmolo voluntariamente, para que tú puedas estar al corriente de los acontecimientos.

—Dot, tienes que huir, escapar. Esconderte. Que Dick Malone no te encuentre nunca.

—Creo que todo será en vano, Adam Hersting. Ese hombre parece infatigable. Intuyo, no sé por qué, que me busca a mí precisamente y que no se detendrá hasta encontrarlo.

Es capaz de tal cosa, pensó Adam. Pero no se lo comunicó a Dot.

—Aún así, deben esconderte. Creo que tendo una idea, Dot. Escóndete en mi nave. En el objeto en el cual llegué a este planeta. No creo que se le ocurra buscarte ahí.

—Si esa es tu opinión, la cumpliré, Adam Hersting. Me despertaré e iré hacia la nave.

—¿Podrás mantenerme al corriente si hay novedades? —inquirió con un nudo en la garganta.

—Lo haré. Puedo entrar a voluntad en estado letárgico. No temas, te mantendré a ese corriente que dices tan a menudo como sea necesario. Ahora, voy a despertarme.

Y Adam entró en la oscuridad del sueño.

17.

Patrick tuvo suerte. La sala de comunicaciones estaba en aquellos momentos atendida por un solo hombre, en realidad casi un novato que tenfa la peculiaridad de confundir a todo el mundo, y no reconocer quién era un jefe y quién un inferior. Así, pues, pudo entrar en la sala con ademanes autoritarios y lanzarle en tono duro.

—Muy bien, ¿se puede saber dónde está todo el mundo?

El novato se sobresaltó ligeramente y respondió, poniéndose colorado:

—En la cafeterfa, señor. Pero volverán enseguida.

Magnífico, pensó Patrick. En la cafeterfa, y no volverán tan enseguida, o no te sonrojafas al decirlo.

—Esta bien, esta bien. Escuche, tengo que enviar un mensaje secreto, prioridad uno —tal prioridad no existfa, pero confiaba en que el novato lo fuera lo suficiente como para tragárselo—. Así que espere fuera mientras lo envío.

—Oh, señor. Claro...

Pero no parecía muy convencido. Patrick lanzó su última carta:

—Naturalmente, el señor Myers es el único al corriente de ellos.

El nombre de Myers bastó para que el novato se apresurara a abandonar la sala de comunicaciones.

Solo ya, Patrick se sentó frente a uno de los tableros y empezó a pulsar frenéticamente una llamada de Control de Tierra a Nave.

Es la única posibilidad, pensaba desesperado. Y depende de que ella esté en la Nave y que la Nave esté...

La voz surgió rápidamente:

—Aquí "Paloma Mensajera". ¿Quién llama? Cambio.

—¡Eva! —casi chilló Patrick—. Eva, soy yo, Patrick. Cambio —añadió apresuradamente.
—¡Patrick! ¡Sorpresa, hermano! ¿Qué tal van las cosas por la Tierra? Cambio.
—Escúchame bien, Eva. No dispongo de mucho tiempo. Bien, estás a bordo de tu nave, lo cual es una suerte pues no sabía si habrías partido ya hacia Tierra o no. ¿Cuánto tiempo te llevaría dirigirte al planeta Simo? Cambio.

—¿A Simo? ¿Dónde enviasteis a Adam Hersting? Pues... desde donde estoy ahora, unas dos horas de tiempo de nave. ¿Es que quieres que vaya a Simo? No puedo hacerlo sin instrucciones. Cambio.

—Olvida las instrucciones, Eva. Vas a ir a Simo. Dick Malone está allí exterminando a todos sus habitantes, o al menos intentándolo. Adam Hersting fue muerto en el momento en que tomaba tierra en el planeta por los simonianos. Enviaron a Malone y este está haciendo una carnicería —Patrick hablaba lo más deprisa que podía, echando de cuando en cuando miradas hacia la puerta de la sala—. No permiten que nadie más se dirija al planeta. Y hay que detener a Malone. Quiero que tú lo hagas. Que vayas allí y detengas a esa bestia. Como sea, Eva. No me importa cómo lo hagas, pero deténle. Luego prosigue tu viaje hasta la Tierra, tranquilamente y borra de las computadoras la parada en Simo. ¿Comprendes todo lo que te he dicho? Cambio.

La voz de Eva sonó muy preocupada.

—Pat, hermano... ¿te das cuenta de lo que me pides? ¿Me estás insinuando que... que mate a Dick Malone? Cambio.

—Quiero que le detengas, Eva —Patrick estaba sudando y sentía que el corazón le latía violentamente—. Hay que detenerle. Por Dios te lo ruego. Hazlo. Quizá perdamos el planeta, pero también quizá algún día demos con la causa que originó todo esto. No podemos permanecer al margen del genocidio de una raza. Cambio.

—Pero dices que mataron a Adam Hersting. Cambio.

—Sí, pero le enterraron. Le enterraron. Lo vimos todos en la pantalla. Eso significa algo. No son animales. Deben tener alguna forma de civilización. Adam pudo cometer un error tonto que no supimos advertir. Cualquiera con la cabeza sobre los hombros concedería a los simonianos el beneficio de la duda, en último caso. Pero no el genocidio que Malone se propone realizar. ¿Comprendes? ¿Comprendes, Eva? Cambio.

Por Dios, hazlo. No puedo seguir hablando eternamente, pensaba.

—Está bien, iré a Simo. Pero... pero no te aseguro qué haré cuando llegue allí. En todo caso, entraré en contacto contigo. Cambio.

—¡No! —chilló Patrick—. No hagas tal cosa. Es peligroso. Nadie debe saber que hemos hablado. Cambio.

—No temas. Hablaremos en clave. Espero... bueno, que sabré explicarme. Nadie sabrá que te llamo desde Simo. Cambio.

—De acuerdo, adelante. Ve allí... y... detén a ese salvaje. Suerte, Eva. Cambio y corto.

Le hubiera gustado decirle algo más. Mil cosas. Pero no podía permanecer más tiempo hablando. Ya había gastado demasiado en convencerla. Eva era la única persona en quien podía confiar para ello. Lo que sucediese...

El ruido de la puerta al abrirse le arrancó de sus pensamientos. Se volvió hacia ella, sobresaltado, y encontró la figura de Myers mirándole ceñudamente.

—Señor Mendoza, ¿qué diablos está haciendo aquí?

Por encima del hombre de Myers, el novato atisbaba.

18.

Según sus cuentas, llevaba ya eliminados veinte simonianos. Pero ninguno de ellos era el asesino de Adam Hersting, de eso se había asegurado bien antes de disparar el arma. Ninguno de ellos.

Dick Malone se sentía fatigado. Cansado ya de tantas muertes. Llegó incluso a preguntarse el por qué de ello. ¿Estaba volviéndose viejo? Meneó la cabeza. Probablemente. El espacio hacía que los hombres y las mujeres que lo cruzaban madurasen y envejeciesen prematuramente. No en el sentido físico sino en el moral. A los duros los ablandaba. Y a los blandos, les endurecía poco a poco.

La noche había caído ya un largo rato. Una noche oscura, sin luna, puesto que el planeta carecía de ellas. Así que accionó las luces de su traje y prosiguió andando. Las luces contorneaban su silueta y le dotaban de un tono fantasmagórico. Con ellas podía ver en un radio de veinte metros. Un verdadero campo de luz que avanzaba con él. Perfecto para ahuyentar a los simonianos. Así que, ¿para qué proseguir la caza? Todos se escondían al verle.

Sentía una extraña añoranza y decidió regresar a la nave. Pasaría en ella la noche y al día siguiente continuaría con la búsqueda del asesino. Y cuando hubiera terminado con él, se

marcharía del planeta. Se marcharía para siempre. No volvería a pisar Simo por todo el oro de la Tierra. Ya no quería seguir matando. Ni un simoniano más. Sólo al que mató a Hersting.
¿Por qué? No lo sabía. Pero era la meta final a la que tenía que llegar, y lo haría. Le mataría y se iría. Perdonaría a los demás. No se sentía ya con fuerzas para matar ni uno más. Sólo ese. El señalado.

Con cierto alivio en el alma, dio media vuelta y se dispuso a regresar a su nave.

19.

Eva Mendoza tomó tierra en Simo, a pocos metros de distancia de las otras dos naves que lo hicieron anteriormente. Desde uno de los miradores, las observó con curiosidad. Seguidamente, iluminó los reflectores exteriores de la nave que proporcionaron una claridad casi diurna en todo aquel pedazo de terreno. Luego se dispuso a salir al exterior.

Le sobrecogió el silencio reinante. Casi no se atrevía a respirar. Miró a su alrededor. Nadie.

Lentamente, se encaminó a la nave de Dick Malone, fácilmente identificable por sus abigarrados colores rojizos que le conferían un aire siniestro. Ascendió y penetró en su interior. No estaba en ella.

Con las manos apoyadas en los costados caviló en lo que hacer a continuación. ¿Buscar a Malone? ¿Y en qué dirección? La oscuridad era absoluta. Claro que podía tomar un irradiador de luces, pero... ¿qué pensaría él al verla? ¿Y si tiraba contra ella?

Si no fuera de noche. Y si esta no fuera tan impenetrable...

Salió de la nave de Malone y se quedó mirando hacia el bosque que se apreciaba a unos metros de distancia y ante el que se estrellaba el campo de luz que su nave generaba.

Debía hacer algo y pronto. Patrick confiaba en ella. No podía fallarle.

20.

—Hay más novedades, Adam Hersting —dijo la voz de Dot, despertándole en la oscuridad.

—¿Eh? ¿Qué ha ocurrido ahora?

—Estoy en el interior de tu objeto, como me pediste que hiciera. Y he visto llegar a mi planeta otro objeto como el tuyo y el del otro ser.

—¿Otra nave? —Adam se detuvo sorprendido—. ¿Otra nave? ¿Quién ha salido de ella?

—Un ser como tú pero distinto a ti.

—¿Qué diablos significa esto? —Adam arrugó el ceño—. ¿Un ser semejante a mí pero distinto?

—Se parece al ser llamado Marilyn Monroe que me pediste aquella vez —explicó Dot.

—Una mujer —comprendió Adam—. Una mujer en Simo. Pero, ¿por qué ha venido aquí? ¿La habrán enviado de la Tierra? ¿Y para qué? Es extraño todo esto.

—Adam Hersting, ese ser no es como Malone. Es noble y bueno como tú. Me gusta.

—Bien, bien. Pero no le mates todavía —dijo Adam, distraídamente—. Me gustaría saber quién es. ¿Puedes describirmela?

—Me temo que no sabría hacerlo.

—Bien, trataré de ayudarte. ¿Su cabello es largo?

—No.

—¿Es de color dorado, como el de Marilyn Monroe?

—Sí.

—Bueno, así que es rubia. ¿Más baja que yo?

—Sí.

—¿Delgada? ¿Más delgada que yo?

—Sí.

—Vamos sabiendo cosas. Rubia, delgada y bajita. No puede ser cualquiera. Tiene que ser... alguien responsable, alguien de confianza. De confianza, ¿de quién? ¿Puedes ver su nave?

—La veo.

—¿Puedes leer el nombre de la misma?

—No conozco esos caracteres?

—Vaya —Adam hizo una mueca de fastidio—. ¿Dónde está ella ahora?

—Ha entrado en la nave del otro ser.

—¿Ha salido ya de ella?

—No lo sé. Estoy durmiendo. Debo despertarme para saberlo.

—No te despiertes todavía. Tenemos que hacer algo. Tenemos que entrar en contacto con ella. ¿Podrías hablarle?

—No. Los simonianos no tenemos el lenguaje oral de vosotros.
 —¿Y telepáticamente?
 —No.
 —Pues estamos listos. ¿Se te ocurre algo a tí?
 —Temo que no, Adam Hersting. Tú la concerás mejor que yo. Tú sabrías cómo hacerlo.
 —Tengo que decirte que estoy vivo. Pero, ¿cómo? —Adam pensaba a toda velocidad. Súbitamente, tuvo una idea—. Creo que lo tengo, Dot. ¿Podrías escribir?
 —¿Cómo dices?
 —El lugar donde tomé tierra era arenoso. Con tus garras podrías formar signos en él. Yo te representaría qué signos serían. ¿Crees que podrías hacer eso?
 —Al menos lo intentaría —respondió la voz de Dot, cautamente—. ¿Cómo me darás a conocer qué signos he de grabar en la arena?
 —Yo... yo los dibujaré en el suelo. No es tan arenoso, pero me serviré de esta rama. Y agarrándola, se arrodilló sobre la tierra. Pensó durante unos momentos. Algo sencillo, que Dot pudiera memorizar fácilmente. Optó por su propio nombre de pila. ADAM, escribió. Pero luego lo meditó mejor y añadió frente al nombre: SOY.
 —Eso es. Soy Adam —leyó—. ¿Lo ves?
 —Lo veo. Es sencillo. Lo recordaré.
 —Espero que dé resultado —dijo Adam, angustiado.

21.

Un ruido sobresaltó a Eva Mendoza, procedente de su derecha. Se volvió hacia allí y contemplóstupefacta, a un simoniano emergiendo del interior de la nave de Adam Hersting. Instintivamente, puso su mano sobre el arma de reglamento, pero sin extraerla. Vio descender al ser y cuando quedó al pie de la nave, se examinaron mutuamente. Eva no se atrevía casi a respirar.

Lentamente, el ser se aproximó a ella con la boca entreabierta. ¿Qué era aquello? ¿Una amenaza o una sonrisa? Deseo que fuese lo último, pero ¿quién podía asegurarlo?

El ser se detuvo a unos cinco metros. Hincó una rodilla en el suelo y con una de sus garras empezó a rascar la arena. Eva le miró aturrida. ¿Al fin y al cabo, un animal, simplemente? ¿Un animal con ganas de jugar?

Y en tanto el simoniano rascaba la arena, le dirigía miradas constantemente. Eso la puso nerviosa. De repente, el ser se incorporó y retrocedió unos pasos. Al cabo de unos segundos, pareció hacer un gesto, con el brazo y con la cabeza hacia la arena. Eva permaneció inmóvil. El ser repitió el ademán y dió una patada en el suelo. Parpadeando, Eva se atrevió a avanzar un poco. ¿Qué diablos hacía el ser? ¿Qué pretendía? Distraídamente, echó un vistazo al lugar en que permaneció rascando la arena. Pero por lo visto no era tal cosa lo que hizo, sino una especie de dibujo. ¿Una forma de comunicación?, pensó Eva. Sonrió. Claro, eso debía ser. Una forma de decirle a ella que era un ser inteligente, con alguna forma de lenguaje y capaz de tratar de establecer comunicación. Con no poco alivio, Eva contempló los dibujos del simoniano. Una serpiente. Excelente, ello quería decir que había otras formas de vida en el planeta. Un círculo. Indudablemente, el ser preguntaba si ella venía de otro lugar como el suyo, de otro planeta. Por tanto, realmente los simonianos no eran animales sino seres dotados de inteligencia, tal como sospechaba su hermano. Y lo que Malone estaba llevando a cabo, debía ser interrumpido. El siguiente dibujo la desconcertó un poco. ¿Una flecha? ¿Una herramienta? Seguramente. Y el cuarto, la hizo palidecer? Aquello era... una A. Una letra humana. ¿Una coincidencia? Miró los restantes dibujos.

No eran dibujos. Eran letras. Letras de su alfabeto. Una D. Otra A. Una M inconfundible. Aquello era una frase en su propio idioma. Aquello parecía SOY ADAM.

Eva se puso a temblar violentamente. SOY ADAM. ¿Qué significaba aquello? Aterrada, miró al simoniano. Este parecía haberse quedado rígido, inmóvil, en una especie de trance. Sus ojos estaban en blanco. ¿Qué estaba ocurriendo?

El simoniano regresó de su trance, y ello proporcionó otro susto a Eva. Nuevamente, se inclinó sobre la arena y con una de sus garras volvió a dibujar... a escribir. Afanosamente, Eva se acercó a él, despreciando todo miedo, para leer a medida que él trazaba las letras: ESTOY VIVO.

Eva y el simoniano se miraron de hito en hito. La mujer se pasó la lengua por los labios. Con duda, dijo:

—¿Entiendes mi lenguaje?

El ser no respondió. Eva pensó rápidamente

—Si lo entiendes, dibuja estos dos signos.

Señaló la S y la I.



ANTONIO J.
MORATA
© 82

Rápidamente, el simoniano dibujó únicamente la S.

Aquello desconcertó a Eva. ¿Simple espíritu de imitación como el de un mono? O quizá no. Quizá... quizá le estaba dando a entender que lo comprendía únicamente a medias. Sí, podía ser eso.

—¿Adam está vivo? —preguntó Eva.

El simoniano trazó en la arena la S y la I.

—¿Dónde se encuentra? ¿En la nave? — y señaló hacia ella.

El simoniano alzó su garra y señaló su propia cabeza de sapo.

Eva no supo cómo interpretar aquello. Pensó rápidamente.

—¿Adam eres tú? —y se quedó horrorizada—. ¿Te has convertido en un simoniano?

El ser no repuso nada.

No podía ser posible tal cosa. Ni la más alocada imaginación podía haber pensado en tal metamorfosis. Y, por lo que su hermano le había dicho, Adam Hersting estaba muerto.

El simoniano entró nuevamente en trance, para aumentar la desesperación de Eva.

Cuando salió de él, volvió a inclinarse y escribió sobre la arena, tras borrar los anteriores mensajes: VIVO EN EL VIVO. ¿Qué sentido tenía aquello?

—¿Quién te ha enseñado a escribir estas frases? —preguntó Eva.

El simoniano escribió el nombre de Adam y señaló nuevamente su cabeza.

Una idea empezó a germinar en la mente de Eva. Adam, al fin y al cabo, estaba vivo. Posiblemente, en otro lugar del planeta. Y lo más probable, se comunicaba con el simoniano telepáticamente y le instruyó cómo hacerle llegar sus mensajes a ella. Por alguna razón, él no podía hablar con ella directamente. Todo aquello era absurdo, desde luego, pero ¿qué otras explicaciones podía haber? Le costaba aceptar lo de la telepata, pero en otro caso, ¿cómo explicar los signos que hacía el simoniano al señalar su cabeza cuando se mencionaba a Adam?

—Llévame con Adam. Llévame a donde él esté.

El simoniano no repuso nada. Eva avanzó un paso hacia él.

—Llévame dónde esté Adam. Vamos. Hazlo.

Por un momento, pareció que iba a entrar en trance. Pero algo le detuvo. Un sonido ahogado venía del bosque. Ambos se volvieron a él, rápidamente.

Y vieron aparecer a Dick Malone, arma en mano.

22.

Dick Malone se detuvo en seco cuando salió del bosque y penetró en la zona arenosa. Vio las dos figuras, la mujer y el simoniano, y la tercera nave, casi en una perfecta línea recta con las dos anteriores. Era un gesto instintivo, producto de los muchos años de viajes, cerró las luces de su traje puesto que la visibilidad proporcionada por la nave recién llegada era suficiente. Y se quedó mirando.

—Dick. ¡Dick! —oyó decir a la mujer. Y esta empezó a avanzar hacia él.

Entonces salió de su abstracción.

—¿Quién demonios eres? —preguntó, arrugando el ceño—. Ah, ya te conozco. Eres la hermana de Patrick Mendoza, ¿verdad? Eva, ¿no es ese tu nombre? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Quién te ha mandado? ¿La Tierra?

—Eso no importa ahora, Dick. Escúchame. Adam Hersting está vivo.

Malone sonrió desdeñosamente.

—¿Qué tonterías estás diciendo? Hersting está muerto y enterrado. ¿No has visto las películas tomadas por su nave? Puedo mostrártelas en el video.

—Sin embargo, está vivo. Lo sé.

—Sueñas. O tratas de engañarme. Y mejor será que te mantengas a la defensiva. Ahí tienes un simoniano —y lo estudió detenidamente. Se pasó la lengua por los labios—. Y mira por donde... precisamente al que le dio muerte.

—¿Eh? —Eva se sobresaltó—. ¿Cómo lo sabes?

—No podría confundirle con ningún otro. Estoy bien seguro. Ese simoniano de ahí fue el que le atacó a traición y le mató. Y luego, muy deferentemente, le sepultó.

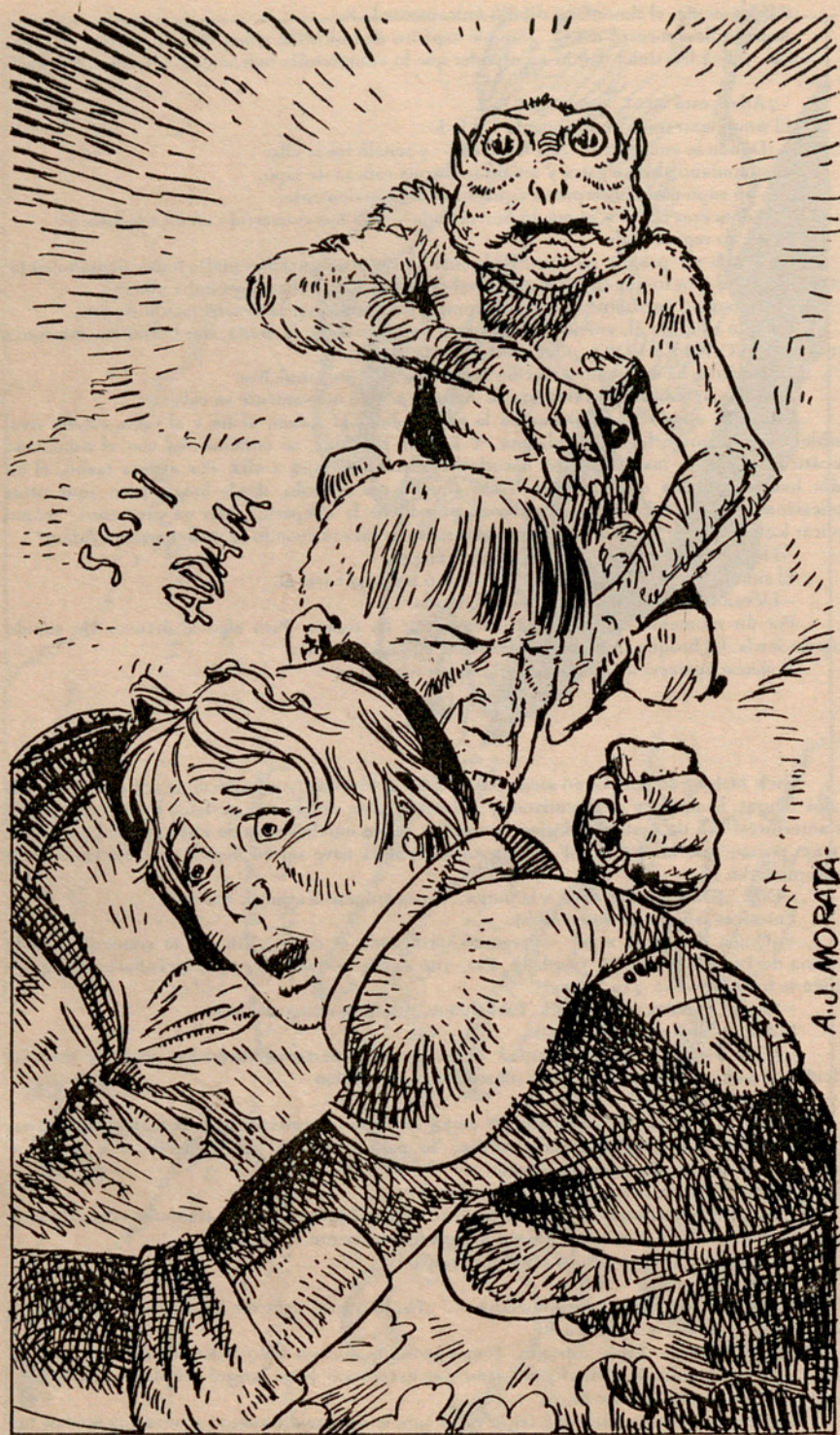
Dick Malone apuntó con su arma al simoniano.

—Voy a matarle.

—¡No! —gritó Eva, interponiéndose—. ¡No lo hagas! ¡El me ha dicho que Adam está vivo! ¡Puede conducirnos junto a él!

—Por Dios, Eva. Estoy cansado. Tengo ganas de dormir. Sólo quiero matar a ese asesino. A ese y a ninguno más. El último simoniano que extermino y me largaré del planeta. No quiero saber nada más de este maldito lugar.

Vagamente, se preguntó qué tenía Simo que le deprimiese tanto. ¿Quizá sus noches tan



SCY
ADAM

A.J. MORATA

oscuras, sin luna que las bañase de luz? Muy probablemente. Recordó que, en los muchos planetas en que había estado, pocas veces se encontró con algo parecido y en todas las ocasiones, sintió la misma depresión, el mismo desánimo a las pocas horas de estancia en ellas. El rodearse de las luces de su traje era un triste sucedáneo, cuando sabía perfectamente que allá donde la luz terminaba, empezaba la oscuridad completa y absoluta. Era... como sentirse encerrado, prisionero.

Fatigado, dijo:

—Apártate, Eva. Déjame matarlo y vámonos de este lugar.

— ¡No!

Y avanzó hacia él.

23.

Adam Hersting pudo haber estado pensando:

Una chica rubia y delgada, que llega de improviso a este planeta. Una chica rubia y delgada que, acaso, viene a salvarme... o a unirse a mí. Rubia y delgada... podría ser Eva Mendoza, la hermana de Patrick. Eva... y puede penetrar en mi nuevo mundo, tras eliminar a Malone. Eva y yo, Adam. Dios, ¿qué quiere significar eso? ¿Una nueva creación? ¿Otro paraíso terrenal? ¿O quizá el mismo? Estoy asustado. No puede ser cierto. Sería demasiado fantástico. Eva y yo, Adam, en el paraíso. La creación tal como la cuenta la Biblia. ¿Y si así fuera como ocurrió en realidad? ¿Y si es una segunda oportunidad? ¿Otra Tierra que crear? ¿Otra humanidad en ciernes?

24.

Eva sujetó el arma de Dick Malone y forcejeó con él.

— ¡Suéltala!

— ¡Eva, quítate de enmedio, por favor! —suplicó Dick.

La mujer tiró del arma hacia sí para arrebatársela. Y el arma se disparó y Eva fue destruida.

Dick Malone quedó mirando con terror el lugar que ocupaba Eva Mendoza.

—No, no —balbuceó.

Retrocedió unos pasos, consternado. El no había sido, él no había querido...

Más allá, el simoniano, permanecía inmóvil, contemplándole. Y Malone le miró con renovado odio.

—Maldito mil veces seas —masculló rabiosamente.

Y disparó sobre él. El simoniano desapareció como si nunca hubiese existido.

Rápidamente, Dick Malone corrió hacia su nave, subió a ella y cerró la portilla. Arrojó sus armas al suelo de metal, donde resonaron siniestramente y se derrumbó en su camastro.

Tengo que marcharme de aquí, pensaba frenéticamente.

25.

Y así fue como Adam Hersting murió realmente.

Hay que tener cuidado con los sueños hipnóticos, pueden ser peligrosos

© 1982, ANGEL L. CALDERAY

Angel vive en Salobreña (Granada), y desde allí nos ha enviado colaboraciones para todas las secciones del fanzine. Aquí publicamos uno de sus relatos. Nos asegura que su producción es escasa pero seguirá escribiendo cosas. Nos alegraría que este pequeño paso le animara para seguir adelante y mejorar en cada nueva aportación al género.

1991. OTOÑO

Al oeste de las Blacks Mountains se encuentra New Providence, la capital del estado de Jersey. La ciudad despierta; y unos tímidos rayos de sol impregnan con su peculiar colorido el nuevo día. Iluminan los aledaños de las ahora apagadas farolas. Poco a poco se desplazan a las afueras, en el extrarradio. Llegan hasta la Oficina General del BAIC*, pareciendo terminar allí su recorrido.

Una manzana más adelante se halla el Centro de Instrucción, órgano ejecutivo y de acción, dependiente de la Oficina General. El Cuerpo de Guardia, a la entrada misma del edificio, bulle en las tempranas horas de esta brumosa mañana. Se ha procedido al cambio de guardia; los salientes, echados en los camastros del Cuerpo de Guardia, esperan con impaciencia. Aguardan que toque el cornetín de órdenes llamando al desayuno. Están hambrientos después de una monótona noche en vela.

A las 7:00h —ni un segundo antes— suena el cornetín. Propaga machaconamente su escucha por todas las estancias del cuartel. Comienza de nuevo una jornada para la instrucción y el aprendizaje de los jóvenes allí internados. Estos van saliendo en completo orden de las naves barracones. Primero los de la Compañía Alfa; les siguen a continuación los de la Compañía Bravo, salen los de la Compañía Charlie.

La formación atraviesa por el gran patio central, donde se les unen los salientes de la guardia. Todos se encaminan en absoluto silencio al centro Self-Service. Visten traje de frañela verde natural y van tocados con la boina de reglamento; el atuendo está perfectamente adaptado al carácter castrense del Centro de Instrucción.

Vienen correctamente aseados, resaltando el aspecto aún más, la jovialidad de sus caras. Por ende, los salientes de la guardia, muestran aún en sus rostros signos evidentes de somnolencia.

El desayuno se compone de una ración de alimento concentrado. Huevos con bacon, tostadas con mantequilla y descafeinado, todo ello con sabor de conservas enlatadas. Conseguido el asueto, unos pocos marchan a las jefaturas administrativas de cada Compañía a desempeñar su labor; otros, los más —y antes del comienzo de las actividades generales—, se dirigen al centro Cantina. Tratarán de conseguir alguna bebida que les borre el amargo sabor de boca de la primera comida del día. Si hay suerte podrán beber un botellín de gin-coke.

Llegan casi en tromba al local. El centro Cantina no es demasiado espacioso, pero sí agradable y se halla decorado con vistas de exóticos parajes, todo en perfecta armonía. Enseguida se adueña del local una comprensible camaradería; saludos y bromas son frecuentes entre conocidos. El ambiente es de jolgorio y se brinda —aquellos que consiguieron bebidas— con

* BAIC: Base Avanzada de Infantería de Combate.

énfasis. Mas de improviso vuelve a ofrse el cornetfn. Es una llamada de atención inmediata. Quienes se encontraban sentados alrededor de las mesas dan un respingo. Adquieren la posición de firmes, expectantes, al igual que sus compañeros de pie junto a la barra. Los botellines de gin-coke ruedan con el movimiento intempestivo al suelo. Esparcen su contenido, pero nadie se vuelve a recogerlos.

Los jóvenes permanecen estáticos y, minutos más tarde, se enciende por sí sola la pantalla televisora situada en el extremo de la sala e instalada en la misma pared. Lentamente aparece la imagen dominando su proyección todo el local. Se apagan las luces. Aparece en pantalla la persona del Comandante General. Su rostro, otrora inexpresivo e inquietante en las apariciones públicas, se torna en cordial y a la vez preocupado. De sus labios brota el saludo de rigor (los cadetes se cuadran) y comienza a hablar pausadamente.

"Con mis saludos en el nuevo día... he de comunicarles una mala nueva. El equilibrio entre los dos bloques militares mundiales se ha quebrado otra vez, pero mucho me temo que ya es tarde para soluciones pacifistas. El conflicto será irreversible. Nunca como ahora se han dado las condiciones para una posible contienda nuclear y de realizarse esta provocará una catástrofe sin paliativos. No pregunten qué podemos hacer aquí o fuera de aquí. Desgraciadamente, nuestra ciudad, nuestro país en suma se verá abocado a la destrucción...

"Terminen tranquilamente sus bebidas, muchachos. Después diríjense con serenidad y orden a los refugios antiatómicos; es posible que el nivel de radiación no llegue a los subterráneos. Puedo asegurarle que con la ayuda de Dios, hoy comienza una nueva etapa en la historia de la Humanidad... afrontemos lo inevitable. Recuerden nuestro himno: (a coro) ... en primera fila / siempre adelante / mirando al infinito / y sin volver atrás..."

Se apaga el receptor inmediatamente después de terminar el estribillo. Entonces, el anterior clima de jolgorio da paso a unos instantes de tensa calma. Nadie se mueve de donde está, ni siquiera podrían articular una sola palabra. Resbalan las lágrimas en algunos rostros juveniles, pero no lloran; no podrían llorar, tienen un nudo en la garganta.

Entra un sargento en el local. Observa la situación. Los cadetes parecen no reaccionar, están rígidos. El suboficial se pasa la mano por el cabello alisándolo. Sin previo aviso estalla y grita: "Maldita sea, ¡muévanse! Vayan enseguida a sus compañías, quiero ver sus petates ya listos —mira su reloj digital y cronometra—, a las 7:45 h se dirijen a los ascensores por los turnos establecidos para bajar a los sótanos. No sé el tiempo que permaneceremos allí, pero lo que puedo asegurarles es que no será una estancia demasiado agradable.

"Cuando lleguen abajo, que ocupe cada cual su sitio; ya saben dónde deben colocarse, después no quiero ofr quejas acerca de las camas o las taquillas. Sigán mi consejo y será mejor para todos. Y por último les recuerdo que el Comandante de Instrucción quiere que a las 9:00h estén todos ustedes en el Auditorium. Nada más por ahora. ¡Deprisa, vayan moviéndose parece que estén pisando huevos; venga, señores, terminen ya!"

A la hora indicada, 159 personas (cadetes y oficiales de mando) se congregaban en el Auditorium. Se respira en el ambiente cierta incertidumbre respecto al futuro inmediato. Los mandos conversan e intentan dar ánimos a sus respectivos subordinados. El Comandante de Instrucción ocupa lugar en la tribuna y se dirige a todos: "Antes de nada quiero felicitarles por su comportamiento y por la rapidez con que han procedido al traslado de las pertenencias. Ahora les informaré de los últimos acontecimientos... A las 8:17h fue accionada la pila que alimenta y da vida a este complejo subterráneo. Esta se conserva totalmente intacta y nos asegura una total autonomía dentro del refugio para al menos tres años. También a esahora se procedió al cierre automático de las puertas, lo que confirma una protección antinuclear del 100 por 100 en los sótanos. No es fácil que penetre la radiactividad exterior en el complejo, por ello no hay nada que temer de momento. Repito, no hay nada que temer en absoluto mientras permanezcamos aquí abajo. Todo está perfectamente controlado.

"En los próximos días se estructurarán las nuevas actividades y servicios. De antemano puedo decirles que va a continuar el programa de instrucción y aprendizaje que se venía desarrollando en el cuartel, claro está que con las lógicas modificaciones debidas a nuestra actual situación. Termino ya. Espero que a partir de ahora tengan confianza en el presente y colaboren con decisión en lo que haya que hacer para que todo salga lo mejor posible."

1993. PRIMAVERA

Tras 566 días continúa el encierro de las compañías y mandos militares en los sótanos del BAIC. Parece ser que la temida radiación nuclear en el exterior no ha penetrado en el recinto; las puertas que comunican con el Centro de Instrucción siguen herméticamente cerradas y la normalidad en todas las secciones del refugio es absoluta.

Mattew Herbert, cadete de primera, camina por el corredor que da acceso a las taquillas

personales. Se para en la que tiene impreso el número 3-16, de la sección correspondiente a Alfa. La abre y acto seguido rebusca entre los departamentos de la misma un paquete. Lo alcanza, desdobra con cuidado su nudo y recoge el contenido. Se trata de un par de libros. Hay también unas cartas y una mini-radio. Mira entonces distraídamente el título del ejemplar más cercano y hojea las primeras páginas.

Un instante después, tras un movimiento brusco del cuerpo le resbala el paquete de las manos y cae al suelo. Se agacha para recogerlo fijando la vista en la mini-radio. La toma con curiosidad. Pulsa el botón de encendido, pues tiene una corazonada. El aparato marca la onda 2010. Pero no se oye nada, apenas un extraño zumbido. Inconscientemente da más volumen y se acerca la mini-radio al oído. Después de unos segundos nota como el zumbido se hace cada vez más fuerte. El presentimiento casi le provoca un infarto, el corazón le late con furia... cree haber escuchado unos sonidos perfectamente audibles.

Coloca la onda en 2005, nada. Mueve a 2010, pasa a 2015 parece que se escucha algo. ¡Dios mío! ¡Estoy oyendo una voz!, exclama. Presta más atención. Por el extremo opuesto del pasillo se acerca un cabo el cual le inquiera enseguida qué ocurre. Herbert le hace indicación de que se calle mientras vuelve a aumentar el volumen. Ahora la nitidez es perfecta, dice ahora convencido de ello. ¡No son imaginaciones mías! ... ¡por amor de Dios, creo que he dado con una emisora!, exclama ya entusiasta cruzando la mirada con el suboficial. Ambos palidecen un momento, abren los ojos asombrados: escuchan la voz de un locutor radiofónico...

“Buenos días, amigo oyente. Radio City emisora de la cadena RKO en la costa oeste le saluda... El nuevo y fresco amanecer nos recuerda a todos la primera Ley del Urbanismo: Respetar las riquezas públicas, las artes, los monumentos, para preservar un mundo feliz y natural... En cuanto al tiempo parece ser que como ya es frecuente las nieblas y brumas rodean la ciudad. No sabemos la temperatura ambiente pero suponemos que se mantendrá en torno a los quince grados bajo cero... Bien, y ya tenemos aquí las melodías agradables de la Herbie Coe Big Band... ¡hola muchachos! ... ¿Qué tal, Herbie? ... Sí, en efecto, nos van a deleitar con una de sus más conocidas interpretaciones, la *Serenata a la Luna enamorada*... Escuchémosla...”

Entretanto tiene lugar un encuentro entre el Coronel Instructor William C. Davies, el capitán Quint (al cargo de los servicios médico-psiquiátricos) y un joven teniente de armamentos, Lowell Ross. La reunión se desarrolla en la Jefatura Militar donde el coronel Davies, con gesto desprendido, cierra el dossier que había estado leyendo. Lo sopesa por un momento y dirige una última mirada a la portada; medita para sí como queriendo grabar en su mente todo el contenido del mismo. Un minuto después se remueve en el sillón giratorio hasta colocarse frente al oficial más cercano, en este caso el capitán Quint, sentado a su diestra. El psiquiatra le observa y toma la palabra. Inquieto, Davies le escucha.

—Acerca —comienza Quint— de los temores reflejados en el presente informe, no puedo hacer más que confirmarlos, señor.

—Por favor, explíquese, capitán —le pide su superior.

—Verá, la situación es delicada. Ultimamente los chicos están un poco nerviosos... Me cuentan los cabos que reaccionan violentamente ante ciertas órdenes disciplinarias, vamos que las acatan a regañadientes.

—¿A qué puede obedecer ese enfado?

—No hay motivos —balucea Quint—, al menos ningún motivo aparente.

—Entonces, ¿cuál es su opinión?

—El estar aquí —contesta de nuevo Quint—, enjaulados como dicen ellos, supongo que ha condicionado algo de su carácter y ello les hace ser un tanto indisciplinados. El ambiente en sí...

—¿Qué medidas ha tomado? —inquire el coronel Davies con recelo—. Sabe perfectamente que no estamos aquí por nuestro gusto, capitán.

—Lo comprendo perfectamente, señor, y las he tomado; el teniente Ross puede confirmarlo. Pero se muestran tan indiferentes... parece como si les diera igual que se les castigue o no.

—¿Es así, teniente? —requiere Davies la respuesta directamente.

—Tal vez la explicación —contesta Ross asintiendo con la cabeza— esté en que los muchachos aún no consiguen adaptarse a esta experiencia.

—Sí, puede ser —explica Davies—. Una amarga experiencia el estar constantemente preocupados por el futuro y no saber qué diantres ha podido ocurrir ahí fuera...

—Posiblemente sea eso —habla nuevamente el psiquiatra—. El creciente deseo de salir al exterior y averiguar de una vez la verdad. Tal y como yo lo veo, cualquiera podría sentirse llamado a realizar una locura.

Callan y examinan el asunto que les tiene preocupados. Debemos hacer algo, se dicen pero no se atreven a exponer alguna solución.

Ross corta el hielo.

—No desearía que la actual situación degenerase en un conflicto personal, mas si no se

toma alguna medida de alivio y pronto, las consecuencias pueden ser fatales para todos.

—Ese es el quid de la cuestión —afirma Davies—, pero ¿qué medida podemos tomar en esta ocasión amigos míos?

Mientras, por el pasillo que da acceso al despacho del Coronel Instructor, corre el cabo Brown. Tiene aspecto cansado. Llega, se arregla la vestimenta y escucha atentamente. Golpeando con suavidad en la puerta, abre y entra. Las gotas de sudor le caen por la frente. Se cuadra y saluda.

—¿Qué ocurre, cabo Brown? Di orden de que no se me molestase para nada —objeta Davies con enfado.

—Lo lamento, mi coronel —se disculpa el cabo—. Vengo corriendo desde la Sección A. Ha ocurrido algo increíble.

Y de esta forma fue como trabaron conocimiento los allí reunidos del descubrimiento del cadete. Media hora más tarde, la mini-radio se hallaba entre las manos del Coronel y Matthew Herbert, en un extremo de la habitación, le informaba al respecto.

—Después de tanto tiempo, ¿cómo es posible que funcione, cadete Herbert? —pregunta el capitán Quint.

—Ya les he explicado que todo se debe a un azar del destino, capitán. Probablemente la pila autónoma que tiene se conserve todavía intacta. Cuando compré el aparato me aseguraron que tenía dos años de garantía y funcionamiento. Si no recuerdo mal, debe estar para cumplir ese plazo.

Davies, con expectante ansiedad, conecta la mini-radio. Todos se ponen a escuchar en completo silencio.

“... Y ahora damos paso a la publicidad: Use Clandy, la ropa más inteligente (música), con Clandy vivirá la comodidad más elegante (música), Clandy la ropa de abrigo que mejor le va (fin musical). Bueno, en confianza, amigos oyentes, yo también me visto con trajes de Clandy. Nos pasan una nota con la temperatura en el exterior de nuestros estudios: es de 2 grados bajo cero, ha mejorado algo desde esta mañana, que nevó y que, como recordarán que ya les avisamos, nos encontrábamos a 15 grados bajo cero. Continúa la emisión. Tenemos seguidamente una entrevista con el jefe del Departamento de Previsiones Sociales, doctor Ronald Lee Philips. Nuestro director le va a dirigir la charla que tratará acerca de los más importantes servicios sociales en la actualidad la prevención contra las enfermedades naturales como la leucemia y el cáncer y el peligro que pueden representar los nacimientos prematuros en las madres afectadas por dichas enfermedades...”

Al fin, el coronel Davies respira satisfecho. Sonríe y observa a todos los presentes. Habla con cierta presunción: “Creo que no hay que discutir nada más, con esto queda zanjado el principal motivo de discordia que hemos venido tratando en la reunión, ¿capitán? (afirma con la cabeza), ¿teniente? (desde luego señor, desde luego, responde animado)”.

—No debemos obrar con precipitación —le replica el oficial Ross con recelo—. Creo que lo primero que hay que hacer antes de nada, es asegurar un servicio de escucha en la sala de comunicaciones. ¿Por qué? ... sabemos que ahí afuera hay vida, mas desconocemos en qué condiciones se desarrolla, los peligros a que se enfrenta; ni siquiera sabemos a ciencia cierta si la situación es todo lo óptima que deseáramos para la vida en superficie. Hasta que no tengamos certeza de lo ocurrido, me parece sensato no intentar nada.

Tras una ligera vacilación, Davies tamborilea con los dedos en la mesa reflexiona, frunce el ceño y contesta.

—Sí, es posible que tenga razón, teniente... así se hará. Pero, en tanto, encárguese de seleccionar una patrulla de reconocimiento. Quiero los mejores hombres, Ross. Prepárelos inmediatamente, intensamente, con disciplina y mano firme, pero con tacto. No conviene fatigarlos demasiado; que estén listos para partir en cualquier momento, pero no cansados. Eso es todo pueden retirarse.

Los días y semanas siguientes fueron de continuo ajeteo. En la sala de comunicaciones se anotaban todo tipo de datos referentes a temperatura ambiente, boletines de noticias, ecos sociales y cualquiera otra información de interés. Y en el gimnasio, doce escogidos con graduación de cabos de equipo de fuego, recibieron exhaustivos entrenamientos de preparación física y defensa personal, sin olvidar la perfecta y responsable preparación psicológica a cargo del capitán médico Robert Quint.

1993. COMIENZOS DEL VERANO

En la sala del gimnasio, doce cadetes se alinean en cuatro filas, tres en cada una. Llevan traje anti-radiación con equipo de campaña debajo y el fusil-láser al hombro. Están en posición de descanso prestando oídos, impasibles, a las palabras que les dirige el coronel Davies. Este les habla

en tono conciliador pero con no disimulado enfado.

—Todos ustedes fueron elegidos para esta misión por su lealtad y conducta irreprochables. Ahora, algunos quieren hacerme creer que no sirven para esto .. ¡Pues yo digo basta! Conocen los pormenores, los aceptaron, por tanto no quiero oír ninguna otra queja. Saldrán a la hora prevista, es decir —observa su reloj—, dentro de 25 minutos... Subirán hasta la primera sección desconectando el automático de los controles de entrada y a continuación abrirán manualmente las puertas exteriores sin dilación. Salgan fuera y cumplan con su deber... todos.

A continuación llama al teniente Tompsqñ de comunicaciones y le ordena que distribuya un radio-transmisor a cada uno de los componentes de la patrulla. Los recogen, ajustan el porta-cintas —pasándolo por el cuello— y queda colgado finalmente sobre el costado izquierdo. Después de esta operación reciben instrucciones de su uso mientras el coronel les observa e insta al teniente a que se de prisa.

Seguidamente, toman una mascarilla, la prueban repetidas veces hasta aceptar el raro olor que despidе y terminan de emplazarla en la boca. Hacen ejercicios respiratorios profundos con ellas (si la radiactividad perdura todavía, no debe penetrar por la mascarilla en tanto la válvula de seguridad no esté abierta, repite Tompson como una cantinela), cierran las válvulas y por último revisan el fusil-láser. Ateniéndose a las órdenes, desplazan el dispositivo de disparo a nivel de ráfaga. Finalizan las comprobaciones de rigor, ya están dispuestos.

* * * * *

—Aquí patrulla, cabo Brown. Paso a dar informe de situación, ¿me escuchan?

—Le oímos perfectamente, cabo. Comience cuando quiera.

—Bien .. No hubo problema para salir del subterráneo y una vez fuera lo dejamos bien cerrado .. ahora nos encontramos refugiados en el cuerpo de guardia. Hace un día pésimo. No hay sol y se ha levantado una tremenda ventisca. No hemos visto hasta el momento nada que pueda indicar que hubiese habido una explosión nuclear; a no ser este cambio brusco del tiempo, a nuestros ojos todo está igual...

—El cuartel general no ha sufrido daño —continúa Brown—, pero algunas paredes se están abriendo y han aparecido en ellas unas grietas no muy profundas. A pesar de ello, creo que no hay peligro de derrumbamiento, los cimientos se mantienen bastante firmes... No podemos determinar el nivel de radiación, si la hay, porque el medidor se ha estropeado. Seguramente las bajas temperaturas actuales han afectado los circuitos. Se está intentado arreglar... pero me temo que no va a quedar bien. Necesitaríamos unos nuevos filamentos de doble enganche para determinar el daño real y así poder cambiar el sistema roto... Eso es todo, pido nuevas instrucciones.

—Les habla el coronel Davies. Escuchen atentamente: permanezcan en el cuerpo de guardia una hora más; si mejorase el tiempo continúen; en caso contrario, comuniquen nuevamente con nosotros y recibirán orden de regreso... Lamentamos la averfa del medidor y, por desgracia, me comunican que no es posible atender su petición. No disponemos de filamentos, sólo de láminas de doble cordón. Si no consiguen arreglarlo, olvídense de él. No obstante, ni se les ocurra por nada del mundo quitarse los trajes, son su única protección frente a la posible radiactividad. Corto

—Entendido, señor. Mensaje recibido.

Dicho esto, el cabo cerró la comunicación y echó un vistazo fuera. A pesar de que estaba protegido supo que el aire era cortante, frío. La tormenta descargaba con fuerza y no vió indicios de que amainase pronto. Con gesto de fastidio volvió dentro cerrando la puerta. Sus compañeros habían dejado por imposible la reparación del medidor. "Condenado día", maldijo entre dientes; y realmente estuvo tentado de mandar la misión al infierno y regresar por su cuenta al sótano.

Tres cuartos de hora más tarde volvían a establecer contacto.

Los componentes de la patrulla, impacientes por volver, estaban malhumorados en tanto Davies, inmutable, repetía una y otra vez la misma cantinela sobre el cumplimiento del deber.

Hacia poco había aparecido el sol cubriendo un cielo gris y lóbrego. Un sol rojo que brillaba con fuerza inusitada haciendo sudar copiosamente a los cadetes hasta agobiarles. En ese instante, era muy fácil pensar hacer algo que iba contra sus más íntimas convicciones, contra las órdenes recibidas. Al cabo Eugene Brown le resultaba relativamente fácil convencerse a sí mismo de que iba a hacer lo que estaba pensando. Estiró el brazo para tocar la válvula de seguridad de la mascarilla, pero sus dedos temblaban tan violentamente que no acertaba a hacerlo. Respiró profundamente y guardó el aire en el interior de los pulmones. Abrió la válvula. Inmediatamente sintió una corriente de aire fresco que recorría su cuerpo a medida que entraba por los agujerillos y empezó a circular. Brown cerró los ojos y contuvo el aire en sus pulmones con la ferocidad de un poseso. Contó hasta diez... ¡Dios mío! Acerté en mis suposiciones, puesto que no siento nada anormal, ni el aire está viciado... Abrió la boca, jadeó y tragó .. ¡Aire puro y fresco! Se arrancó

la mascarilla. Los demás le miraron atónitos.

Brown les desafió.

—Si la válvula no ha zumbado al abrirla... quiere decir que no hay radiactividad.

Como un manfaco se despojó del radio-transmisor, el fusil-láser y el traje. Dejó este último y el walkie en el cuerpo de guardia y cogió entre sus manos el fusil. Los otros rápidamente le imitaron y enseguida se reanudó la marcha. Salieron abriéndose paso con dificultad entre la nieve caída. Tomaron la carretera de acceso a la ciudad avanzando lentamente y procurando ir lo más desplegados posible. Con la mirada atenta a cualquier movimiento extraño, observaron en derredor suyo. Los árboles conservaban su colorido verde, mas ahora algunos aparecían emblanquecidos por los copos dispersos entre sus ramas. Continuaron.

Penetraban en la oficina del BAIC cuando la nieve comenzaba a derretirse bajo sus pies. Aquella se encontraba desoladoramente vacía. Registraron por todas partes. Los muebles y los techos estaban sembrados de telarañas y sobre la mesa del despacho del director descansaban papeles ennegrecidos por el polvo. Entonces Leroy preguntó a Brown si no deberían informar al subterráneo a sabiendas de que los radio-transmisores se quedarán en el cuartel. El aludido volviéndose sobre sus pasos se encogió de hombros y se fue. La carretera parecía una pista de hielo y unas nubes cubrían el sol. Adivinando el cansancio y duda en el rostro de los otros, Brown no quiso reprocharles nada. Echó a andar y dijo:

—Yo voy a seguir adelante, vosotros haced lo que queráis.

Le siguieron en silencio, agarrando el fusil hasta ponerlo en bandolera. Les esperaba una larga caminata.

* * * * *

New Providence, antaño ciudad floreciente en industrias petrolíferas, cadenas de establecimientos comerciales y banca, gozaba del privilegio de ser considerada como una de las capitales más prósperas y ricas de la Unión. Aquella mañana, cuando entraban doce hombres por al antigua avenida Cronell, sólo vieron una ciudad sumida en la desolación, edificios en ruinas y escombros. Uno de ellos comentó:

—La ciudad se ha convertido en un desierto marchito y arrasado. ¿Es posible que aquí haya vida? ... y sin embargo, la hay. Si no, ¿de dónde procedía la voz de la radio?

Distinguieron el letrero destrozado de la biblioteca, toda derruida. Lo que quedaba de unos libros, unas pocas páginas, semiborradas sus letras, se resguardaban entre los cascotes. Había también un automóvil, pero la carrocería estaba toda abollada y hundida y no tenía ruedas. Doblaron hacia donde suponían se debería encontrar el ayuntamiento. Del majestuoso edificio municipal, sólo reconocieron el mástil donde se colocaba la bandera del Estado, ahora desgarrada y perdido el color.

De improviso, y de entre las ruinas, surgió una figura menuda que parecía ser humana. Los soldados le observaron con curiosidad.

Por fin habían visto un ser humano. Tenía el pelo revuelto y una barba rala y gris cubría su magullada cara. Su única vestimenta consistía en una túnica que le cubría todo el cuerpo. Avanzó hacia ellos. “Esto es lo que la guerra ha hecho al mundo”, dijo con la mirada extraviada, “vuestras guerras y bombas”. “Habéis convertido el mundo en un estercolero, a vuestros amigos y hermanos en cadáveres vivientes...” Y surgieron de entre los escombros unos seres extrañamente deformes. Se tambaleaban, casi no podían mantenerse en pie. La ropa la tenían hecha jirones y el cuerpo dolorido por las quemaduras y cubierto de ampollas y arañazos.

El de la túnica explicó, extraordinariamente sereno, que la supervivencia de esa pobre gente dependía enteramente de él, pues no había sido afectado por las radiaciones como ellos, y procuraba cuidarles lo mejor que sabía y podía. Dijo que no tenían ni idea del sufrimiento de aquellos seres y continuó hablándoles tranquilamente. Al tiempo, los penetrantes ojos se fueron posando en los de cada uno de los doce. De pronto, el aire se hizo algo pesado para estos. Cortante y helado. Estaban cansados y el otro no paraba de hablar. Hilvanaba frase tras frase y continuaba clavando su mirada en las caras de los soldados a quienes el cansancio dió paso a un embotamiento progresivo. Les dominaba un sueño hipnótico hasta dejarles paralizados. Uno de los mutantes se sonrió para sí mismo abriendo la boca ostensiblemente. Mostró una afilada dentadura en la cual le sobresalían los caninos extraordinariamente. Los soldados, totalmente abatidos caían al suelo.

—Os lo digo siempre, no hay que salir de la ciudad, pequeños. Los viajes nunca os sentaron bien... ¿Veis como papá cuida de vosotros?

—Papito bueno —atisbó a decir uno de los niños.

—Ya os dije que los soldados están bien alimentados y qué carnes más jugosas tienen. Suerte de contar con la emisora, acuden como corderitos al matadero y aún vendrán más, ya lo veréis.

Entretanto, un penetrante olor a carbones encendidos se extendió por los alrededores. Sólo un coro de vocecillas apagadas se oía entre las ruinas. Una horda hambrienta que se acercaba muy lentamente a doce cuerpos inermes... y que atisbaban a decir dos palabras tan sólo y se sonreían maliciosamente de gusto al decirlas:

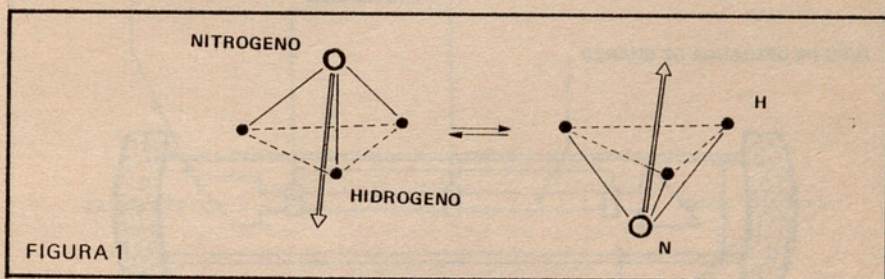
—Papito bueno...

LA COMPUTADORA

MASERS y LASERS

Aunque alguien puede pensar lo contrario, MASER no es solamente el nombre de un estupendo fanzine que todos conocemos. La primitiva acepción de MASER corresponde a una curiosa historia que se inicia hace unos cuantos miles de millones de años. Pero no se asombren, sigan leyendo tranquilamente.

El héroe de esta historia es ni más ni menos que el inocente amoníaco, molécula simple compuesta por un átomo de nitrógeno y tres de hidrógeno formando un tetraedro casi perfecto. Las dimensiones y parámetros de esta molécula pensamos que están fuera de lugar; lo interesante es que los tres átomos de hidrógeno se disponen como un triángulo equilátero sobre cuyo centro, y a determinada distancia del mismo se halla el átomo de nitrógeno; este puede desplazarse (véase la figura 1) hacia ambas caras del triángulo de hidrógeno siguiendo una línea imaginaria que pase por el centro de dicho triángulo de hidrógenos. A este movimiento se le denomina "vibración", y se puede producir hasta 24000 millones de veces por segundo liberándose un rayo de radiación electromagnética de longitud de onda 1,25 cm. y frecuencia de 24.000 millones de ciclos por segundo. Para explicar este hecho se supone que la molécula de amoníaco puede ocupar uno de dos niveles de energía (superior e inferior) cuya diferencia energética es la correspondiente a un fotón de longitud de onda igual a 1,25 cm.; la molécula al excitarse absorbe un fotón y al pasar al estado energético inferior o fundamental, lo expulsa.



Einstein ya en 1917, estableció que si la molécula en estado excitado (mayor energía) es golpeada por un fotón de las características del anterior, emitirá otro fotón de igual dirección y mismas propiedades que el incidente, colocándose en el nivel de menor energía: tendremos, pues, dos fotones ahora (este extremo se confirmó experimentalmente en 1924— de análogo tamaño y dirección).

En condiciones normales (presión de una atmósfera y a 25° C de temperatura) el número de moléculas de NH_3 en el nivel inferior o fundamental, se demuestra estadísticamente que es mucho mayor que el correspondiente en el estado superior o excitado. Sin embargo, si se consiguiese invertir la situación, el fotón original al incidir en una molécula excitada, la llevaría al estado inferior, produciéndose otro fotón; estos dos atacarían dos moléculas más generando cuatro fotones nuevos... de tal manera que un sólo fotón incidente crearía un alud de fotones emitidos exactamente idénticos entre sí.

Fue en 1953 cuando Charles Hard Townes (físico, USA) encontró un método para aislar moléculas de amoníaco en un nivel superior de energía, llevando a la práctica el proceso antes apuntado. Se había creado el MASER o "Microwave Amplification by Stimulated Emission of Radiation" (amplificación de microondas por emisión estimulada de radiación).

Los primeros máseres, sólidos o gaseosos, fueron intermitentes, puesto que no se podía obtener otra radiación hasta no haber acabado la emisión de la primera. El problema se solucionó

y se consiguieron máseres continuos usando como núcleo un material con tres estados energéticos (superior, medio e inferior) para que la radiación se emitiese en dos etapas, por lo cual se utilizaron y se generaron posteriormente, fotones de diferentes tamaños (con varios estados energéticos, se logra que, cuando unas moléculas absorben energía, otras la emiten, y todo a la vez).

La principal aplicación del máser es, lógicamente, la amplificación de microondas "sin ruido", o sea, transmitiendo fielmente las características de la radiación incidente, sin interferencias causadas por el propio aparato receptor. Su uso en astronomía es interesantísimo, aplicado tanto a detectores sitos sobre la superficie de la Tierra, como a otros situados en satélites artificiales.

Primero se trabajó con el máser de microondas, pero a partir de 1958 (debido a Townes, también) se logró el efecto con cualquier longitud de onda: se había construido el máser óptico o láser (iniciales de "Light Amplification by Emission of Radiation").

El láser, hermano mayor del máser, y a quien ha desbancado del trono de la popularidad del gran público, se obtuvo en primera instancia con un rubí sintético de aluminio y cromo; en este caso son los electrones del cromo los que sufren los tránsitos energéticos. El dispositivo láser consigue luz coherente, es decir, muy monocromática (de casi una sola longitud de onda), en forma de haces extremadamente finos y penetrantes. La acción láser se ensanchó sobre multitud de materiales como óxidos metálicos, semiconductores, líquidos y gases (helio-neón, véase figura 2). También existen lasers a partir de reacciones químicas (disociación del CF_3I , conseguida mediante una pulsación lumínica). Los últimos de la serie son a base de compuestos orgánicos, que poseen la ventaja de poder operar en una relativamente alta gama de frecuencias y no en una única.

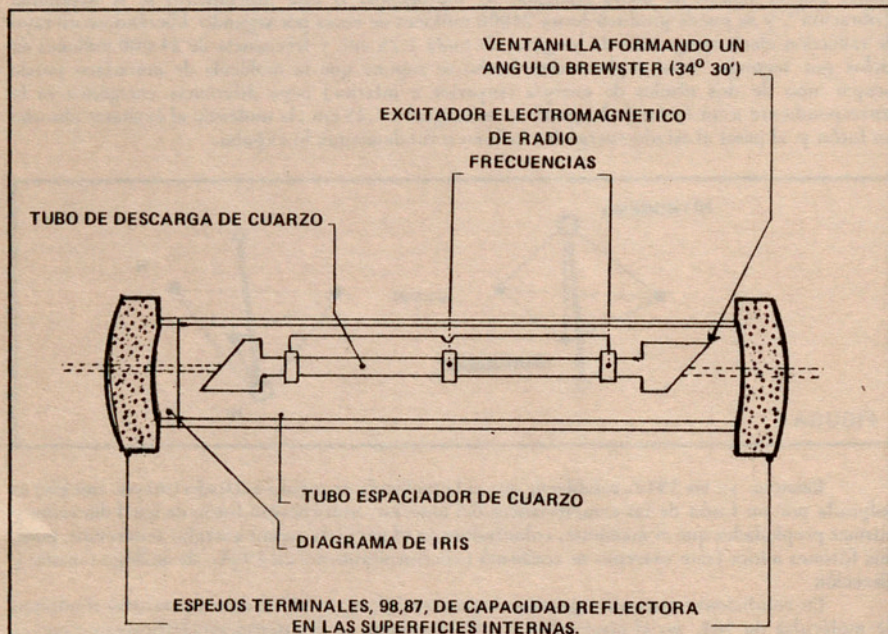


FIGURA 2

Onda láser continua con espejos cóncavos y ventanillas en ángulos Brewster sobre el tubo de descarga. El tubo contiene un gas cuyos átomos se elevan a niveles altamente energéticos mediante excitación electromagnética. Entonces se estimula a esos átomos, introduciendo un rayo luminoso para que emitan energía de determinada longitud de onda. La cavidad resonante, actuando como un órgano, constituye un tren de ondas coherentes entre los espejos terminales, generando el sutil rayo láser.

(Dibujo de la revista Science, 9 de Octubre de 1964)

Las aplicaciones del láser, muy diversas, se apoyan en sus propiedades de constituir haces bien dirigidos, monocromáticos, finos y con un alto poder de penetración: de tal manera, se han usado para soldar retinas en el ojo humano, para tratar tumores sin afectar a las partes sanas del paciente, como fuente de radiación en espectroscopía Raman para análisis de compuestos orgánicos e inorgánicos; se ha pensado su evidente utilidad en telecomunicación, y en el colmo, incluso se ideó una goma de borrar que borraría la tinta de un escrito sin chamuscar siquiera el papel (la asombrosa idea se debe a Arthur L. Shawlow). Otra aplicación importante que se ha desarrollado mucho en los últimos años, es la holografía o fotografía tridimensional: cuando se fotografía un objeto se obtiene una imagen en dos dimensiones con la consiguiente pérdida de información que esto conlleva; la holografía se basa en el hecho de que un rayo de luz se divide en dos, incidiendo uno sobre el objeto y reflejándose el otro en un espejo sin irregularidades, convergiendo luego ambos rayos en una película fotográfica que, una vez revelada aparece borrosa, pero proyectándose un haz de luz a su través, generará una imagen tridimensional del objeto.

Se han utilizado sistema láser para el nivelado de arroz en California, en combinación con computadoras aplicadas a las aplanadoras; los haces de láser guiaban a las aplanadoras.

Por último otra incipiente aplicación parece ser ¡cómo no! la militar; no obstante, los resultados logrados hasta hoy con armas láser y aparatos equipados con láser, fuera de los de las películas de George Lucas, son muy decepcionantes (afortunadamente), por cuanto poseen más defectos que ventajas.

Para acabar quiero indicarles que, actualmente, el mejor máser no es el de amonfaco, sino el de J&J Parera. ¿Qué me ha "pasao"? , bueno, hombre, qué le vamos a hacer; un poco de coba siempre ayuda, ¿no?).

RAFAEL MARIN GALVIN

Hogar, dulce hogar

© 1981, JUAN JOSE PARERA

© ILUSTRACION, 1983, JESUS PARERA

Debido a estar publicando fuera de "casa", Juan intentaba dejar de hacerlo en nuestro fanzine, pero nuestro particular sistema de puntuaciones es el que decide los relatos que se incluyen y los que no lo hacen. Debido a ello, éste, como otros suyos, merece un puesto en MASER.

Un tema ya tratado por otros, narrado por él.

No había duda. Estaba totalmente perdido y decidido a resolverlo por el sistema más rápido posible.

—Por favor, señorita, tendrfa la bondad de indicarme dónde diablos está el despacho de John Stennon.

La muchacha miró un instante mi distintivo verde y elevó la cara con una sonrisa de oreja a oreja.

—Vuelva por el pasillo y llame a la tercera puerta de la derecha. El encargado de seguridad le atenderá.

—Muchas gracias.

Regesé sobre mis pasos hacia la puerta en cuestión, mientras volvfa lentamente la cabeza y observaba cómo aquel increíble cuerpo se alejaba con los brazos llenos de papeles y los ojos de sugerencias.

El tfo de la tercera puerta resultó ser un negro de proporciones colosales, con una pistola en bandolera que podía pasar por un pequeño cañón. Revisó mi documentación y miró detenidamente la fotografía del distintivo. Incluso creo que echó una ojeada a mis zapatos negros. Supongo que ya estaba totalmente seguro de que era más inofensivo que una castaña pilonga, porque abrió la boca y tronó:

—Siga por el corredor y ya verá la puerta, señor Howe.

No es que no me gusten los negros, pensé mientras recorrfa el pasillo, pero si todos fueran como este, mañana mismo no quedarfa ningún blanco gilipuertas diciendo tonterfas sobre la superioridad racial.

JOHN STENNON
Director de Programas espaciales
N.A.S.A.

No me había dado tiempo a llamar cuando ya estaba escuchando el consabido ¡Adelante!, así que tiré del picaporte y entré en la sala.

El despacho resultó ser bastante grande, pero sin pasarse de lo que podríamos llamar como "normal para un pez gordo", mientras que el "pez gordo", resultaba ser un tipo más bien canijo, medio calvo, con cuarenta y tantos años en el cuerpo y unas gafas de culo de botella a mitad de camino entre un enorme bigote y una frente totalmente arrugada.

—Siéntese, señor Howe. Me avisaron de seguridad que se dirigfa para quf. No tengo mucho tiempo, por lo que iremos directamente al grano; sin embargo, podré contestarle a todas las preguntas que se le ocurran, y las que yo no pueda, se las responderá el dossier que le entregaré antes de que se vaya.

—Realmente no estoy interesado en saber mucho, pero sí en saber algo como por ejemplo, ¿qué es lo que desean de mf?

—Eso es muy sencillo. Nos proponemos hacer un viaje en el tiempo y usted ha sido seleccionado para realizarlo.

La mímica de mi cara osciló ante la sorpresa para pasar a la incertidumbre, la risa y el enfado al pensar que estaba sufriendo una tomadura de pelo. Más irritado que otra cosa pregunté:

—¿Un viaje a través del tiempo? ¿Como en las historias para niños? ¿Se refiere realmente a montarme en una maquinita con botones y tuercas que puede llevarme a cazar dinosaurios? ¿O pretende saber cuánto van a subir las acciones de la General Motors el mes que viene?

—No, no, no —Stennon sonreía divertido—, el asunto es mucho más serio aunque sin duda pueda resultar tan extraño. El viaje en el tiempo entendido como en las fantasías de ciencia ficción no es posible por dos motivos. En primer lugar, el movimiento en el tiempo sólo se puede hacer en una dirección, sin posibilidad de regresar a la época en la que se partió. Y, en segundo lugar, además de sólo poder ir en una dirección, esta es únicamente hacia el futuro.

—Sigo sin comprender casi nada —repliqué—. No entiendo cómo pueden llevar a cabo esta aventura.

—Diga mejor cómo realizará USTED esta fantástica aventura. El asunto es bien sencillo, en lo esencial. Se trata de aplicar correctamente los conceptos de espacio, tiempo y velocidad de la luz dentro de los postulados de la mecánica relativista.

—Nosotros no podemos realizar una máquina capaz de trasladar a un sujeto al futuro, pero sí podemos mandar a ese sujeto al espacio y hacer que regrese a la Tierra cuando por esta ya hayan pasado 3, 20 ó 500 años.

—Bien, eso es moderadamente cierto —concedí—, pero parece olvidar que el tiempo también pasa para el astronauta en la nave, y por tanto volverá al futuro de la Tierra, pero a un futuro relativamente corto, pues él irá envejeciendo a su vez y no creo que sirva para nada recuperar un viejo o un cadáver.

—Tiene toda la razón. —Al parecer, a Stennon le gustaba la conversación pues se reclinó en su butaca y mientras hablaba tanteó la mesa en busca de su pipa. Un instante después, un aroma dulzón llenaba el despacho—. Esa cuestión fue la que nos mantuvo más tiempo sin alcanzar ningún objetivo concreto. Para solucionar el problema enfocamos el asunto desde dos puntos de vista. Por un lado, podíamos mantener al astronauta en estado letárgico en una cámara de hibernación; sin embargo, la puesta a punto de los mecanismos automáticos implicados todavía se encuentra en una fase experimental.

—El segundo sistema, que será el utilizado, consiste en aplicar la deformación temporal cuando la nave utilice velocidades semejantes a la de la luz. Debido a la carrera armamentística que tiene lugar entre Estados Unidos y los países del Este, se han puesto a punto motores suficientemente potentes para alcanzar dichas velocidades.

—La astronave y sus ocupantes serán lanzados al espacio, donde pasarán cuatro años. Mientras, en la Tierra, transcurriremos alrededor de veinte años. Vendrán por tanto a su futuro, ya serán cuatro años más viejos, pero evidentemente aparecerán en el futuro de la Tierra que habrá pasado cinco veces más tiempo que ellos.

—Realmente, el dossier le informará casi mejor que yo. Lo único que tiene que hacer es leerlo detenidamente en su casa y contestarnos con un sí o con un no. Queremos que los tripulantes sean totalmente voluntarios por si existe algún riesgo que correr”.

—Sí, de acuerdo; lo mejor será que lea esos papeles y le dé la contestación en otro momento. —Me levanté de la butaca extendiendo la mano.— Buenas tardes, señor Stennon.

—Buenas tardes, señor Howe.

No me costó mucho tiempo leer todos aquellos papelotes en los que venía explicado todo el problema. A decir verdad, no me enteraba más que de parte del problema y otras cuestiones fueron tan oscuras como el coñac sucio. Parece que la nave irá equipada con un motor fotónico. No, no. No me pregunten qué diablos es eso. Sólo puedo decir que se sacan los electrones por un lado, los positrones por otro, se les hace chocar y se convierten en energía de fotones. Esa energía se mantiene en un haz en una dirección, y mientras sale por la tobera, nosotros nos moveremos en la otra. Spongo que será cierto. Oh, sí. También lleva motores atómicos normales de fusión que pueden alimentarse del hidrógeno del espacio, pero sólo se utilizarán como reserva en caso de dificultades con el reactor gordo.

El proyecto va a consistir en cuatro fases, cada una de ellas de un año de duración. Durante la primera fase, la nave se irá acelerando a razón de 1 g hasta los 335 días de navegación. Desde ese momento y hasta completar el año, navegaremos con la velocidad conseguida, que se acerca bastante a la de la luz. Entonces utilizaremos otro año para desacelerar hasta que consigamos quedarnos “parados”, con lo que nos encontraremos en el quinto infierno. Teniendo en cuenta las distancias exuberantes del espacio, no habremos ido muy lejos, pero llegar a mitad de camino de Alfa Centauro para mí ya es suficiente. Allí volveremos a hacer lo mismo pero al revés. Hacia casa. Cuando volvamos a situarnos en órbita terrestre, mis amigos serán veinte años más viejos y yo sólo habré envejecido cuatro. La perspectiva es realmente tentadora.

John Stennon me recibió enseguida.

—Buenos días, señor Howe. Me alegro que haya aceptado participar en nuestro maravilloso experimento. ¿Supongo que no se arrepentirá en el último momento?

—Oh, no, señor Stennon. Estoy realmente entusiasmado con la idea de rejuvener quince años.

—Sólo de una forma relativa —se apresuró a indicar Stennon.

—Aun de forma relativa es suficientemente ambiciosa para mí.

—Lo celebro. Supongo que deseará ver el resto del equipo, la nave, sus compañeros, el...

—Sí. En estos momentos, lo que más necesito es empapar-me de todos los aspectos relacionados con la excursión.

Stennon se reclinó sobre la mesa y oprimió el botón del intercomunicador.

—Gloria.

Una voz salió del aparato.

—¿Diga?

—Haga el favor de encargarse de las pertenencias del señor Howe: se envían a la estación de Kansas. Nosotros saldremos en el primer vuelo. Gracias.

Mi apartamento en el Centro de Estudios Espacio-Temporales de Kansas estaba más que aceptable y con todo lo necesario para asegurarme una feliz estancia. El proyecto estaba costando miles de millones de dólares y nadie pretendía que por unas zapatillas más o menos todo se fuese al carajo. De esta forma, mis habitaciones se encontraban a caballo entre lo práctico y lo lujoso, sin acercarse mucho a cada concepto.

Todo el primer día de mi llegada estuve dando vueltas sin rumbo fijo, visitando esporádicamente el complejo. No fue hasta el día siguiente que me llamaron por teléfono para presentarme a las 11 con Stennon en el directorio. Allí había personas nuevas, caras que no había visto antes.

—Buenos días, señor Howe —Stennon extendía su mano hacia mí—. Voy a presentarle a sus compañeros de viaje. La señora Roxanna Cooper, el señor Parry, la señorita Harper y el señor Walter Bosom. Este es el señor Howe.

—¿Señora Cooper? No tendrá nada que ver con el actor de cine, ¿verdad? —pregunté.

—No, señor Howe —respondió Roxanna—. Mi marido trabaja en la Universidad de Filadelfia, en los laboratorios de Computación.

—No creo que lo conozca —comenté—. ¿Sabe él que seguramente no volveremos en cuatro años?

—Todos conocemos algo del proyecto —la voz de Leo Parry se dejó oír profunda— y elegimos voluntariamente presentarnos. Yo también estoy casado y dejaré a mi esposa aquí abajo. Me alegro de conocerle, señor Howe.

—Por favor, si vamos a estar mucho tiempo juntos más vale que nos vayamos tuteando. Me llamo Robert, pero pueden llamarme Bob.

—Muy bien, Bob, soy Josephine Harper. Llámeme Pheny. Nunca dejé de acostumbrarme al nombre que utilizaba mi madre.

Stennon intervino.

—Perdonen que distraiga la conversación. Siganme y les iré enseñando el complejo, así como los lugares donde se llevarán a cabo algunos entrenamientos específicos para el viaje.

Salimos detrás de Stennon y fuimos recorriendo salas y pasillos durante todo el día menos un respiro para comer.

Regresé a mi apartamento totalmente destrozado. ¡Qué paliza! Stennon se empeñó en que viésemos hoy el máximo posible para ponernos a trabajar cuanto antes y el Centro éste de Kansas es bastante grande con lo que la conclusión no puede ser más lógica.

Me di una ducha tratando de disolver el cansancio y me acosté pronto. Entre sueños dejé vagar mi imaginación antes de dormirme, pensando en mis compañeros... Eran todos tan amigables... Walter era el más callado...

Esta mañana amanecí descansado. Hoy era el día grande, pensé, vamos a ver nuestro querido juguete, o por lo menos, parte de él. Con Pheny y Leo guiados por Stennon (Walter y Roxanna se encontraban en la cámara hiperbárica probando cierto cacharro), fuimos recorriendo los hangares donde se encontraban algunas partes de la nave en construcción que más tarde se acoplarían. El cuerpo central, el quid de la cuestión, la madre del cordero etc., como quieran llamarlo, la astronave, se encontraba en el exterior. Su nombre SWEET HOME. Esperemos que sea cierto.

El Sweet Home está dividido en dos porciones. La más delantera, la "punta", o como lo

quieran llamar, es el puente de mando, el control, todas las terminales del computador, el único lugar desde donde se puede ejercer un control manual.

La otra porción, mucho más grande, inmensa, alberga nuestros departamentos, el gimnasio, el invernadero, las salas de recreo, los laboratorios, naturalmente el computador y aún más atrás los motores y sistemas energéticos para el normal funcionamiento.

Parece gigantesca. Es gigantesca, aunque el hecho de tener que pasar cuatro años en su interior le da un aire de lata de sardinas. Contaba además con dos módulos de tres plazas, tanto para supervivencia como para volver a descender a la Tierra a nuestra vuelta mientras el Sweet Home seguía en órbita. Los técnicos no olvidaron nada. Quizá una máquina de refrescos de medio dólar.

Los entrenamientos de todos nosotros fueron realizándose poco a poco, sin ninguna complicación. Mientras, el resto del centro se dedicaba a terminar de montar todas las piezas de la astronave. La puesta en órbita se realizaría con cinco primeras fases Atlas y tres segundas fases Agenas.

Hoy es el último día en la Tierra. La cuenta atrás ha comenzado hace 12 horas. Pronto vendrá a recogerlos... Aquí están. Adiós, suelo; adiós, cielo hasta dentro de cuatro años. No. Mejor dicho hasta dentro de veinte de tus años. Espero que no cambies mucho en este tiempo.

Buenos, nos encontramos en órbita desde hace 72 horas. Toda la operación fue un verdadero éxito. Estamos esperando a que el computador localice el mejor momento para empezar a acelerar sin tener que desviar nuestro curso por intersecciones con planetas y asteroides. Se trata de corregir el rumbo lo menos posible, a fin de mantener una aceleración constante.

—Hola a todos —la voz de Barry se oía fuerte y clara por el comunicador—, el computador señala un buen momento para todos los planetas y asteroides más grandes. Vamos a acelerar desde este momento. Ya lo he comunicado a la Tierra y pronto empezaremos a perder la comunicación con ellos.

Creo que el salto de Roxanna se oyó por toda la nave. Un instante después llamaba a mi puerta.

—Pase, pase.

—Oh, Bob lo ha oído. Hemos empezado a acelerar. Casi no puedo creerlo. Nos hemos embarcado en una empresa maravillosa, la más grande desde que el hombre puso el pie en Marte. Roxanna había dejado la puerta entreabierta y por su luz asomaba el rostro de Pheny.

—Si no la más grande —dijo—, por lo menos sí la más larga.

—¿Dónde está Walter? —pregunté.

—En su camarote —respondió Pheny.

—Pues vamos a llamarlo —añadió Roxanna—, y nos reuniremos con Leo en el puente. Creo que habrá que celebrar este acontecimiento.

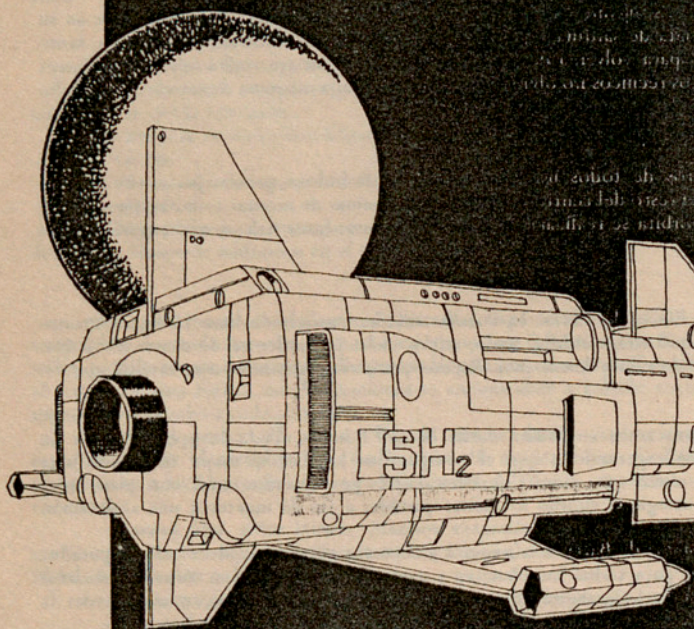
Fue en el puente cuando Walter preguntó:

—¿Por qué dijiste que íbamos a perder la comunicación con la Tierra?

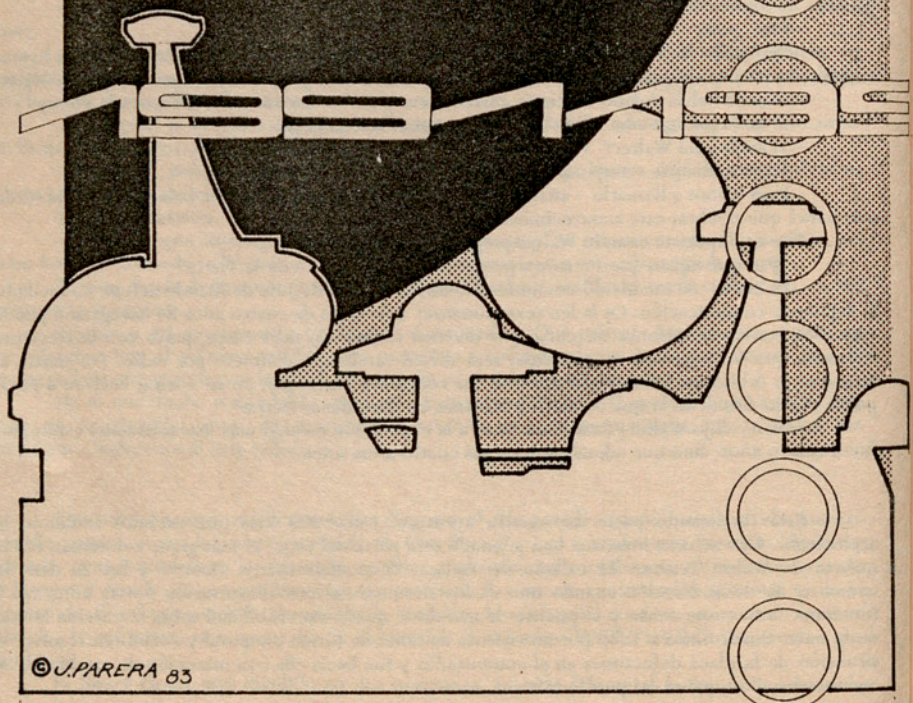
—Es cierto. Se me olvidó comunicarlo. En mi calidad de Jefe de Mando actual, he recibido la siguiente comunicación. Os la leo textualmente: A lo largo de cuatro años de navegación puede requerirse varias variaciones de curso por diversas causas. En tales casos, junto con la creciente distancia que los separará de nosotros, será difícil establecer contacto por radio. Por tanto, al atravesar la órbita de Marte terminaremos los contactos hasta que, en su vuelta, vuelvan a pasar por la misma órbita en la que volverán a efectuar las llamadas a Tierra.

—Bien —dijo Walter—, esto convierte a la expedición en algo más. No solamente estaremos fuera cuatro años, sino que además estaremos cuatro años solos.

Está finalizando parte de nuestra aventura. Hace 203 días que estamos frenando la aceleración. Dos acontecimientos han jalonado esta parte del viaje. El más grave y doloroso fue la muerte de Walter Bosom. El llamado de Walter. Tuvo mala suerte. Ocurrió a los 26 días de comenzar la desaceleración cuando uno de los circuitos de retroalimentación óptica comenzó a funcionar defectuosamente y el puente de mando se quedó sin visibilidad sobre la porción lateral de la nave. Sustituimos el fallo por una fuente de radio de forma temporal y decidimos resolver la situación de la placa defectuosa en el computador y fue hacia ella con intención de cambiarla. Se encontraba en un panel del pasillo inferior.



1997-1998



Walter iba provisto de un destornillador y de una placa nueva para efectuar la corrección. Yo me encontraba en el puente y el resto de la tripulación se repartía en sus departamentos.

El trágico suceso ocurrió cuando Walter había quitado la placa defectuosa. Un meteorito de considerables dimensiones se acercó por la banda derecha, precisamente donde estaba el fallo del control óptico. Con la radio el computador tardó demasiado tiempo en analizar la velocidad, distancia y dirección de la gran piedra. Cuando efectuó la corrección del rumbo había tan poco tiempo para evitar el impacto que se hizo rápidamente mientras sonaba el timbre de alarma.

Todo fue demasiado deprisa. No hubo tiempo para hacer nada. Un instante después salíamos despedidos del lugar en donde nos encontrábamos y, sin apenas lapso de tiempo la nave se volvió a estabilizar.

Llamé por el comunicador para recibir informes sobre los posibles daños materiales o lesiones personales y nadie aquejó nada. El computador revisó la estructura de la nave y sólo encontraba un error. La placa que Walter había ido a revisar no había sido cambiada. Tampoco Walter había respondido a mi llamada.

Bajamos al lugar del suceso. Walter yacía en un charco de sangre que brotaba de la carótida. Se había clavado el destornillador en el cuello, seguramente cuando fue despedido por el cambio de dirección contra la pared contraria.

Pensamos en efectuar un funeral, así que lo pusimos su traje de navegación y lo dejamos en el espacio que lo mató.

El otro acontecimiento no tuvo nada que ver con pérdida tan dolorosa. Fue la comprobación del corrimiento de color en las estrellas.

Al salir de la Tierra, las estrellas del firmamento aparecían con su conocida tonalidad blanco-amarillenta. A medida que la nave va ganando velocidad para dirigirse a su objetivo, el efecto Doppler provoca un cambio sorprendente en el color de la estrella. Alfa Centauro fue pasando al verde, azul, violeta, para perderse en las frecuencias más altas del ultravioleta. De igual manera, el Sol, que íbamos dejando a nuestras espaldas, fue adquiriendo un tono cada vez más amarillento para pasar al naranja, al rojo y volverse negro al entrar en las bajas frecuencias del infrarrojo.

Después de tres meses y medio de viaje en nuestra nave fotónica, alcanzamos aproximadamente un treinta por ciento de la velocidad de la luz. Es en ese momento cuando el Sol se apaga y pasa al infrarrojo. Un mes más tarde, es Alfa Centauro la que se apaga pasando al ultravioleta. Mientras nuestra velocidad seguía aumentando, se formaban dos manchas circulares oscuras en torno a estas dos estrellas, mientras seguían aumentando su diámetro. Entre estas dos manchas ciegas a "popa" y a "proa" del Sweet Home, el resto del firmamento aparecía en un despliegue multicolor de círculos concéntricos, en un gigantesco arco iris.

Cerca del círculo negro de "proa" correspondiente a la lejana estrella que nos sirve de guía, las estrellas son de tonalidades violetas, unas más otras menos, y algunas poco a poco van pasando al ultravioleta formando nuevos círculos que se adhieren al primero. Más atrás, las estrellas violetas van volviéndose azules y estas verdes y sólo las que se encuentran a nuestra altura presentan la estructura del blanco-amarillento. Hacia atrás son muy amarillas y más atrás son anaranjadas, mientras un corte de puntos rojos rodean el gran halo oscuro que es nuestro Sol, del que nos alejamos continuamente.

Ya conocíamos el efecto teórico, y se había comprobado con estrellas e incluso con galaxias completas, desde los observatorios de la Tierra, pero la experimentación personal de todos los colores en forma rápida y constante fue algo único y realmente digno de ser visto. Imposible explicar la rara sensación que produce tanta belleza suelta.

El camino de vuelta se mantuvo sin complicaciones de ningún tipo.

—Leo ¿puedes venir al puente? —la voz de Roxanna se oía por el comunicador—. No logro establecer contacto con la Tierra.

Leo Parry se dirigió al puente de mando mientras yo iba a buscar a Pheny al gimnasio.

—Pheny, ¿puedes venir con nosotros al puente?

—¿Qué ocurre, Bob?

—Parece que Roxanna no logra captar ninguna señal de la Tierra a pesar de que nos encontramos suficientemente cerca.

—Ve hacia allá, te alcanzaré cuando me vista.

Cuando llegamos al puente, Leo intentaba establecer contacto nuevamente:

—Sweet Home a Tierra. Sweet Home a Tierra. Responda, Tierra.

—¿Qué pasa? —preguntó Pheny.

—He intentado la comunicación en varias frecuencias y canales —dijo Roxanna—, pero no hay respuestas de ningún tipo. Tampoco encontramos las frecuencias correctas de los satélites.

—¿Estamos cerca? —inquirí.

—Claro —dijo Roxanna—, ya hemos atravesado la órbita de Marte y nos acercamos rápidamente. Aunque la velocidad irá descendiendo cada vez más. Dentro de unos días podrán establecer contacto visual con nosotros. Además deberían saber que ya estamos de vuelta.

—Piensa que han pasado casi veinte años desde que salimos y ha podido suceder algo por lo que se hayan olvidado de nosotros por el momento.

—¿Y cambiar hasta los métodos de comunicación? —respondió Leo—. El hecho de que ninguna frecuencia coja nuestra señal es bastante anormal. En fin, será cuestión de tomarlo con calma. Voy a programar el computador para que lance un S.O.S. de 15 minutos en cada una de las bandas de frecuencia más comunes y nosotros lo intentaremos con otras.

La búsqueda de bandas se fue haciendo larga y pesada. Pasaron algunos días mientras nos acercábamos cada vez más a la Tierra y no se obtuvieron respuestas de ningún tipo. Incluso supusimos que podía haber algún error en el emisor y estuvimos comprobando una y otra vez los circuitos más importantes con la ayuda del computador; sin embargo todo parecía funcionar de forma eficaz. Unos días más tarde conseguimos la comunicación.

Una de las bandas que estaban siendo registrada por el computador rompió su silencio y nos pusimos a escuchar una especie de zumbido, como la salida de un gas a presión. Ya era más que el silencio absoluto que nos había angustiado durante tanto tiempo. Pasamos la órbita lunar y nos acercamos a la Tierra. Leo cogió el mando manual y maniobró estupidamente hasta conseguir fijarnos a unos 20.000 kilómetros en órbita terrestre. Desde allí, reanudamos nuestra exploración con la radio sin que fuese posible conseguir nada más que el ya molesto zumbido en la banda de 96 megaciclos.

—No sé qué pasa realmente, pero tenemos que resolverlo cuanto antes —manifesté.

—¿Qué te propones, Bob?

—Disponemos de dos módulos —dijo—. Tienen gran autonomía, o por lo menos suficiente para descender hasta aterrizar y averiguar qué es lo que pasa. Por qué nadie responde a nuestras llamadas y por qué oímos este zumbido en lugar de escuchar alguna hermosa palabra de bienvenida.

—Si crees que así saldremos de dudas, estoy contigo —Roxanna casi se había levantado.

—De acuerdo, ¿cuándo bajamos?

—No tan deprisa, Pheny —dijo Leo—. No vamos a ir los cuatro allí abajo. Alguien tiene que quedarse en la nave para mantenerla en órbita y ocuparse de las cosas generales, además de servirnos de puente de comunicación. Así sabremos también si es realmente la Tierra la que está alterada o es este cacharro que ha dejado de funcionar.

—Estoy de acuerdo con Leo —me levanté hacia el inmenso panel de vidrio-cristal desde donde veíamos la Tierra, grande, con los tonos azules aún más resaltado—. Si hay que bajar que sean dos en un módulo, mientras los otros dos se quedan en Sweet Home.

—¿Quiénes bajarán? —preguntó Roxanna.

—Sencillo —respondí—. Leo se encuentra de mando en el puente, por lo que la nave depende de él y no se puede mover de aquí. Como la expedición puede tardar más de veinticuatro horas, Pheny tampoco puede bajar ya que mañana tiene el turno de mando. Por tanto, lo haremos tú y yo.

—De acuerdo —dijo Roxanna.

—Tiene lógica —manifestó Leo—. Pheny y yo nos quedaremos en el puente. Ir al módulo y comprobar lo que pueda hacer falta. Manteneos en contacto con nosotros.

El módulo número 1 se llamaba El Halcón Dorado, aunque no se parecía absolutamente nada a un halcón y mucho menos tenía color dorado. El módulo parece una especie de plato partido por la mitad. Por detrás se continúa en forma de dos alas que le proporcionan la estabilidad necesaria para navegar tanto en espacio sin aire como en la atmósfera. En este caso, en la de la Tierra, por la que descendíamos poco a poco.

—Halcón Dorado a Sweet Home. Leo, ¿me escuchas?

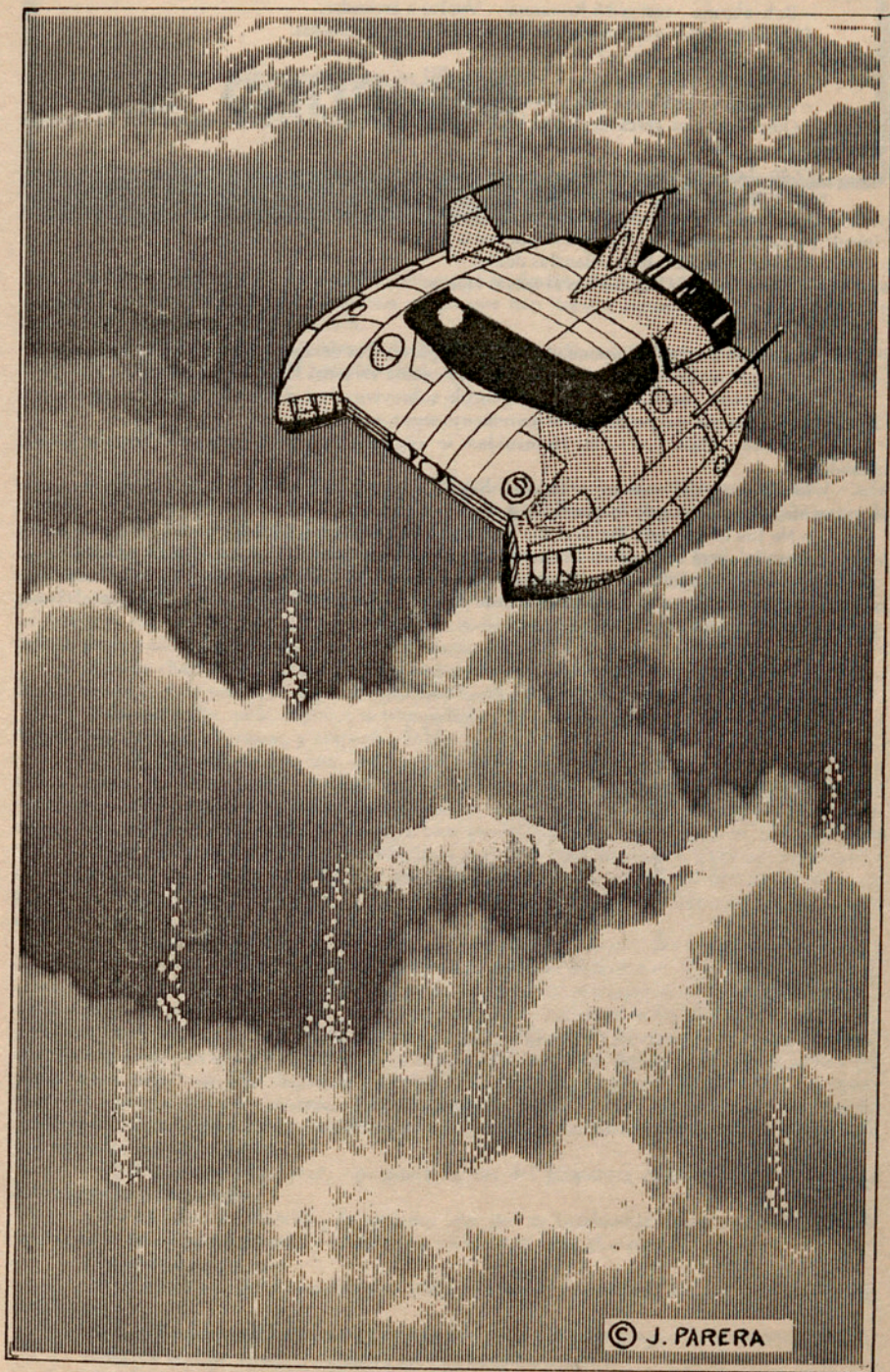
—Te recibo muy bien Roxanna. No dejes de llamar cada hora para comprobar si sigues ahí.

—De acuerdo. Corto. —Roxanna volvió a ajustarse los cascos al oído.— Halcón Dorado llamando a Tierra. Halcón Dorado llamando a Tierra. ¿Me recibe, Tierra? Aquí Halcón Dorado. “Lo siendo Bob, pero parece que es imposible la comunicación. No recibimos más que el zumbido de siempre.

La cúpula del Halcón nos ofrecía una panorámica del continente americano al que nos íbamos acercando.

—Trataremos de localizar el Centro de Kansas. Si hay algún sitio donde se acordarán de nosotros tiene que ser allí.

En un planeo suave para la fricción no fuese importante mientras descendíamos, veíamos agrandarse la silueta de aquella masa de Tierra. Fue entonces cuando el computador empezó a



chillar.

—Bob alarma —casi gritó Roxanna—. Vuelve a ascender.

El Halcón volvió a ascender tras mi tirón al control manual.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Radiación —dijo Roxanna—. Radiactividad en cantidades masivas. Por todas partes.

—¿Cómo es posible tal concentración a esta altura?

—Quizá estemos cerca de algún lugar donde se ha estado haciendo alguna prueba nuclear.

Comunicaré con Leo.

“Leo Leo, ¿me escuchas.

—Te escucho, Roxanna, pero muy débil. Hay un zumbido muy molesto de fondo

—Es de radiación —dijo Roxanna mientras miraba por la cúpula y a mf alternativamente—.

Invade todos los canales. Se encuentra por todas partes.

Bajé un poco la cabeza mientras decía:

—Díle a Leo que regresamos al Sweet Home.

El café de invernadero tiene un raro sabor pero no es desagradable, ni mucho menos.

—Así que realmente es imposible que haya nadie vivo ahí abajo —dijo Pheny.

—Eso creo —manifesté—. Sería imposible sobrevivir a estas dosis de radiación. Ni siquiera los refugios atómicos me parecen suficientemente seguros.

—Bueno —dijo Leo—, la Humanidad se vio envuelta en la esperada Tercera Guerra Mundial.

Me levanté del asiento y cuando llegué a la puerta del puente de mando, me volví lentamente, como pensando lo que iba a decir:

—No fue la esperada Tercera, fue la Temida Última Guerra Mundial.

Cuando cerré la puerta, Roxanna tenía la cabeza entre las manos. Quizá pensaba en su marido, muerto unos kilómetros más abajo. O quizá pensaba en las palabras de Walter “estaremos solos”. Quizá pensaba en lo verdaderamente solitarios que nos íbamos a encontrar en el Sweet Home a partir de ahora.

La consulta

© 1981, JOAN MANEL ORTIZ

© ILUSTRACION, 1982, A. MORATA

Joan Manuel Ortiz pertenece al equipo de redacción del fanzine TRANSITO y nos escribe con una asiduidad fuera de toda lógica. Con esas cartas nos han llegado algunos relatos entre los que hemos seleccionado este para vosotros.

Hemos notado la semejanza con uno de Leiber recientemente re-publicado, pero aun así guarda las debidas distancias que hacen posible sacarlo a la luz.

El recibir un nuevo paciente no era cosa excepcional en la vida del doctor S. Duref. Cada semana, dos o tres nuevos casos se presentaban en su consulta que, sumados a los habituales, le permitían muy pocos ratos de ocio en horas de trabajo.

Sin embargo, aquel hombrecillo nervioso, bajito, rechoncho, con grandes ojeras y una prominente calvicie no le pareció uno de sus casos normales. Parecía el típico hombre dominado por su mujer, oficinista de vocación, que pasaba sus días en un oscuro despacho-gris en una oficina-gris. A pesar de ello, el doctor Duref le tendió la mano con el aplomo que dan los años, y le hizo pasar a su despacho, regio e impecablemente decorado.

Tras la charla preliminar, le hizo tumbarse en su clásico diván de cuero rojo, y, con su libreta de notas en la mano, se dispuso a psicoanalizarlo. Rebajó las luces, y se sentó tras él.

El hombrecillo, poco a poco, se tranquilizó, y por último se relajó con una necesidad casi física, dejando vagar su mente, y empezó a hablar...

—Verá, doctor; yo soy, era, un tranquilo padre de familia, con una mujer y cinco hijos sanos, gracias a Dios, ¿sabe? Trabajo en la "Unión General de Seguros Hispanos", y llevo veinticinco años en el mismo empleo. Es de mucha importancia, ¿sabe?, supervisor de archivos. Bueno, pues gano lo suficiente como para vivir medianamente bien y gasta en algunos lujos, ¿sabe? El verano pasado estuvimos en Blanes, y hace dos años me cambió pero eso no es por lo que he venido aquí. Doctor, tengo un gravísimo problema, y espero que sea usted capaz de resolverlo. Verá —dijo, pasándose la mano por la frente húmeda a causa del sudor—, hace aproximadamente...

"...tres meses caí enfermo; no, no. Nada grave, afortunadamente, sólo la típica gripe, aunque complicada con no sé qué otra enfermedad de tipo viral, de manera que tuve que estar en cama cerca de ochenta días. Como ve, mi constitución no es de por sí excesivamente saludable, así que tardé mucho en restablecerme. Bien, pues aprovechando esta oportunidad, leí algunos libros que tenía rondando por casa desde hacía bastante tiempo. Eran libros de esos que compras, sin saber muy bien por qué, ya que sabes que no vas a tener ganas de leerlos. Bueno, pues yo, en cama y sin poder hacer otra cosa, me dispuse a devorarlos de una vez. Cogí uno de ellos y me propuse acabarlo costara lo que costase. Debo confesarle, doctor, que no lo cogí con mucha predisposición, la verdad, pero a medida que lo iba leyendo, me iba cautivando, hasta el punto de que me lo leí casi de un tirón.

—¿Qué clase de libro era? —preguntó la voz del psiquiatra desde la penumbra en que había sumido la habitación.

—Era un libro de filosofía, de un autor que me era totalmente desconocido. Se llamaba *Teoría de la Realidad Imaginada*, y el autor era un tal H. Kamp. ¿Lo conoce?

—La verdad es que no.

—Pues a mí me gustó muchísimo. ¿Tiene usted un cigarrillo? Es que a mí se me han terminado.

De la oscuridad surgió una mano ofreciéndole un paquete de "negro" y un encendedor.

—Muchas gracias. Antes no fumaba tanto, pero últimamente...

—Prosiga, por favor. ¿De qué trataba el libro?

—El libro trataba sobre una teoría muy interesante. Básicamente viene a decirnos que



ANTONIO J. MORATA - 82

nuestros sentidos nos engañan y que no podemos apreciar realmente nuestro entorno tal y como es. Afirma esta teoría que la realidad se ve deformada por nuestros sentidos, y que consigue coherencia en nuestros cerebros, gracias a que estos nos la alteran con una suficiente dosis de fantasía. Trata también sobre la imposibilidad de discernir la diferencia entre lo soñado y la realidad. Es decir, que si el subconsciente precisa de la existencia de alguna cosa para satisfacer ese esquema mental, simplemente lo crea, e impone a nuestros sentidos la obligación de registrarlo, recibiendo nuestro consciente la imagen de la fantasía tan verdadera como cualquier otra cosa de la realidad. Apasionante, ¿no?

—Ciertamente. —La cara del doctor Duref apareció de improviso como un relámpago, cuando se vio súbitamente iluminada por la llama de la cerilla con que estaba encendiendo un puro. — ¿Y cuál es el problema? No veo nada anormal en todo esto.

— ¡Ya lo sé! El problema vino después. Y esa es la causa por la que no he podido dormir más de tres horas seguidas en lo que llevamos de semana. El problema me sugestionó tanto que comencé a pensar sobre él. Ya le dije que estaba en la cama y lo que me sobraba, precisamente, era tiempo. Bueno, pues comencé a pensar, y a sacar conclusiones. Y llegué a la espantosa incertidumbre de que, si nuestros sentidos nos engañan, no podemos estar seguros de que lo que nos rodea sea cierto. Cualquier cosa puede existir únicamente en mi imaginación. ¡Y fue precisamente entonces cuando ocurrió aquello!

— ¿Qué sucedió?

—Pues ocurrió que mientras me planteaba la realidad o fantasía de las cosas, mis ojos se posaron en un florero que tenía sobre la mesita de noche. Un horrible florero que nos regaló el año pasado la madre de Carmen, mi mujer, por nuestro aniversario. Creo que sería imposible encontrar un objeto con menos gusto para regalar. Buenos, pues se me metió la idea en la cabeza de que aquel objeto no podía ser real. No podía serlo. No lo era. Y justo en el momento en que llegué a este convencimiento, ¡la visión del florero se me hizo más turbia! Me froté los ojos pensando que la vista me estaba jugando una mala pasada, pero no logré que se aclarase la imagen. ¡Pero no el resto de la habitación!, sino solamente el florero. Así que me concentré en él, y me volvió a invadir el convencimiento de que no era sino fruto de mi imaginación. ¡Y se esfumó! ¡Como si nunca hubiera existido! Simplemente no estaba allí.

—Y... dígame, ¿ha vuelto a sufrir algún tipo de experiencia similar? —el psiquiatra intentó reprimir la inquietud que, sin saber exactamente por qué, le había asaltado súbitamente.

— ¡Pero, por Dios bendito! ¿No sé da cuenta de lo que le acabo de decir? ¡Le digo que el florero desapareció!

—Le he oído perfectamente, gracias. Pro siga, por favor.

— ¡Ah! Ya comprendo. Usted no me cree. Creo que estoy chalado, ¿no es así?

—Le aseguro a usted...

—No, no le culpo. Comprendo que es difícil de creer. Yo mismo no estoy todavía demasiado seguro de que sea verdad. Por eso estoy aquí. Quiero saber si es o no real lo que me pasa. ¿Qué me ha preguntado?

—Le preguntaba si había vuelto a sufrir otra vez alguna experiencia similar.

Aunque sin poder descubrir por qué, el médico no conseguía quitarse de encima la sensación de que algo iba tal y como no debía.

—Sí —su voz bajó hasta convertirse en un murmullo casi inaudible—. Mi mujer y yo tuvimos seguidamente una terrible bronca por culpa del maldito jarroncito...

— ¿No era un florero? —interrumpió el psiquiatra.

— ¡Y yo qué sé! Ya le digo que aquella maldita cosa podía servir para lo que fuese. Realmente, mi mujer lo puso en mi mesita porque no encontró dónde ponerlo. ¡Era horrible!

—Siento haberle interrumpido. Continúe.

—Pues al día siguiente, cuando Carmen se dio cuenta de que faltaba el florero se puso como una fiera preguntándome que qué era lo que había hecho con él. Se lo intenté explicar, pero ni siquiera me dejó terminar. Me dijo que estaba loco y que su madre ya se lo advertió, y todas esas cosas que dice siempre. Bueno, pues la cuestión... —hizo una pausa mientras encendía otro cigarrillo—... pues la cuestión es que la bronca fue mayúscula. Yo intenté calmarla, pero no lo conseguí. Ella seguía gritando y gritando. Hasta que llegó un punto en que dejé de escucharla. ¿Me comprende? Seguía chillándome, pero yo no le prestaba ya atención. Y fue entonces cuando me hice la fatídica pregunta...

—Sobre la existencia o no de su esposa...

—Efectivamente. Consideré todos esos años y comencé a preguntarme si mi subconsciente no me estaría jugando una broma. La miré mientras gesticulaba, y me comencé a decir a mí mismo... "No es real... No puede serlo... Me la estoy imaginando..." y le ocurrió lo mismo que al florero. Su imagen se enturbió y simplemente desapareció como si nunca hubiera estado allí. Desde entonces no me atrevo a volver a mi casa, por si mis hijos también desaparecen. Ya han desaparecido otras cosas, ¿sabe? Todas las que he tomado como objetivo de mis dudas.



MORATA-82

¡Doctor! ¿Sabe usted lo que me pasa? ¿Es realidad o me lo estoy imaginando todo? ¿Me estoy volviendo loco?

La habitación se fue iluminando gradualmente, y la silueta del doctor Duref se dibujó sobre una lámpara. Poco a poco toda la habitación quedó perfectamente visible. El hombrecillo estaba jadeante y sus manos temblaban. El paquete de cigarrillos había quedado reducido a una brillante pelota, en las manos sudorosas que lo sujetaban. Tranquilamente, Duref se levantó del sillón en el que estaba sentado, tomó su bloc de notas, paró el magnetófono en el que siempre registraba las charlas y condujo al paciente a la mullida silla que tenía frente a su labrado escritorio de nogal.

—Siéntese, por favor —dijo el médico, indicando la silla—. Creo saber perfectamente lo que le sucede a usted. No crea que su caso es tan extraño como parece. Amigo mío, usted sufre de alucinaciones, no le quepa la menor duda.

—¿Usted cree?

—Segurísimo. Contésteme a una pregunta. ¿Se llevaba usted bien con su mujer?

El hombrecillo titubeó. Se pasó la mano sobre los grasientos mechones de pelo que tenía en las sienes y por fin respondió.

—Bueno... la verdad es... no demasiado bien. Tenía un carácter un poco autoritario... ¡pero no la odiaba!

—¿Se volvería a casar otra vez con ella, si pudiera retroceder en el tiempo?

—¿Pero se cree que estoy loco? ¿Otra vez? ¿Cómo si no hubiera tenido bastan...!

El psiquiatra esbozó una sonrisa de triunfo. Tomó otro puro, y lo encendió con evidente satisfacción. Sin embargo, en lo más profundo de su mente, su instinto le seguía diciendo que había algo que no funcionaba, aunque no veía el qué.

—Sí. Era una bruja —admitió por fin el oficinista—. Era una bruja. Una bruja. No se puede imaginar lo que le llegó a aguantar durante todos estos años. ¡Pero yo nunca hubiera sido capaz de hacerle daño! ¿Por qué desapareció?

—Mi querido señor —el psiquiatra apenas podía ocultar la satisfacción que le producía explicar a los pacientes las características de sus dolencias. Le hacía sentirse como un detective que explica cómo se produjo el crimen, y denuncia públicamente al asesino—, su mujer, Carmen, no ha desaparecido. Usted simplemente, quiso que desapareciera, porque en lo más íntimo de su ser, la odiaba. Como su mente de ser racional no admitiría el supuesto de una acción violenta contra ella, su subconsciente encontró la solución. Le hizo creer que podía hacerla desaparecer, y así librarse de ella. Así le hizo imaginarse toda esta historia. Naturalmente, nada ha desaparecido. Tal vez usted rompiera sin querer el florero, y esa gota colmó la medida de aguante de su mente. Supuso que su mujer se pondría hecha una fiera por esa causa, y su mente buscó una solución. Así nacieron sus alucinaciones. La lectura del libro, indudablemente, activó los mecanismos que condujeron a su mente a producirlas. Pero, créame: todo es fruto de su imaginación. No está loco, si es eso lo que le preocupa. Seguramente, la enfermedad debilitó su organismo más de lo que supuso y su mente le hizo una jargarreta. Vuelva a su casa y verá como todo sigue en la más estricta normalidad.

—¡Pero yo sé que lo vi! ¡Era tan real como usted o como yo!

—Bien —el médico apagó el puro contra el cenicero—. Voy a demostrarle que todo son imaginaciones suyas, y que nada desaparece. Usted me cree real, ¿no? Pues, según su teoría, o la de ese Kamp, usted no puede tener esa certeza. Puede que sólo sea otro fruto de su imaginación. ¡Soy imaginario! ¡Usted me ha creado!

—¡NO! Doctor, si es verdad, y voy matando personas, por dudar de su existencia, no podría resistir el peso de mi conciencia. ¿Es que no lo comprende?

—Si quiere curarse debe demostrarse a sí mismo que todo eso no es sino su mente, que le hace imaginarse cosas. ¡Vamos! Convéncese de que no existe.

El hombrecillo le miró con los ojos enrojecidos. Sudaba copiosamente, y unas profundas ojeras se le marcaban dándole un aspecto teatral. Lo miró fijamente, y se dijo ..

—... no existe. Me lo estoy imaginando. Mis sentidos me engañan. Sólo existe en mi imaginación...

—¿Lo ve? —el psiquiatra sonrió abiertamente, pero en su interior, la alarma instintiva había alcanzado el máximo de intensidad—. Sigo aquí. Sigo aquí porque soy real. ¡SOY REAL!

De pronto se detuvo. La imagen del tembloroso hombrecillo pareció difuminarse. Parpadeó varias veces, pero se enturbiaba cada vez más. Miró a su alrededor, y sólo distinguió sombras.

—¿Qué sucede? Me estoy quedando ciego...

Y desapareció. Desapareció como si nunca hubiera estado allí.

Con grandes lágrimas que surcaban sus mejillas, las temblorosas manos del hombrecillo abrieron la ventana de par en par. Los ruidos de la calle se veían amortiguados por la altura. Aspiró una bocanada de aire y sin dudarlo, se arrojó al vacío. Sólo un molesto ¡chaf!

Y, después, simple y dulcemente, el Universo comenzó a desaparecer...

La estrella que más brilla

© 1982, RAFAEL MARIN GALVIN

© ILUSTRACION, 1983, RICARDO MACHUCA

De Rafael Marín Galvín ya hemos publicado otras cosas en MASER 1, 2 y 3. Tras el paréntesis del 4, vuelve a nuestras páginas con más fuerza que nunca: acaparando una sección, figurando en otra, con este relato, en un estilo poético, distinto a todo lo que había hecho con anterioridad. Desde aquí aseguramos que seguirá haciendo cosas importantes en un futuro próximo.

A CARMEN.

Infinidad de errores se abren camino en nuestra filosofía por la costumbre del hombre de considerarse tan sólo ciudadano del mundo —de un planeta individual— en vez de contemplar ocasionalmente su posición como cosmopolita, como habitante del Universo.

Edgar Allan Poe.

— 1 —

La colonia terrestre se había instalado en el planeta hacía ya algunas semanas. Un planeta apacible, al menos aparentemente, que parecía tender sus brazos amistosos en pos de sus lejanos visitantes. Su atmósfera, constituida por un 25 por 100 de oxígeno y un 75 por 100 de nitrógeno, aproximadamente, lo incluía en la larga lista de planetas "colonizables" en un futuro próximo. Tenía, eso sí, escasas reservas de agua, que alimentaban a algunas plantas parecidas a las desérticas de la Tierra y cosa curiosa, ningún tipo de animal. "Colonizable tipo B", rezaba seguramente en cualquier archivo olvidado del Centro Mundial de Emigración Galáctica. No obstante, se debían investigar concienzudamente sus condiciones reales, sus escasas formas de vida, y comprobar si en la práctica era tan acogedor como a simple vista parecía. Era norma obligada de todo planeta posible candidato a la emigración desde la Tierra, el estar completamente seguro de estos extremos, debido a los tan insólitos acontecimientos dados en otros lugares del Universo y, casi todos, con un saldo desfavorable para el hombre.

El planeta en cuestión era de un tamaño bastante parecido a la Tierra, con una gravedad algo menor, de 0,89G., unos riachuelos de exiguo caudal que desembocan tras largos recorridos en un gran mar central (el único océano del planeta), suaves colinas a veces, y un cielo de un límpido color azul. A lo lejos, sobre el horizonte, la estación terrestre semejante a un colosal monstruo que cual cíclope salido de olvidadas leyendas, con su único ojo que era aquí la cúpula del reactor solar que alimentaba toda la estación, amenazaba con destruir la tranquila paz que se respiraba en el ambiente. Todo a su alrededor era agitación en continuo crescendo, que se diluía fantásticamente al llegar la tarde. El día, de 26 horas, suponía un duro esfuerzo para los hombres, mujeres e incluso máquinas que componían la somera población del centro.

Cuando sonó la campana, Paul Marni dió por terminados sus análisis y abandonó el laboratorio, se dirigió instintivamente hacia su cuarto. Moreno, ojos grandes y muy descuidado en la manera de vestir, era el prototipo del investigador solitario y poco dado a la comunicación con sus semejantes. Geoquímico, buen especialista en su campo, tenía mediana estatura, usaba una gran barba y unas lentes pasadas ya de moda. Al anochecer le gustaba alejarse del bullicio cotidiano y sentarse junto a una gran piedra de un promontorio cercano a la base y dejar correr la imaginación: entonces volaba su mente y pensaba que las estrellas que veía en el cielo al caer la

noche eran pequeñas navecillas que recorrían incansablemente el firmamento sin detenerse nunca en su camino. Miríadas de luminarias que alumbraban majestuosamente la sobrecogedora oscuridad del espacio. ¡Qué lejos se encontraba la Tierra...!

— ¡Eh, Paul! Espera un momento. Quiero hablar contigo.

La voz era la de Peter Fessov, biólogo, alto rubio, pulcro, y con el típico tipo de niño que ha crecido demasiado deprisa. Peter estimaba a Paul y con cierta asiduidad pasaban mucho del tiempo que tenían libre, charlando y conociéndose poco a poco. Peter constituía el contrapunto de Paul, siempre rodeado de gente, y siempre siendo el centro de las reuniones que frecuentemente se celebraban en algún lugar de la base al terminar la extenuante jornada.

— Ah, ¡hola, Peter!

— Oye, ¿por qué no vienes con nosotros? Vamos a jugar unas partidas de cartas en el camarote del teniente Johns...

— No, gracias. No me apetece. De todos modos, gracias por acordarte de mí. No lo tomes a mal, pero prefiero sentarme un rato a solas a contemplar el firmamento. Me relaja bastante y hoy he tenido un día muy agitado.

— Bueno, como quieras. Pero te advierto que mañana no te escaparás tan fácilmente. Adiós, y dale recuerdos a ellas: tú ya me entiendes.

— Buenas noches. Se los daré de tu parte.

Dando tranquilamente la vuelta, Paul se encaminó hacia la gran roca que le servía de insólito lugar de esparcimiento. No pudo reprimir una sonrisa al recordar lo que le había dicho su compañero instantes antes. Que le diera recuerdos a ellas, a las estrellas. Aunque bien pensado tal vez lo considerasen ya como de la familia. ¡Se mostraban tan pacientes con él cuando les hablaba! Sin embargo su atención recaía invariablemente en una que le resultaba especialmente simpática y sobre todo, evocadora y nostálgica. Era la denominada la "estrella que más brilla" (nunca supo muy bien por qué), y desde la posición que ocupaba en la galaxia donde ahora se encontraba, ya no era una, sino un sistema formado por tres estrellas que describían sincrónicamente órbitas que se intersecaban, y en cuyo centro de gravedad del sistema existía un planeta que, por estar en esta posición tan peculiar (inédita hasta su descubrimiento), no giraba alrededor de ninguna. Pensaba que era una delicia contemplarla. Muchos años antes, allá en la Tierra, cuando era niño, ya la descubrió y le fascinó; desde la Tierra sólo se apreciaba una mancha luminosa y de muy pequeño brillo, y se comprobó que era un sistema triple, tal vez el único de la galaxia y quizá del Universo tras muchos lustros de pacientes mediciones en los corrimientos Doppler de sus espectros de absorción y emisión ultravioleta e infrarroja. Acaso desde entonces, por este oculto e inconsciente deseo infantil se decidiera a realizar esta expedición, que le permitiera admirar de cerca esta estrella, símbolo quizá de su perdida niñez.

Tendido de espaldas en la rala hierba, disfrutando de la apacible temperatura nocturna del planeta, se le ocurrió súbitamente que quería hablar con él. Lo supo por un repentino destello que emitió una fracción de segundo apenas, una de las estrellas que formaban el sistema triple. Se incorporó, aguzó la vista, pero no pudo percibir nada de singular en el estático firmamento. Una intensa excitación le recorrió todo el cuerpo, desde la punta de sus pies hasta el más fino de sus cabellos. Rió su ocurrencia anterior, imaginándose lo curioso de la situación: él charlando con una estrella, ¡cielos, seguro que se chamuscaría...! Sin embargo, y sin darse apenas cuenta, casi inconscientemente, se descubrió un poco alterado y volvió a sonreírse mentalmente. Al mismo tiempo fue presa de una extraña sensación que lo dejó perplejo un segundo; se mezclaron en su mente, a la vez, la risa anterior y la duda presente. Juzgando lo aparentemente absurdo de la situación, alcanzaba a comprender que era una tontería lo que estaba pensando en esos momentos, pero por otra lado intuía cierto aspecto extraño en todo esto. No tenía ni pies ni cabeza, y ansiaba convencerse de que su fértil imaginación le jugaba una mala pasada. "Además —argumentaba mitad en serio mitad en broma—, es frecuente que las estrellas cambien su brillo aparente debido sin duda, a fenómenos tan corrientes como erupciones, manchas del tipo de las manchas solares, e incluso en este caso concreto, por la interposición del planeta central del sistema con parte o partes de alguna o algunas de las estrellas que forman "ella".

— Bien no tengo por qué preocuparme —acabó jovialmente su monólogo.

Todavía un poco aturrido por la rara sensación que experimentara segundos antes, se levantó del suelo y se encaminó hacia su cuarto. Se encontraba tan solamente a cien o doscientos metros del campamento y le asaltó la sensación de que se hallaba a mucha distancia, tanto en tiempo como en espacio, de todos sus compañeros, de la base, de la totalidad de lo que le rodeaba. Un extraño, dentro de un mundo extraño. Pensando que el día de trabajo había sido demasiado duro, decidió irse a la cama, y no comentar nada de lo que le pasase (en realidad, ¿ocurrió algo anormal?) a ninguno de sus camaradas: podrían pensar que estaba loco, y "realmente" no era así, o por lo menos él creía firmemente que no.

En la noche, una figura delgada se recortó miméticamente con el paisaje. Paul adivinó a quién pertenecía.

—Buenas noches, Fred. (Fred era astrónomo y andaba enfrascado seguramente en la resolución de complicados problemas astronómicos. Perteneciente al grupo de los solitarios, solía jactarse de que las soluciones a estas arduas cuestiones las hallaba paseando en completa soledad en la tibia noche).

—¡Ah, hola! Buenas noches —respondió sin mucha convicción y continuó, estoico, su camino. Resultaba evidente que no se había percatado de que alguien le hubiese deseado buenas noches.

Paul aligeró el paso y se acostó nada más llegar a su cuarto. Tardó en dormirse: la duda ganaba terreno frente al convencimiento que poseyera antes, referente a la irrealidad de su experiencia nocturna. Cerró los ojos y percibió una figura luminosa que le invitaba a ir con ella, una figura situada en el firmamento una figura que no podía ser más que la representación del algo que lo inquietó en su contemplación del firmamento. Tal vez no fuese verdad pero era bueno romper la monotonía del trabajo en la base con un acontecimiento de este tipo, que se alejaba tanto de todo lo conocido. Pero, ¿y si hubiese sucedido en realidad ..?

— — 2 — —

Su estado anímico, inquieto, no le permitió dormirse sino al cabo de un rato. Sometido en sus agitados sueños a interminables batallas dialécticas sobre lo que es real y lo que no, se despertó a la mañana siguiente cansado y con una vaga sensación: algo o alguien, no discernía exactamente el qué, quería comunicarse a toda costa con él. Era curioso, pero la insólita visión de la noche anterior, todavía lo tenía un tanto sobrecogido. De cualquier forma no sabía con quién había estado a punto de conectar, ni tampoco cómo lograr esa comunicación, a simple vista tan vital para su enigmático interlocutor; su sólido y primitivo rechazo de la noche pasada respecto a unos hechos ilógicos y que se debían negar por sí mismos, daba paso gradualmente, como la calma a la tempestad a un estado de duda creciente; percibió impotencia en sus cansados músculos, sin embargo se sobrepuso y se incorporó en su litera. El día era especialmente largo y tenía que hacer muchas cosas en su transcurso.

Se lavó un poco (según su ancestral y antihigiénica costumbre) y llegó a la conclusión de que debería cortarse el pelo, y, ¡diablos!, también la barba, ¿por qué no? (comenzaban a platearse los cabellos de la misma, no obstante su juventud). Se sorprendió haciéndose cómicas muecas ante su imagen reflejada en el espejo.

Al salir de su cuarto se olvidó sus anticuadas lentes, no prestando demasiada atención al suceso: “Bueno, es igual, de todas maneras no me sirven de mucho ..”, pensó y se encaminó a renglón seguido hacia el comedor de la base. Durante el corto trayecto (la base constituida por el edificio central que albergaba el generador de energía junto con los laboratorios, otro para comedor y algunas dependencias más, y un tercero para los pequeños apartamentos del personal, era de extensión reducida, mucho más pequeña sin duda que el SOL-TRES, el magnífico vehículo taquiónico el cual dejase en el planeta a la expedición terrestre para volver a recogerla dentro de algunos meses), casi se dio de bruces con Fred.

—Buenos días, Fred. Bonito día, ¿eh? —el sol naranja del mundo se hallaba alto en el horizonte.

—No, no lo creas, Paul: se avecina una tormenta magnética y temo que se estropee algún aparato

—Bueno, hombre, no será para tanto. Además, que si se rompen, se arreglan y en paz.

—Sí —fue la lacónica respuesta del astrónomo.

—A propósito, anoche... —Fred le miraba ausente—... nada, es una tontería.

—Sí, anoche te vi, si a esto te refieres, pero no pude detenerme contigo. Estaba muy ocupado.

El comedor se encontraba lleno de gente. Bien, eso es un decir, puesto que quince o veinte personas no eran demasiadas, en comparadas con los miles de millones que ahora vivían en la superpoblada Tierra. No obstante, aquí, en este planeta del borde de la galaxia, alejado quinientos años-luz del sistema solar, quince o veinte seres humanos eran muchos seres humanos, sobre todo cuando eran los únicos en cien años-luz de diámetro.

Ya dentro, cogió la bandeja y divisó a Peter en una mesa; sorprendentemente, desayunaba solo. Se dirigió hacia este:

—¿Puedo si no te importa?

—¡Por el Cinturón de Asteroides, qué pregunta! Si existen ocho o nueve mesas en el comedor y esta es la única casi vacía, pues tú me dirás.

—Sí, llevas razón, pero es que al no verte acompañado por alguien pensé que tal vez te sucediese algo.

—No, hombre, no. Ocurre que ayer estuve jugando hasta muy tarde y me encuentro



RM-82

horriblemente cansado. ¡Cien dólares, muchacho, cien dólares les saqué anoche a esa pandilla de empedernidos jugadores! Pero lo que más me alegra es que cincuenta eran de nuestro queridísimo teniente Johns. ¡Guau! Ni me lo creo aún. Oye, a ti ¿te ocurre algo? No tienes buen aspecto.

—No, que va, nada, nada... Peter, ¿tú crees en cosas "extrañas", telepatía, mundos paralelos y cosas por el estilo?

—Qué pregunta: más bien no. Creo en lo que veo, en lo que siento. Lo demás no me interesa en absoluto. Yo no me ocupo de ello, y ello no me molesta a mí.

Hablaron un rato sobre el aspecto del planeta dentro de diez años. Ciudades, fábricas, gente... Paul bebió su café deprisa después que este se hubo enfriado (le disgustaban las bebidas calientes en exceso). No tenía demasiada ganas de comer. A media mañana tomaría algún bocadillo.

—Adiós, Peter, te dejo. He de hacer mucho trabajo hoy.

—Mucho trabajo, mucho trabajo, ¿tal vez sea Alma, no? —dijo sonriendo irónicamente—.

Adiós, luego nos veremos por la tarde. No olvides que esta noche debes venir a jugar con nosotros. Estoy deseando acariciar esos billetes, que a buen seguro te queman la cartera.

El resto del día transcurrió plácidamente. La tormenta anunciada por Fred fue muy débil, apenas perceptible y Paul investigó sus muestras minerales: ataque con ácidos y preparación de soluciones para medir la cantidad de elementos constituyentes por espectrofotometría; preparaciones cristalinas; detector Geiger para radiactividad. Resultaba curioso en parte, pero en el planeta había grandes cantidades de plomo y prácticamente no se descubrió en todas sus expediciones ningún elemento radiactivo: ni torio, ni uranio ni plutonio; además las onduladas formas de las colinas evidenciaban que esta región del Universo tenía que ser muy antigua, dando lugar a que los elementos naturales inestables se hubieran desintegrado ya casi en su totalidad, y al mismo tiempo a que las montañas se hubiesen erosionado en tan alto grado; sin duda estas ideas, constituían una buena hipótesis de trabajo.

No se encontraba solo en el laboratorio. Su compañera (a quien se refiriese minutos antes Peter), Alma Sagam, era morena como Paul, y una competente especialista en exoquímica (condritas carbonáceas, meteoritos férricos y cuestiones afines). Llevaban trabajando juntos desde un par de años después de salir ambos de la universidad y por lo tanto con anterioridad a su partida en la expedición de SOL-TRES, y saltaba a la vista que trataba que Paul se fijase en ella (por contra, Peter sí se había fijado en ella). Paul recogía las muestras y juntos, a veces demasiado juntos para el gusto de él, las analizaban.

—Oye, Paul, ¿vendrás conmigo a pasar esta noche?

—Ejem, bueno, verás: no puedo; es que voy a ir a jugar a las cartas al cuarto del Teniente Johns con Peter y algunos otros. Lo siento, de veras lo siento. Tal vez mañana...

—No sé si podré yo mañana! —dijo recalcando tanto las palabras que obviamente se deducía que se encontraba bastante enfadada; tras lo cual, los dos siguieron con su trabajo en el laboratorio y no cruzaron ninguna palabra en el resto de la mañana. Se limitaron a medir, pesar, ver, anotar y monosilabear.

Llegado el mediodía, y tras el paréntesis impuesto por el almuerzo y el descanso posterior a este del personal de la estación, de nuevo esta recuperó su actividad, y tanto Paul como Alma, continuaron sin dirigirse más que las palabras indispensables para el buen desarrollo de sus respectivas tareas, lo cual agradó sobremanera a Paul, puesto que de este modo, se evitaría un par de días de tener que, o bien acompañar a Alma, o bien decirle que no poniendo cualquier excusa idiota. Debía sentirse halagado porque una mujer se fijase en él (más cuando en la estación únicamente había cuatro, y las otras tres restantes bastante feas), sin embargo, algo le impedía hacerlo: consistía en una sensación que se iba apoderando de él poco a poco, segundo a segundo a medida que se aproximaba la llegada de la tarde. Necesitaba verla esta noche y así cerciorarse, ora de su equivocación (lo más probable), ora (absurdo) de que un ser extraño le intentaba hablar. De cualquier manera tenía que acabar con esta particular ansiedad que le acosaba.

La jornada de trabajo de la tarde fue para él un tiempo de inquietud en cuyo transcurso descó la venida del crepúsculo y después de la noche, y al finalizar el trabajo se marchó rápidamente a su cuarto a leer un rato a solas. Serénate, Paul, el asunto no merece la pena, se dijo a su ego en un raptó de autodominio (el cual, dicho sea de paso, se iba alejando de él).

Cuando empezó a anochecer (habría estado leyendo una media hora o así), se dispuso a abandonar su compartimiento y al abrir la puerta del mismo se encontró, casi tropezando, con Peter:

— ¡Ah, ya ni me acordaba...!

Peter, sin mediar palabra y sonriendo con malicia, le asió con fuerza del brazo, y en volandas, lo condujo al cuarto del teniente a echar las partidas de naipes correspondientes. No le rodaron bien las cosas, puesto que perdió 30 dólares y un creciente desasosiego interno le iba calando el cuerpo. Sintió que el corazón le latía más deprisa que de costumbre y que la vista se le

nublaba. Un nudo atenazaba su garganta.

—¿Vas? Oye, Paul, que si juegas...

—Oh, perdona, Will. Es que no te he oído —miró sus cartas y llevaba full de ases y damas, pero un algo indeterminado y apremiante lo impulsaba a salir afuera. Tiró las cartas sobre la mesa:

—Lo siento, muchachos; ya he perdido demasiado —se levantó y se fue, dejando atrás a los otros ciertamente estupefactos.

Una vez afuera, paseando en la oscuridad de la noche, percibiendo la suave brisa de la misma, en su acalorado rostro por el alcohol y el tabaco (aunque él no fumase), de manera mecánica e inconsciente la miró: estaba allí con sus tres estrellas, apenas indistinguibles una de otras. Era ella, fiel a su cita, claro que no podía ser otro modo, ¿o sí? La observó fijamente casi excusándose por no haber venido antes. Corrió hacia la roca y se tendió de espaldas en el suelo. No apartaba la vista de "ella": le fascinaba; la luz que emitía le parecía de una blancura casi celestial, y se le antojaba que lanzaba una prístina llamada a su alrededor (pársec y pársec de espacio años-luz y años-luz de tiempo) esperando que en cualquier punto del Cosmos, alguien pudiera oírlo; se convencía en parte de que lo que ocurría no era tan desbellado como en principio pudiera pensar. Y la llamada era diseminada apremiantemente en su entorno, igual que un poeta lanza su poesía al viento para el gozo de las almas sensibles, constituyendo un poderoso imán que lo atraía mágicamente.

Permaneció en esta posición, relajado y sin saber qué hacer o lo que pensar, durante un buen rato, e imperceptiblemente fue invadido por una furiosa ola de inquietud: la miró y descubrió un sutil parpadeo de duración tal vez un tanto mayor que el de la noche precedente. Se frotó los ojos, y de nuevo se percató de estar en lo cierto, ya que otra vez las estrellas, y en esta ocasión se trataba de las tres que formaban "ella", modificaron su luminosidad. El relámpago de miedo lo golpeó ahora hasta en lo más recóndito de su alma. Una pena casi inhumana se apoderó de sus sentidos, que experimentaron un doloroso éxtasis. Una inmensa cadena de sentimientos nefastos cruzó, ardua, por su conciencia, logrando anular su voluntad. Lo abandonaron sus fuerzas, y una impresión de asombro ilimitado cayó como formidable losa sobre él. "Ella", en este instante lo comprendía, le intentaba decir algo, algo triste, y aún sin acertar a vislumbrar el qué, pugnaba por decirlo con urgencia; tenía la necesidad imperiosa de comunicarse con él, de intercambiar experiencias, vivencias, antes de que otro suceso aconteciese, y Paul era sorpresivamente el único ser del Universo capaz de entender ese infinito apremio, esa llamada desgarradora ante la cual sólo permanecía rígido e inamovible.

No supo calcular cuánto tiempo duró aquella sensación, pero no hubo de ser más de un momento y al siguiente, lo acosó un extenuante tira y afloja durante el cual no acababa aún de creer a sus sentidos tan contrapuestos a su raciocinio, consciente de que estas circunstancias y acontecimientos estaban perturbando gravemente sus percepciones y su equilibrio emocional. Se le antojaba del todo imposible la relación antinatural que estaba en trance de entablar (hombre-estrella), mas recordó con cierta aprehensión el grito de angustia que le recorrió todas sus células y que le condujo a un paroxismo de terror.

Paulatinamente le desaparecía lo agitado de su respiración, clamándose su acelerado pulso y entonces se notó suficientemente preparado para asimilar una fracción tan sólo mínima del mensaje que "ella" le enviaba. Aparecía nítido ante él, su intención de decirle algo, pero ¿qué? Quizá nunca lo sabría, o caso lo descubriese demasiado tarde.

Poseído de un especial y demoledor cansancio, afectando a su cuerpo y a su espíritu a partes iguales, después de levantarse se encaminó en dirección a su cuarto, y se introdujo dentro de la cama a continuación, sin siquiera desnudarse. Se percató de que estaba nervioso de su irascibilidad consigo mismo, y accedió a dormirse tras no pocos esfuerzos. En su febril somnolencia vió o al menos eso le pareció, una luminosa figura de inmensas proporciones, rodeada de un halo de magnificencia sobrenatural, la cual buscaba hacerse entender por él de cualquier modo. Pensó, evocando sus días de infancia y la fascinación que siempre perturbó su ánimo al observar la estrella desde la lejana Tierra, si acaso ya desde su niñez esa "entidad" no lo habría estado reclamando hasta llegar al momento actual, en que él, Paul, navegando por el éter, se dirigía hacia "ella" probando a consolarla y entenderla, intentado algo que raramente podría lograr, igual que un nuevo Ulises en su fatídico viaje a su Itaca dorada...

A la mañana siguiente, un ambiguo malestar le atenazaba la voluntad. Una mitad de su ser le indicaba que permaneciese en la cama, tendido boca arriba y con los ojos fuertemente cerrados; la otra le aconsejaba que fuese lógico, que era una tontería su afán desmedido en construir una utopía sin fundamento sólido a partir de una confusa serie de coincidencias, surgidas totalmente

al azar, en las noches anteriores. Era absolutamente irracional (¿realmente?) el pretender que un cuerpo celeste, inorgánico, sin vida, sin voluntad, pudiera, o más extraño aún, quisiera comunicarse con un ser dotado de inteligencia. Y además, ¿por qué con él precisamente? En el extremo opuesto de la balanza se situaba la cuestión, defendida por algunos soñadores como la mayoría los tachaba, de que la vida pudiera estar asentada sobre unas bases minerales, o en general impensables al ojo observador humano.

Estuvo urdiendo una retahíla enorme de teorías a favor y en contra, y de la misma forma que un niño se entretiene edificando un castillo de naipes para a continuación derribarlo de un soplido, él argumentaba una hipótesis grandilocuente y lógica, para desbaratarla al instante inmediato. No obstante, de lo que se convencía cada vez con mayor firmeza, era de que la visión de la estrella (en realidad del sistema formado por las tres estrellas y su planeta interno), le provocaba una contradictoria serie de emociones. Pensó en hablar con alguien del asunto (como ya lo intentase con Fred primero y con Peter después), desistiendo del empeño, pues llegó a la conclusión de que lo tomarían por chiflado; de cualquier forma ostentaba ya entre el personal de la base la fama de soñador y persona un poco desequilibrada; hasta su amigo Peter, dos o tres días más atrás, se permitió decirle con ironía que "le diese recuerdos a ellas", refiriéndose a las estrellas. ¡Pobres ilusos! Creen que tan solamente es real aquello susceptible de ser medido, pesado o experimentado en determinadas condiciones. Nuestra sociedad se mueve en círculos de rígidos esquemas ambivalentes del sí o del no sin paliativos, del verdadero o falso cuando existe una serie de gradaciones intermedias insustituibles en la mayoría de las ocasiones, del bien y del mal, sin considerar que a las cosas y a las acciones sólo debieran aplicarse una u otra cualidad, según el contexto específico en que se desarrollan aquellas. Ante él, sin merecerlo más ni menos que cualquier otro, se abría, tímida, una posibilidad de hacer añicos este anquiloso sistema de valores; la aprovecharía. Esta noche no faltaría a la cita con "ella", ¡necesitaba tanto verla...!

Fue catapultado con violencia de sus pensamientos al oír golpear la puerta de su cuarto, y se incorporó de la cama con un ágil salto:

— ¡Voy! —su voz sonaba un tanto ronca por el alcohol y el tabaco aspirado en demasía la noche pasada.

—Hola, Paul; como no habías llegado todavía al laboratorio pensé que pudieras encontrarte mal.

Era Alma, la reconocía por la voz, ya que con la prisa no se colocó sus anteojos, y su visión estaba muy mermada.

— ¡Oh, no! Ayer, bueno, por la noche, es decir, que he tenido una mala noche. Pero ahora me he repuesto. Gracias por avisarme.

— ¿Estás seguro de que te encuentras bien?

— Sí, completamente. Dame diez minutos y estaré ahí. Ve preparando el equipo de toma de muestras. Si quieres puedes venir conmigo puesto que en laboratorio no hay mucho trabajo. Y no olvides el Geiger.

— ¡Estupendo! Será bueno romper la rutina de tanto tubo de ensayo y tantas preparaciones. Un paseo me irá bien.

Cuando cerró la puerta, se percató de que se sentía contento. ¡Por Júpiter, ya lo había hecho! Había invitado a Alma a recoger muestras, y lo curioso es que no se hallaba enfadado por ello. ¡A lo mejor ella lo ayudaba a resolver su problema...!

Cogió sus gafas, se peinó un poco y poniéndose una camisa nueva, se dirigió hacia el pequeño laboratorio situado a pocos metros de su compartimento. En la puerta esperaba Alma con el equipo listo para la recogida de minerales y rocas. Inspiró profundamente y desechó gran parte de los temores que tuviese durante su sueño, más bien duerme vela, en que estuvo sumido en el momento en que Alma llamó a su puerta.

— Veamos —dijo ojeando un mapa de los alrededores del campamento—. Opino que debemos subir a la colina que se encuentra en aquella dirección —señaló con su mano izquierda hacia el norte—. Parecen existir indicios de un vulcanismo extinto.

— De acuerdo —respondió jovialmente ella.

El camino lo recorrieron charlando con despreocupación de tonterías: el estado del tiempo, la fecha probable de su regreso a la Tierra, lo apacible de este planeta, para acabar hablando sobre el curioso sistema de tres estrellas que se divisaba en la noche; sin duda la mayor paradoja astronómica de los últimos cien años. Comenzó Alma:

— Según Fred, es una imposibilidad posible. Yo no entiendo demasiado de campos gravitatorios, momentos de inercia y cosas de esas, pero él afirma que es sumamente extraño que exista un sistema de sus características.

— ¿Ha dicho Fred algo de los destellos que en los últimos días se observan en las estrellas del sistema?

— No, que yo sepa. Ya conoces a Fred, es poco hablador.

— Sí, igual que yo a menudo... Alma, ¿qué piensas de las situaciones intermedias?

—¿Cómo?

—Sí: ¿opinas que estamos en un mundo ambivalente que no explica ciertas cosas? Telepatía, telequinesia, fantasmas, ovnis, adivinaciones...

—Mira, Paul: todo eso son ilusiones, pueden explicarse tranquilamente recurriendo a...

—Recurriendo a negar ciertas evidencias.

—Tal vez sea así. Recurriendo a invalidar o cambiar ciertas percepciones de los sentidos; a fin de cuentas, son susceptibles de equivocarse.

Lo suponía. Suponía que Alma constituía otro típico baluarte de un positivismo alienante: todo para la máquina, nada para el espíritu. Como un juego aburrido y asfixiante. Oh, Alma, Alma —pensó—. Tú tampoco puedes entenderme, ni a “ella” tampoco.

Terminaron su trabajo (abundaba el plomo cada vez en cantidad creciente) y se encaminaron hasta la estación. Paul permaneció callado, según su costumbre, y dejó que Alma hablara (lo decepcionó segundos antes; seguía igual que los días de universidad; por eso nunca le interesaba); él estaba demasiado ocupado intentando descifrar el enigma de su querida “estrella que más brilla” (¿no se trataría acaso de una ilusión?).

Al acabar la jornada, y después de almorzar (aunque no era tarde, tenía mucha hambre puesto que no había desayunado), se dirigió al cuarto de Fred. Este, fiel a su norma, no se encontraba en el mismo, y, por consiguiente, Paul se encaminó al observatorio astronómico en donde con toda seguridad lo hallaría. Efectivamente, lo vio inmerso en sus problemas. El astrónomo no le oyó entrar.

—Fred —alzando la voz—. ¡Fred! —se volvió aquel—. Hola, ¿qué hay?

—Es fantástico. ¿Sabías que existe un agujero negro a mil años-luz escasos de aquí?

—No. No lo sabía. Es muy interesante. Pero yo quisiera preguntarte con referencia al sistema triple.

—¡Ah, demonios! Se nota algo alterado de unos días para acá.

—¿En qué sentido?

—Bien, te lo diré: está emitiendo extrañas radiaciones sin ningún patrón lógico, al parecer al azar; incluso hemos detectado ínfimas cantidades de positronio, ya sabes, un átomo de hidrógeno con un positrón en lugar de un protón, lo cual indicaría una extrema antigüedad del mismo; pero a mí no me engaña: ¡está loco! —sonrió—. No, se trata de una broma.

—No. Es que necesita ayuda.

—¡Cielos, que necesita ayuda! ... Escucha Paul, supongo que será una broma, pues de lo contrario te obligaré a que visites a Rebeca (la psiquiatra de la expedición). Me temo que no funciones bien de “arriba”.

—No hay para tanto, hombre: también era una broma. Pero, hablando en serio, ¿a qué crees que se deben estas radiaciones?

El explicativo gesto de Fred alzando los hombros, constituyó una elocuente respuesta. Tras lo cual siguió con sus complicadas fórmulas matemáticas. Le dio ostensiblemente la espalda y se sumió en su letargo de cálculos, del que despertase momentos antes para intercambiar algunas frases con Paul. De cualquier manera, este comprobó que sus sentidos no le engañaban las noches anteriores: las estrellas emiten extraños destellos. Cuestión aparte sería su relación con el hipotético mensaje que él creía haber descubierto en estos fulgores, que a los ojos de un experimentado astrónomo como Fred no pasaban de radiaciones aperiódicas de inusitada virulencia. No obstante, Paul no opinaba lo mismo; y tenía la urgente necesidad de cerciorarse de que así era. Una vez fuera del observatorio, miró complacido a Alma junto a Peter, ambos paseando: “Bien —pensó—, no me interrumpirá esta noche”.

A medida que el crepúsculo iba creciendo en la bóveda celeste, se encontraba más alterado. Hoy intentaría hablar con “ella”. ¡Le era tan vital! ¡Tenían que ayudarse, ambos, el uno al otro! Quiso serenarse leyendo algo, pero incapaz de fijar su atención se distrajo rellenando crucigramas, con lo que pasó el tiempo, de modo que al finalizar uno de ellos, la noche reinaba en el firmamento. Casi azorado se lanzó sobre la puerta de su cuarto, la cual abrió con rapidez corriendo después en dirección a la roca donde se sentaba a contemplarla. Elevando su vista al cielo, durante su carrera, la observó, no percibiendo nada de particular. Se tendió, jadeante, en su suelo, reposando la cabeza en la superficie llana de la roca, y entonces la miró fijamente: allí, suspendida en el Universo, se encontraba “Ella” formada por tres luces y un algo interior opaco e indistinguible. Se concentró con fuerza y deseo con intensa pasión el hablar con ella. No ocurrió nada. Lo intentó de nuevo, no lográndolo tampoco. A la tercera ocasión, fue sorprendido por un destello fugaz proveniente del centro del sistema, cosa rara, y no de ninguna de las estrellas del mismo. Se sintió invadido por una profunda paz que lo sumergió en un éxtasis placentero. Se vio a sí mismo flotando en el vacío, lleno de una sensación de gran alegría; se hallaba rodeado por todos lados de una luz cegadora, fascinante, que, sin embargo, a él no le afectaba en absoluto; no existía ninguna irregularidad en esta uniformidad luminosa que lo acogía amistosamente en su seno, y conoció de manera intuitiva que no debía temer nada; toda la energía del Cosmos,



R.M. 83

concentrada y a la vez dispersa a su alrededor, lo embutía; mirfadas de probabilidades de diferentes existencias y de vidas, y de estrellas y de mundos, y de posibilidades, y de colores, y de olores, y de sabores, y de maldades y bondades, en suma, la totalidad del todo lo envolvía; y fue consciente también de la auténtica presencia de "ella" en esta situación, ajena a cualquier espacio y tiempo conocido, enseñándole y aleccionándole. Al momento siguiente, una gigantesca conmoción cambió la armonía de la escena. No sabría decir qué tipo de acontecimiento había sucedido, mas fuera lo que fuese, lo colmó de una angustia terrible, de tal manera vívida que a punto estuvo de sollozar. Si bien en los minutos anteriores permaneció totalmente tranquilo, en los actuales su pulso se aceleró mucho, y su respiración se tornó agitada y casi convulsa. Quiso escapar corriendo de tal sentimiento de honda pena que lo embargaba, pero le resultó imposible: sus músculos no le obedecieron. Empezó a transpirar copiosamente, y un frío glacial le fue comiendo las entrañas a la vez que tuvo conciencia de cómo una inteligencia mayor, y además superior en antigüedad y sabiduría, se comunicaba parcialmente con él, tan sólo en un esbozo de lo que podría llegar a ser la comunión perfecta entre ambos. Se convenció de que lo más adecuado consistiría en cerrar los ojos y dejar toda la iniciativa a "ella". Esta tarea devino inútil e infructuosa, logrando por contra un cansancio sin límites, tanto física como mentalmente. Un hecho aparecía cierto: el ser que habitaba en el sistema triple, tenía que ser muy inteligente, y ensayaba dialogar con él, alcanzando a esbozarle que de un estado de completa felicidad y dinámica armonía con el Cosmos, iba a pasar a otro de suma infelicidad y quizá únicamente él, Paul, que tal vez sintiese su llamada repetitiva en el tiempo cuando era un niño soñador en su planeta natal, sería capaz de prestarle la ayuda de escuchar y oír, antes de la consumación de tan doloroso trance. No era sólo interés, puesto que Paul intuía que "ella" le daría la clave de muchas cosas, pero debían apresurarse ambos. Sumido en estas tristes cavilaciones, con la ropa empapada por el sudor, se encaminó a su compartimento para descansar. ¡Lo necesitaba tanto...!

— 4 —

Fue sorprendido por la nueva jornada en un profundo estado de suma apatía. Sus experiencias nocturnas (ahora sabía que eran reales), en unión de sus divagaciones y sus sueños atormentados logran afectar bastante, no tanto en el plano físico, por cuanto en el correspondiente psíquico. Tan sólo pensaba en "ella" y para "ella". Se vistió deprisa y desayunó con rapidez en el comedor evitando a toda costa charlar lo más imprescindible por cortesía con los compañeros de la estación. Al volver la cara ocasionalmente, vio a Alma tomando la comida junto a Peter, lo que le regocijó, ya que de esta manera no intentaría flirtear de nuevo con él.

Continuó analizando las muestras recogidas en el día anterior en silencio, y Alma (ambos en el laboratorio) tampoco probó a romperlo. Estaba ensimismado, y su mente seguía fija en la amistosa pero imperiosa llamada que "ella" le lanzase. Iba gradualmente perdiendo interés por su trabajo, aunque quiso sobreponerse. Realizaba su labor de un modo mecánico. Almorzó en el propio laboratorio a base de unos bocadillos, para así evitar el tener que cruzarse con los camaradas de la base y que estos se percatasen de su mal carácter y de su particular estado de ánimo, apático y febril, lo cual pudiera desembocar en su puesta en observación por la psiquiatra de la expedición, que querría convencerlo de que lo que él vivía era una alucinación. ¡Qué equivocada estaba!

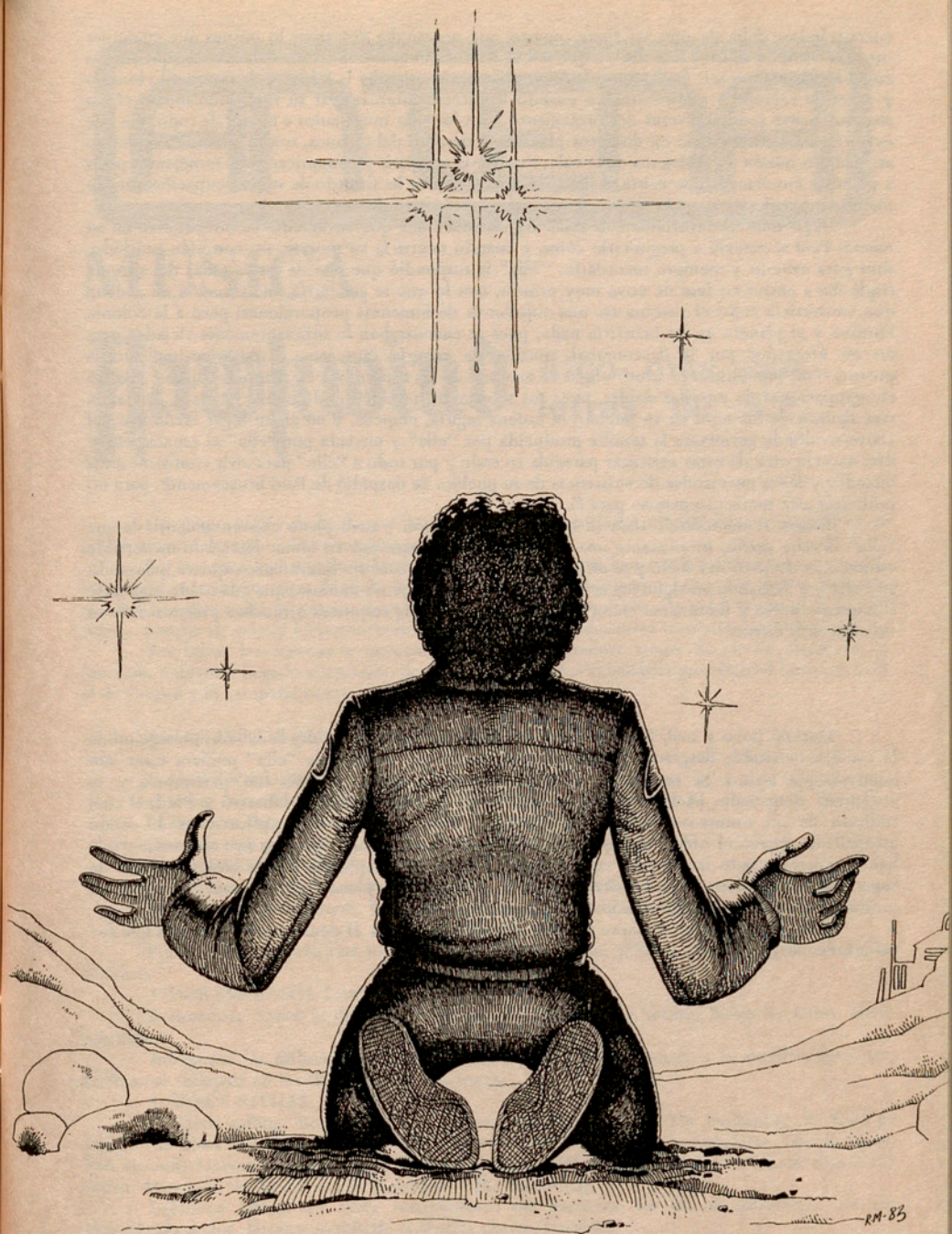
Después de almorzar, prosiguió enfrascado en sus análisis y al finalizar la jornada, se despidió de Alma, y pretextando un dolor de cabeza se marchó a su cuarto encerrándose en él. Era una verdadera suerte que no tuviera que compartirlo con nadie, pues de esta forma se aislaba bastante eficazmente de su entorno. Se tendió en la cama y cerró los ojos apretando los párpados; puso su mente en blanco lográndolo tras un arduo esfuerzo, y continuó en esta posición y en esta actitud aguardando en su subconsciente la caída de la noche para poder verla. Una voz grave en su interior se afanaba en convencerle íntimamente, de que en el día de hoy despejaría muchas de las dudas respecto al misterio que envolvía a "ella".

Ya anochecido, se asomó con cautela a la puerta de su compartimento y observó que el personal de la base se hallaba diseminado por todos los edificios que la componían: unos en el comedor tomando algunas copas, otros reunidos en el cuarto de alguien jugando a las cartas, otros charlando bajo la luz de las estrellas, otros paseando... y se le ocurrió de improviso que no tenían derecho a gozar de la pálida luz de "ella", ya que no estaban preparados para comprenderla. Mas, ¿lo estaría él? Salió de su cuarto y, con sigilo, sin desear tropezarse con nadie, se encaminó a su roca. Antes había mirado el firmamento, comprobando la presencia de "ella" allí arriba, esperándolo como siempre. Se sentó en la piedra, en vez de tenderse, y empezó a contemplarla: tres luminarias muy juntas y un centro oscuro. De manera similar a la noche pasada desecó intensamente hablar con "ella" y esta vez no le hizo esperar: percibió con nitidez una inflexión procedente del centro del sistema que le ordenó con dulzura que se relajase, pues ya ambos, Paul

y "ella" se hallaban preparados para comunicarse. "Telepatía, claro", pensó Paul, y para mejorar en lo posible su diálogo, decidió cerrar los ojos. Sin motivo aparentemente lógico le vino a la mente la idea de que los análisis de los elementos de este planeta asignaban un contenido anormalmente elevado de plomo, sin ninguna explicación lógica, y unos niveles ínfimos de elementos radiactivos (apenas existentes), a más de que todas las colinas representaban aspecto erosionado y desgastado. No supo la razón de esta idea, sin embargo se dijo que tal vez "ella" accediese a revelarle luego su posible significado. Sintiendo incómodo, optó por echarse boca arriba en el suelo, lo cual relajó aún en mayor medida su cuerpo, ayudando a su percepción telepática.

En el transcurso de unos interminables segundos no notó nada. Después vio con nitidez en el interior de su cerebro un ser luminoso compuesto de materia maleable, cambiando gradual y constantemente de apariencia, ora esférica, ora ovalada, incluso poliédrica en alguna ocasión. Con todo, se captaba la solidez de la figura, y estaba seguro de que si pudiera tocarla, se sorprendería por su rigidez; pero lo que le causó enorme impresión fue, sin duda, la emanación adusta que dicho ser repartía a todo el firmamento de amistad, de comprensión, de paz y de sabiduría ilimitada. Y supo que ese ser era "ella": su alegría inmensa estuvo a punto de hacerle soltar una exclamación de júbilo, que fue no obstante reprimida. Pensó que una criatura tan sabia evidentemente sería vieja, tan vieja como el propio Universo; "ella" le comunicó que el Universo no tiene edad pues se crea y se destruye sin cesar en un inacabable ciclo en que cada eslabón es diferente del anterior y del posterior; le refirió que "ella" pertenecía a un tipo de seres vivientes cósmicos cuyas vidas podrían parecer a los ojos humanos casi eternas. Mientras sostenían esta conversación el único testigo, o mejor, el único indicador de que "ella" le hablaba consistía en las inflexiones bien de luminosidad, bien de la forma que Paul divisaba a lo lejos. Le contó que no tenía nombre (no lo necesitaba para nada), como tampoco lo poseían las demás criaturas de su pueblo; le informó que vivía gracias a la radiación que absorbía de las estrellas que la rodeaban, y cómo el planeta que los hombres detectasen en el centro del sistema triple no era tal, sino "ella" misma; le dijo también que la aparente rareza de la agrupación estelar se explicaba ya que "ella" había movido en remotos tiempos a los tres soles de sus respectivas posiciones primitivas colocándolos en las que ahora ocupaban, lo cual le permitía extraer las ingentes cantidades de energía necesarias para su vida; estos sistemas triples, si bien no eran frecuentes en la galaxia de la Vía Láctea donde se encontraban (supo que así llamaban los hombres a esta galaxia), sí que resultaban muy frecuentes en otras galaxias y nebulosas del Universo; le deleitó con eventos maravillosos de mundos que existieron y que fueron grandes, poderosos, que dominaron muchas de las fuerzas de la Naturaleza, de seres majestuosos que se creyeron dioses, que viajaron por espacio y tiempo, que descubrieron secretos insospechados, y que fueron destruidos bien por su propio egoísmo y ambición, o bien por el Tiempo Absoluto, supremo regidor de la vida universal; le narró la historia de toda esta parte de la galaxia, y de cómo en el planeta que ahora estudiaba él y sus compañeros, existieron muchos tipos de vida universal en el abismo de la nada, lo cual le podría explicar el motivo de los altos porcentajes de plomo y de las desgastadas colinas que observaban; además el descubrimiento de positronio era consecuencia lógica de la extrema ancianidad de este lugar en el Cosmos; le desveló la pura esencia de la vida y de los múltiples géneros de vida que albergaba esta zona del Universo, pues sólo alcanzaban a ver una minúscula porción de este; le comunicó, en fin, que su intuición de días pasados era cierta: "ella" ya lo había estado llamando desde que él era niño y vivía en la Tierra, a fin de acceder a lo que ahora se estaba produciendo, o sea, esta simbiosis entre dos almas tan diferentes y tan parejas a un tiempo; le contó cómo la realidad no es una sino varia, cómo existen y se entrelazan infinitas dimensiones generando la colosal "tela de araña" de la vida, de modo que cualquier visión de esta por un ser inteligente será por fuerza parcial y partidista. Y Paul entendió que todo esto era verdadero y se sintió profundamente emocionado de que la búsqueda inconsciente que iniciase años atrás, fuese coronada por el gran éxito que representaba hablar con "Ella", y como consecuencia, ampliar el campo y el sentido de su vida. Sin embargo súbitamente, y sin aparente razón de continuidad, las percepciones que le llegaban se fueron oscureciendo de modo paulatino, y no se trata de que se tornasen impresiones de maldad, sino de pena, de una profunda pena; "ella" le fue enviando sensaciones que en su mente formaron la idea de que todas las criaturas tenían una existencia limitada y, lo mismo que un día nacían e independientemente de la duración de la vida, debían morir otro día, la vida de "ella" alcanzaba raudamente su final; pero los pocos momentos que le restaban, necesitaba afanosamente compartirlos con él.

A Paul le dio un vuelco el corazón, siendo presa de una impotencia cervical que atenazó su mente. ¡No podía permitirle "ella" jamás debiera morir! Le propuso intercambiar su vida por la de "ella"; con la fuerza de la desesperación le rogó que le permitiese acompañarla al sueno que le aguardaba, explicándole que a él no le importaba pues estaba convencido de que nunca podría hallar otro ser más claro y más diáfano que "ella"; inventó mil excusas, pero todo fue en vano. Con pausados y armoniosos pensamientos le respondió que su vida ya tocaba a su fin,



RM-83

encontrándose feliz de que así fuera, puesto que necesitaba descansar lo mismo que cualquier otro ser vivo; su misión acababa ya que había transmitido sus conocimientos a un ser que no era como los demás, un ser, Paul, capaz de mirar al frente y entender la falsedad de un mundo binario y cruel; le reprendió amistosamente cuando le ofreció intercambiar su vida, indicándole cómo absolutamente todos los seres del firmamento, aún los más minúsculos e inanes de todos los que existirán o hayan existido en distintos planetas y tiempos del Cosmos, son importantes teniendo asignada su misión en el sistema de la vida; Paul tenía que vivir y comunicar a sus semejantes poco a poco las enseñanzas que había recibido; le convenció de lo absurdo de su preocupación ante su muerte, esperado y merecida tras la consecución del objetivo de su vida.

Algo más reconfortado con estas argumentaciones que suavemente se introducían en su mente, Paul se atrevió a preguntarle cómo y cuándo ocurriría su muerte, no con afán mórbido, sino para saberlo y siempre recordarla. "Ella" le respondió que una de las estrellas del sistema triple iba a entrar en fase de nova muy pronto, con lo que se generaría una reacción en cadena que convertiría todo el sistema en una supernova de inmensas proporciones; pero a la colonia humana y al planeta no les ocurriría nada, pues se encontraban lo suficientemente alejados para no ser afectados por la descomunal emisión de energía que estas explosiones-implosiones provocaban. Por último le contó cómo la mayoría de las supernovas en sistemas triples e incluso en agrupaciones de estrellas dobles, pues sus semejantes también podían vivir en estos, acababan con algunos de los seres de su pueblo; la cadena seguía, empero, y en algún lugar recóndito del Universo donde germinara la semilla producida por "ella" y enviada por "ella" al espacio en su día, nacería otra de estas criaturas parecida en todo y por todo a "ella" para vivir conforme a los dictados y leyes ancestrales de existencia de su pueblo. Se despidió de Paul bruscamente, para no prolongar este momento penoso para él.

Estuvo rememorando toda su extensa conversación y tuvo pleno convencimiento de que "ella" llevaba razón; no obstante una sombra de dolor atravesó su alma. Haciendo un terrible esfuerzo, se levantó del suelo y se dirigió a su cuarto. Se acostó sin desnudarse siquiera, pensando en "ella", y deseando en algún lugar oculto de su mente que no muriese, que a la noche siguiente le narrase nuevas y fantásticas historias. Se adormiló con la respuesta a muchas preguntas de su vida fija en la frente.

— 5 —

Durmió poco y mal. Se despertó muy temprano. Le daba vuelta la cabeza, presagiándole la cruel e inevitable desgracia. Quiso convencerse de que el final de "ella" pudiera estar aún relativamente lejano. Se incorporó de la litera pausadamente, se lavó con parsimonia y se encaminó desganado, hacia el comedor. Allí todos estaban alterados. Observó a Fred, el cual rodeado de un numeroso grupo de compañeros daba, gesticulando, explicaciones de modo atropellado. Aguzó el oído y una punzada lo hirió en lo más profundo de su ser: el sistema triple había experimentado hacía unas cuatro o cinco horas una explosión o más bien implosión de supernova que lo destruyó en su totalidad; de ahí el extraño resplandor del firmamento, al que no prestase demasiada atención cuando salió de su compartimento.

"Ella" tenía razón: siempre la tuvo. Ahora le restaba a él demostrar a los demás que fue así. ¿Lo conseguiría?

ANTENA

MUSICA

Hawkwind

Algo más que
letras de S.F.

Un grupo inglés de rock, que a pesar de 14 Lp's editados oficialmente en Inglaterra, es prácticamente desconocido en nuestro país.

Por sus filas han pasado músicos muy prestigiosos, que han colaborado o forman parte de los grupos más importantes de rock. Su fama es enorme en Inglaterra, donde son deificados tanto por los herederos del hippismo, como por los punk sexpistoleros o por los fríos de la cold wave... porque su música ha potenciado de alguna manera todas estas vertientes sonoras y más.

Sus letras les acercan a nosotros, ya que básicamente tratan de ciencia ficción y de fantasía, habiendo llegado al extremo de colaborar con ellos el celeberrimo Michael Moorcock, sí, el de Corum y la campaña heroica.

A) LOS DISCOS (Señalados con * los publicados en España)

1. HAWKWIND. 1970.

a) Hurry on sonwdon. The reason is? Be Yourself. Paranoia Part I.

b) Paranoia Part II. Seeing it as you really are. Mirror of illusion.

Disco de tipo psicodélico, con largas enrolladas, ácido a tope.

2. IN SEARCH OF SPACE. 1971. *

a) You shouldn't do that. You know you're inly dreaming.

b) Master of the Universe. We took the wrong step years ago. Adjust me. Children of the Sun.

Publicado en España con un tema más: Silver machine. Disco muy enrollante, más ágil y cósmico

3. DOREMI FASOL LASIDO. 1972.

Brainstorm. Space is deep. Born to go. Welcome to the future. Seven by seven. Silver machine.

Aumentan las influencias del rock sinfónico, sin que degeneren y la temática futurista, fácilmente reflejada en los títulos de las canciones.

4. SPACE RITUAL. 1973

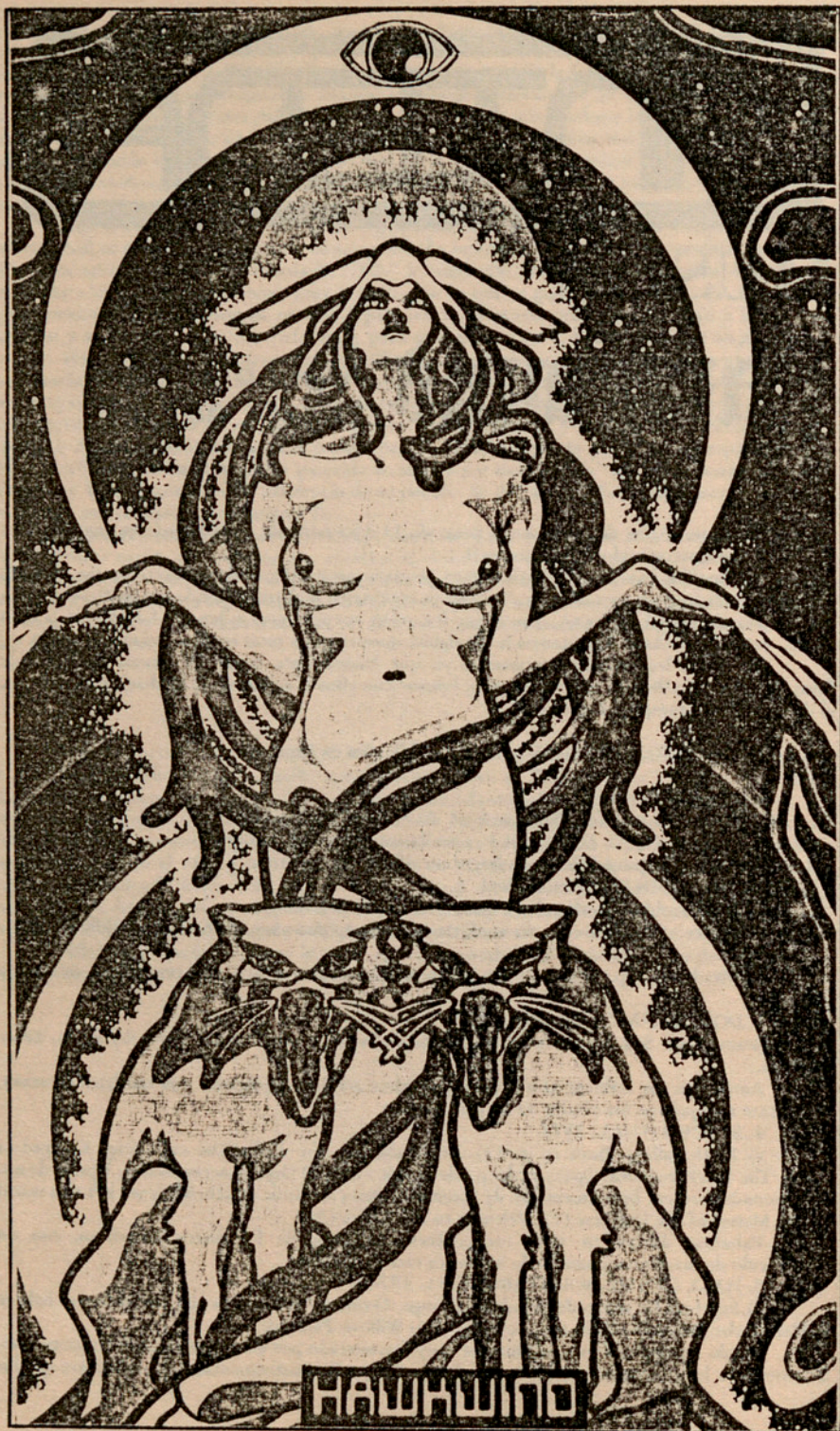
a) Earth calling. Born to go (3). Down thorough the night. The avakening b) Lord of Light. The black corridor. Space id deep. Electronic no. 1. c) Orgone accumulator. Upside down. Ten seconds forever. Brainstorm (3). d) Seven by seven (3). Sonic attack. Time we left this world today Master of the Universe (2). Welcome to the future (3).

Fabuloso álbum en vivo, recopilatorio en parte de los discos anteriores, con un espectáculo de luz, letras y sonido de auténtica ciencia ficción.

5. HALL OF THE MOUNTAIN GRILL. 1974. *

a) Psychedelic warlords. Winds of change. D-riders. Web-weaver. b) You'd better believe it. Hall of the Mountain Grill. Lost Johnny. Goat Willow. Paradox

Título en honor de un restaurante muy frecuentado por ellos. Parte de los temas en vivo. Se combinan los de sonido poderoso con largos desarrollos instrumentales. Es más suave que los



НАШКИНО

anteriores discos.

6. WARRIOR ON THE EDGE OF TIME. 1975. *

a) Assault & battery. The golden void. The wizard blew his horn. Opa-Loka. The demented man b) Magnu Standing at the edge. Spiral Galaxy 28948 Warrios. Dying seas. Kings of speed.

Auténtico disco de temática fantástica, en el que ha colaborado Moorcock. Sonido muy limpio con temas de gran ritmo y fuerza.

7. ROADHAWKS. 1975. *

a) Hurry on sundown (1). Paranoia (1). Tou souldn't do that (2). Silver machine (3). b) Urban guerrilla. Space is deep (3). Winds of change (5). The golden void (3).

Recopilación efectuada por David Brock, líder.

8. ASTOUNDING SOUNDS, AMAZING MUSIC. 1976.

A destacar el título, en el que se usan los nombres de dos de las más prestigiosas revistas de ciencia ficción en todo el mundo. Sin datos sobre el contenido.

9. QUARKS, STRANGENESS AND CHARM. 1977.

a) Spirit of the age. Damnation alley. Fable of a failed race. b) Qrark, strangeness and charm. Hassan I saliba. The forge of Vulcan Days of the underground. Iron dream.

Evolución en los sonidos de Hawkwind, que abandona en cierta forma los toques sinfónicos, para volver a un tono más directo y rítmico. Letras de ciencia ficción a tope, inspiradas por los libros del momento.

10. MASTERS OF THE UNIVERSE. 1977.

a) Master of the Universe (2). Brainstorm (3). b) Sonic attack (4). Orgone accumulator (4). It's so easy. Lost Johnny (5).

Recopilación de su antigua compañía de discos. Interesante simplemente. Se nota que las canciones, fuera del contexto original, pierden vida y sentido. Diferentes sonidos en un mismo disco

11. HAWLORDS. 1978. *

a) Psi-power. Freefall. Automotor. 25 years. b) Flying doctor. The only ones. (Only) the dead deams of the cold war kid. The age of the Micro-Man,

Un disco cuando menos sorprendente: el grupo aparece no como HAWKWIND (Viento Halcón), sino como HAWKLORDS (Señores Halcones), quizá para aprovechar el éxito del libro de Michael Butterworth "El tiempo de los Señores Halcones" (editado en España por Star Books), en el que los músicos de Hawkwind se metamorfosean en dioses para salvar al mundo de un desastre apocalíptico. El disco sigue con la temática de ciencia ficción pero su música sufre una inclinación sugestiva hacia la "cool-wave", dándonos otra muestra de las capacidades de esta gente. El hecho de que parte de los músicos de este disco no sean los habituales del grupo hace que mucha gente lo considere como algo marginal a la trayectoria de Hawkwind Cosa increíble: editado aquí y olvidado sin pena ni gloria. Spain...

12. PXR 5. 1979.

a) Death trap Jack of shadows. Uncle Sam's on Mars. Infinity. Life form. b) Robot. High rise. Pxr 5

Vuelve la vieja formación y el sonido propio. Cosa habitual en el grupo: varios temas están grabados en directo, no notándose diferencia alguna de calidad sonora con los de estudio. Fuerza sonora, ritmo y largos desarrollos que dejan ganas de seguir eternamente con el tema. Los dos últimos de la cara a) son pequeñas joyas experimentales del líder, Dave Brock

13. SEVENTY NINE. 1980.

Otro en vivo demostrando su buen saber hacer. Sin editar en España y visto por el autor de estas líneas en plena promoción en París.

14. LEVITATION. 1980.

Album de estudio del que tampoco poseo más datos.

SINGLES. Junto a estos Lp's, hay algunos temas que sólo han aparecido en singles: Brainbox pollution (1973), Motorhead (1975), Honky Dorky (1976), Back of the streets (1976), The dreams of Isis (1976).

B) LOS MUSICOS

Dave Brock y sus guitarras, líder continuo de la banda. Luego multi-instrumentista en muchos temas.

Nick Turner, saxos. Álbumes 1-8 y 10.

Terry Ollis, batería. Álbumes 1-2.

Huw Lloyd, guitarra solista. Álbum 1.

Dikmik, electrónica. Álbumes 1-4.

John A. Harrison, bajo. Album 1.
 Del Dettmar, sintetizador. Álbumes 2-7 y 10.
 Dave Anderson bajo y guitarras. Album 2
 Ian "Lemmy" Kilmister, bajo. Álbumes 3-7 y 10.
 Simon King, batería. Álbumes 3-12, por lo menos...
 Bob Calvert, voz. Álbumes 4 y 7-12.
 Simon House, teclados y violín. Álbumes 5-12, por lo menos...
 Alan Powell, batería. Álbumes 5-8 y 10
 Michael Moorcock, voz. Album 6.
 Adrian Shaw, bajo. Álbumes 9-12, por lo menos...
 Paul Rudolph, bajo. Album 8.
 Harvey Bainbridge, bajo. Steve Swindells, teclados. Martin Griffin, tambores. Henry Lowther, trompeta. Todos ellos sólo en el álbum 11 (Hawklords).

C) LOS TEXTOS

Ya hemos señalado con anterioridad el hecho de que el grupo orienta sus inspiraciones hacia el campo de la ciencia ficción y la fantasía, fácilmente reconocibles a través de los mismos títulos de las canciones. Algunas de las mismas llegan a inspirarse directamente en algún libro famoso. Tal es el caso de Lord of Light (3), en el libro de Roger Zelazny (Ediciones Minotauro); Damnation Alley (9), en la novela corta de Zelazny "El callejón de la muerte" (Revista Nueva Dimensión, núm. 99); Iron Dream (9), instrumental, en "El Sueño de Hierro" de Norman Spinrad (Minotauro); Jack of Shadows (12), también de Roger Zelazny y sin traducir en España (que yo sepa); Robot (12), inspirada en "Yo, robot" de Isaac Asimov (Ediciones EDHASA); High Rise (12), inspirada en la novela del mismo título de James G. Ballard, sin traducir en España y parte de la Trilogía Urbana, junto con Crash! y Concrete Island.

Y aquí dejamos de rastrear ejemplos, tras citar el caso de dos álbumes que se puede decir que son conceptuales, auténticas historias desarrolladas:

WARRIOR ON THE EDGE OF TIME (6), con temática de espada y brujería, auténtico cuento de fantasía heroica.

HAWKLORDS (11), inspirado en el primer libro de la trilogía de Butterworth y con un tema postatómico.

Y como muestra, un par de botones:

DAMNATION ALLEY (Callejón infernal)

He conseguido el suero
 y voy a tomarlo
 todo el camino a Boston
 Oh, he logrado conseguirlo.
 La marcha no será fácil
 pero voy a hacerla
 es la única cosa
 que estoy dispuesto a hacer.
 Conduce el desecho
 radiactivo postatómico,
 el cielo está en llamas
 por ese flash nuclear
 zambullido a través del ardiente aro
 del destino
 en una tumba antirradiación
 de ocho ruedas.
 Gracias doctor Strangelove
 por marchar unido
 y dejarme la herencia
 del callejón infernal
 el camino del infernal callejón.

No más Arizona ahora
 Phoenix está frito
 Oklahoma City
 ¡Lástima que se haya ido! (ido)
 Louisiana está barrida

(¿Repartida?)
y el Mississippi está seco.
No más Chattanooga
Cherokee. Lexington.
Los cráteres vienen hacia mí
las cenizas vienen a mí
radicación tierra devastada
He conseguido mi máquina antirradiación
Oh, gracias, Doc Strangelove
por darme las cenizas y el polvo atómico.
y el cielo del que llueven peces.
Es una zoo-mutación.
Desciendo por el callejón infernal,
Bien, buena suerte para ti...
Angel de armadura de plata
motor pony-express
descendiendo por el callejón infernal
En un infierno de confusión.
El cielo está lloviendo peces.
Es una zoo-mutación.
Desciendo por el callejón infernal
Bien, buena suerte para ti.

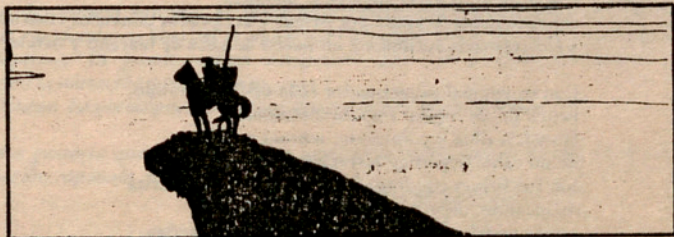
Como se puede ver, la canción se ajusta más a la novelita de Zelazny que la película que hicieron sobre la misma. En cuanto a la segunda canción, es otro postatómico en el que muestran las consecuencias de una catástrofe de este tipo.

FABLE OF A FAILED RACE
(Fábula de una raza frustrada)

Nuestras leyendas cuentan
que llegamos de una semilla
que viajaba en
un torbellino
hasta que llegó a caer
sobre esta tierra
que una vez era verde (y)
es ahora todo arena;
que nos enterró hasta los ojos
y nos hizo observadores
de los cielos:
hasta que "alas de sombra"
llegó a nuestra vista
y nos dejó
conspirar con la noche.

No podía acabar este artículo sin dar las gracias por su colaboración a SANTIAGO PALOS, con quien comparto el gusto por el rock y la ciencia ficción.

ROBERTO R. TOYOS



POESIA

SILENCIO TODO

Ensimismado abro mi mente al silencio-todo
un silencio agónico, puro y avasallador;
es tirano porque no surge espontáneamente
sino a través de fmprobos y denodados esfuerzos,
sino a través de sangre y muerte.

Pausadamente se extiende el silencio-todo
por las murallas universales
por los rincones más lejanos
en las cosas más extrañas
por las ciudades extravagantes y suntuosas
dominadas por la barbarie
la tempestad, el primitivismo.

Rítmicamente se adueña del cosmos,
a un lado la fuerza, al otro las palabras,
sin un método científico o específico
sin grandes y obedientes ejercicios
no a través de máquinas pensantes,
porque no tiene vida.

No tiene corazón para derrumbarse lloriqueando
ni alma para purgar penas
o alma dura-dura de presencia
que al menos pudiera figurarle importancia.

El silencio-todo no puede ser nada
más que costumbres de soñadores de luna llena
poetas y amigos, extraordinarios maleantes de la amistad,
que cantan al salvajismo neutral de la paz
como malditos y rojos puntos desconocidos por siempre.

CALDER

POESIA DE AMOR CIBERNETICO

Con tus suaves diodos cristalinos, casi transparentes
parpadeando rítmicamente al compás de la frecuencia
de la corriente alterna que te da vida;
con tu siempre tersa superficie metálica
delicadamente bruñida por nfevas y aceleradas doncellas cibernéticas
y electrolizada sutilmente en baños de sales de lantano y osmio;

Con tu virginal programador IBM-68-Z esperando,
henchido de fogoso ímpetu electrónico
la caricia tibia y palpitante, sensual y erótica
de mi cable tripódico tetrafásico;
con tus firmes condensadores de mica y magnetita
chispeando amorosamente y, tal vez,
construyendo de forma inconsciente pero activa
un pequeño y luminoso arco eléctrico de mil voltios

Con tu tenue ronroneo semiapagado,
signo externo de la creciente actividad de tu motor positrónico
que expande, entre gracioso y altanero,
un halo de microondas electromagnéticamente idílico;
con tus sutiles oscilógrafos dibujando inquietos
y juguetones
figurillas luminosas y evanescentes,
sobre un fondo de púrpura encendida;

Con tus resistencias de cobre finamente enrollado
serpenteante senda electrónica donde discurren, raudos,
los electrones vitales;
con tus innúmeros botones multicolores, que cual irisada aparición
ciberfantasmagórica

titilan, trémulos y vaciladas (onduladas olas
en un océano de plasma caliente y energético);

Con tus ruedecillas delicadas, y al mismo tiempo fuertes
que lentas y bien engrasadas te acercan irremisiblemente hacia mí.
Con todo tu cuerpo en suma,
y tu mirada infrarroja y penetrante,
laceres y traspasas, vida mía,
mi cátodo de cromo barnizado.

RAFAEL MARIN GALVIN

Concurso de Relatos

Se convoca el I Concurso de Relatos MASER con arreglo a las siguientes bases:

Primera: Cada autor deberá abonar una cuota de inscripción de doscientas (200) pesetas (por giro postal o metálico), con la que tendrá derecho a participar presentando cuantos originales desee.

Segunda: El relato versará sobre ciencia ficción y/o fantasía y su extensión máxima no podrá ser inferior a seis folios (6) a máquina por una sola cara y dos espacios de separación. Se enviarán únicamente copias, quedando el original en poder de su autor.

Tercera: El premio será único, de cinco mil (5.000) pesetas para el relato ganador que recibirá su autor por giro postal. Los resultados se darán a conocer a través de los medios de difusión del fándom o, en caso de no ser posible, por comunicación directa a todos los participantes. El fallo del jurado será inapelable.

Cuarta: La fecha de cierre en la recepción de originales será el día 31 de Agosto de 1983

Quinta: Si el premio se declara desierto, los organizadores devolverán la cuota de inscripción a cada uno de los participantes.

Sexta: MASER fanzine se reserva el derecho a publicar todos los originales presentados, salvo que de manera expresa, el autor haga constar que no lo desea así, en cuyo caso serán destruidos, quedando en libertad su autor para enviarlos a otro lugar para su edición.

Séptima: El jurado estará compuesto por los propios faneditores y profesionales vinculados a la narración y/o la crítica.

Octava: La participación implica la aceptación de estas bases.

Nos gustaría que todo el mundo participase y ver qué es lo que da de sí el mundo de la ciencia ficción española. Escribir a

JUAN JOSE PARERA BERMUDEZ

C/ Virgen del Portillo, 1 - 3-2

Madrid-27

ESPAÑA

Concurso de Ilustración

Se convoca el I Concurso de Ilustración MASER con arreglo a las siguientes bases:

Primera: Cada autor deberá abonar una cuota de inscripción de doscientas (200) pesetas (por giro postal o en metálico), con las que tendrá derecho a participar presentando cuantos originales desee.

Segunda: Las ilustraciones originales deberán enviarse por correo debidamente protegidas. Los organizadores no se responsabilizarán de los deterioros a que esto dé lugar.

Tercera: La ilustración versará sobre temas de ciencia ficción y/o fantasía, serán exclusivamente en blanco y negro y su tamaño máximo en Din A 4 (mínimos proporcionales), dejando un margen de 15 mm. por todos los lados.

Cuarta: La fecha de cierre de recepción será el día 31 de Agosto de 1983

Quinta: El premio será único, de cinco mil (5.000) pesetas para la ilustración ganadora que se enviará a su autor por giro postal. Los resultados se darán a conocer a través de los medios de difusión del fándom o en caso de no ser posible, por comunicación directa a todos los participantes. El fallo del jurado será inapelable.

Sexta: Si el premio se declara desierto los organizadores devolverán la cuota de inscripción a cada participante.

Séptima: MASER fanzine se reserva el derecho de publicar todas las ilustraciones presentadas devolviéndolas después.

Octava: El jurado estará compuesto por los propios faneditores y profesionales vinculados a la ilustración.

Novena: La participación implica la aceptación de estas bases.

Estamos esperando que vuestra participación sea arrolladora. Escribir a:

JESUS PARERA BERMUDEZ
C/ Virgen del Portillo, 1 - 3º2
Madrid-27
ESPAÑA

AUTOR

RAFAEL MARIN: L'enfant terrible

En esta ocasión nuestro propio visitante cuenta su vida y batallitas: Es RAFAEL MARIN TRECHERA.

Nací en Cádiz el 3 de febrero de 1959: era martes de Carnaval y estaba lloviendo. En Cádiz sigo. Espero terminar este año Filosofía y Letras y después quitarme de encima el fantasma de la mili. Más adelante, ya veremos. Empecé a escribir chapuzas a los trece años, pero no se me pasó por la cabeza la idea de publicar hasta que tuve un nivel mínimo (vamos, eso creo).

Hice mis pinitos en el fanzine colegial Danger-75, que conoció dos ediciones de su único

primer número. En el verano de 1977, un grupo de amigos creamos el Colectivo Literario JARAMAGO, quien a través de sus cinco números y varios actos culturales animó bastante el cotarro local y logró esa cosa tan progre y tan estúpida que es vender una revista de poesía a la entrada de unos grandes astilleros. Eso sí, nos divertimos mucho. Tanto, que tengo la intención de escribir algún día una novela sobre el asunto. Están avisados.

No escarmentado con las deudas que dejamos en la imprenta, en 1978 formo parte del triunvirato paridor del fanzine de comics McCCLURE; el invento sólo dura un número que todavía no hemos terminado de pagar. Desde entonces, el gremio de impresores locales me retira el saludo

En la HISPACON del 79, uno de mis cuentos ganó el segundo premio y otro quedó finalista. Este último engendro, por cierto, se ha perdido. El público adicto a la ciencia ficción me conoce a partir de mis colaboraciones en N.D., KANDAMA y ahora MASER. En este año

En el intermedio, he sido actor, locutor de radio, recitador, conferenciante a sueldo, guionista e incluso personaje de historietas. Tengo un par de premios de poesía y relatos, he sido finalista en dos concursos de guiones de Toutain y un par de zarandajas por el estilo. Pretendo empezar en breve mi segunda novela larga.

Físicamente, soy una mezcla de Christopher Reeves y Dustin Hoffman: soy bajito y no tengo los ojos azules. Amo con locura el cine, los comics, la literatura y Katherine Hepburn. Mi mayor ilusión es poder vivir en una buhardilla con un gato negro y una máquina de escribir eléctrica o en su defecto, servir de chico de los recados a George Lucas.

Sobre la SF (impresiones completamente subjetivas y sin ánimo de sentar cátedra), mis opiniones son contradictorias. Normalmente no encuentro razones objetivas para diferenciar la SF de cualquier otro género. Será porque lo mismo acudo a la novela de SF que a la negra o la África. Otras veces, sin embargo me siento profundamente irritado por la situación de ghetto en la que esta se encuentra, en especial porque creo que es autoimpuesto y proviniente de un complejo de inferioridad con respecto a otro tipo de literatura.

Me molesta que durante tanto tiempo los autores de SF (por cierto, aborrezco el término en toda la amplia gama que significan sus siglas), hayan sido científicos y no escritores de profesión. Y me molesta por dos cosas: porque no se han servido del género más que como vehículo para dar clases de ciencias y demostrar lo muchísimo que saben, y por la falta de calidad literaria que esto ha supuesto. Lo peor de todo es la forma de relacionar la idea científica, el inventito de rigor, la adivinanza más o menos ingeniosa o la salida ingeniosísima con el resto de la novela o el relato, normalmente está cogida por los pelos. Vamos, que en muchos casos más valiera que hubieran dejado tal cual la idea, el inventito o la adivinanza sin aderezos literarios. Todos habríamos salido ganando.

Otra cosa que no me gusta es que los lectores de SF se niegan a salir del ghetto y echen una ojeadita a lo que se escribe en el exterior de cuando en cuando. No me considero obligado a tragarme todo lo que de SF se publica en el país, y sí en cambio me parece imprescindible estar enterado de lo que pasa en otros géneros. ¿Qué no soy un trufán? Desde luego que no. Ya digo que no creo que exista una corriente completamente diferenciada de las demás llamada ciencia ficción. ¡Si os dais cuenta, la mayoría de los libros best-sellers o pertenecientes al mainstream etiquetados de "rabiosa actualidad", también pueden etiquetarse con la consabida sigla de SF!

Por lo mismo, no me considero un autor "de" SF. No me planteo el género a priori, antes de escribir. Si mis paridas pueden incluirse dentro del grupo diría que no es por mi culpa. Más bien, es a mi pesar. Me pasa como a Stephen King (y que Cthulhu perdone mi falta de modestia), una vez lanzado en la historia, *no puedo elegir*.

Lo que me atrae de la SF (vamos a aceptar el término a fin de no liar más las cosas), es su capacidad de abstracción, su valor de parábola, de metáfora. Se ha dicho muchas veces, pero voy a repetirlo una vez más: exponer los problemas más vitales del hombre en una situación límite en el tiempo o el espacio, puede servir de ayuda para contemplar desde ópticas distintas problemas no de ahora, sino de siempre. En esto tengo muy relacionadas mis ideas sobre la SF y el teatro. Por cierto es una pena que el teatro de ciencia ficción se dé tan poco. Y la África. Creo que si los poetas del pasado se disfrazaban de pastores para componer sus ripios, los de muy pronto (en cuanto se bajen del pedestal) escribirán sobre el espacio, sobre el futuro. Hay una estética innegable (otra vegetación otras vidas, la belleza estatuaria de las máquinas, los tonos del láser), que tarde o temprano dejará de ser predominio de la narrativa y pasará a ser elemento importante de la poesía.

Prefiero la SF intimista, psicológica, si queréis llamarlo así. La que concede mucha más importancia a los personajes y sus actos (como debe ser en toda literatura) que a los inventitos, gadgets y decorados. De esto no andamos muy sobrados, precisamente. Me molesta sobremanera que la mayoría de los personajes de la SF sean lo que llamo el "John Wayne del espacio", arquetipos sin personalidad repletos de tics. Afortunadamente, las nuevas producciones de autores como Herbert, Pohl, Martin o King han dado vida a seres humanos sumamente

interesantes y crebles. Esto no quiere decir que desdeñe en absoluto al héroe y la aventura (adoro a Lucas y Spielberg); es más, creo que el acto heroico más que un hecho físico es en sí mismo una actitud vital, una reflexión sobre la vida. Eso sí, me encantan las historias que terminan mal. Prefiero las gestas de perdedores.

Puedo mencionar más obras que me entusiasman que autores favoritos. Quizá porque la SF dé más novelas maestras que autores geniales. Dentro de mis novelas favoritas, están "1984" (lo mejor que se ha hecho en todos los tiempos, alfa y omega, todo lo que se puede escribir ya está dentro de esta novela terrible y maravillosa), el primer "Dune", "Flores para Algernoon", "Pórtico". Toda la obra completa de Stephen King, quien me parece uno de los mejores escritores del mainstream actual y sin duda el más preparado literariamente de la SF y el terror de todos los tiempos. Harlan Ellison. Los relatos humorísticos de Sheekley. George R.R. Martin será con el tiempo uno de los grandes; su obra rebosa poesía, colorido y buenos personajes. Y un autor que es un libro, o viceversa: Tolkien.

Fuera del ghetto, mi escritor idolatrado es Francisco Umbral. Vargas-Llosa y García Márquez (que escribiría SF según entenamos las siglas), componen mi terna. Y las nuevas novelas de aventuras de Wilbur Smith. Y John Dos Passos. Y Willie Shakespeare. Y Raymond Chandler.

En la SF española, me interesa lo que hace Elia Barceló; me gustaría verla desarrollando un argumento largo. Cidoncha me parece muy interesante, aunque se prodiga poco: debe ser tan vago como yo. Los relatos de Lázaro me parecen muy logrados, pero quisiera verle en algo distinto a las Tierras Vagas, que por su dispersión al ser publicadas han cansado un poco. Los cuentos satíricos de Torres Quesada (en su mayoría inéditos), me parecen divertidísimos. Claro que estos ganan mucho más leídos en voz alta por él.

En general, hay falta de preparación literaria en la SF nacional (lo siento, es mi obsesión), y un desdeseo de llenar páginas que no oculta la bizoñez. He visto muchísimas ideas buenas desperdiciadas al no tener el lenguaje ideal, como si el cuento hubiera crecido y se hubiera escapado de las manos del autor. A veces se cuenta en media docena de folios lo que perfectamente cabe en dos páginas, con la cosa de que no se puede justificar por la presencia de un estilo elegante o bello. Con posibilidades de editar argumentos largos o novelas que alcanzasen cierta difusión creo que daríamos que hablar. Y no sólo en España. Falta una estructura editorial adecuada; que se nos tome en serio tanto a los autores como a los lectores; contactos para traducir nuestros relatos en el extranjero y dar a conocer que aquí hay gente que se mueve y no existía hace diez años, y es necesario que los editores profesionales que hay en este país (desgraciadamente sólo N.D.), empiecen a plantearse la posibilidad de pagar un mínimo de pesetas por cada cuento español publicado. Que nos tienen y los tenemos muy mal acostumbrados. Y además, si se paga por publicar la traducción de un relato (malo) americano, ¿por qué no pagar una miseria simbólica por uno medio decente en castellano? Entonces, tal vez otro gallo nos cantara.

Es todo. La colección de libros que N.D. parece que tiene la intención de editar cuenta con una novela larga mía. No puedo dar el título porque todavía no lo hemos decidido (últimamente me parece bueno UN TAL HAMLET). Aunque la idea era editarlo antes de fin de año, es evidente que será más tarde (si se edita).

La novela en la que ahora estoy pensando se llamará SHALTER, y pretender ser algo así como un nuevo tipo de fantasía heroica sin fantasía y sin grandes héroes, todo visto desde un prisma distinto, en consonancia con mis ideas sobre la novela y la SF ya expuestas anteriormente. No sé cuándo empezaré la redacción y mucho menos cuándo la tendré terminada, pero dicho queda que ando a la caza de nombres y escenarios a ver si puedo dar la imagen de un mundo coherente.

Este es el largo comentario que él mismo se ha hecho. A partir de la próxima página vosotros mismos vais a leer sus cuentos. Quede aquí su bibliografía para que sepan en el futuro dónde se hizo por primera vez.

FUERA DE LA SF:

"José, cuento triste de un marinero solo". Cuento corto. JARAMAGO 2.

"Ascensión y muerte de Julián campesino andaluz". Cuento corto. JARAMAGO 3.

"Bandido". Cuento corto. ALCOTAN 2.

Poemas varios en CUCARRETE, FLOR DE TINTERO, JARAMAGO.

DENTRO DE LA SF:

"Habrá un día en que todos". Cuento. Segundo premio en la HISPACON 79. NUEVA DIMENSION 119 (Enero 1980).

"Nunca digas buenas noches a un extraño". Novela corta. NUEVA DIMENSIONES 129 (Diciembre 1980).

"Un payaso arrepentido". Cuento. NUEVA DIMENSION 136 (Julio Agosto 1981).

"Mein Führer". Cuento. KANDAMA 3 (Verano 1981).

"Un ligero sabor a sangre". Cuento corto. KANDAMA 5 (Invierno 1981).

"La luna pálida". Cuento. NUEVA DIMENSION 143 (Marzo 1982).

"El acorazado Vladimir". Cuento. NUEVA DIMENSION 146 (Julio-Agosto 1982).

"Como el paisaje roto". Cuento. MASER 4 (Setiembre 1982).

"Breve historia del retiro y posterior descanso de Dorgon el héroe". Cuento. MASER 5 (Mayo 1983).

"Wargo". Cuento. MASER 5 (Mayo 1983).

"Nocturno". Cuento. MASER 5 (Mayo 1983).

Los tres cuentos que presentamos tiene su pequeña historia individual. El primero de ellos es la recuperación de ese relato finalista y no premiado de la Hispacon del 79 El segundo es un cortísimo en forma de chiste y el tercero es la última producción de Marín en exclusiva para MASER Fanzine. Exclusiva que agradecemos y que estamos orgullosísimos de presentar.

Breve historia del retiro y posterior descanso de Dorgon, el héroe

© 1979, RAFAEL MARIN

Dos años después de su total victoria, Dorgon, el héroe, se aburría. Lo cual, visto desde su magnífica perspectiva de luchador infatigable, era una gloriosa manera de perder el tiempo. Gloriosa, sí, pero pérdida de tiempo a fin de cuentas.

Dorgon, que había sido —él se afanaba en demostrar que todavía era—, el más famoso héroe del mundo, pasaba ahora los días encerrado en su fabuloso reino de Siemprepaz, donde, como es lógico, todo transcurría en paz. Cosa que, como todo el mundo sabe, no es demasiado halagüeña para un héroe en funciones.

Dorgon, de quien algún poetaastro sublime había escrito alguna vez que tenía músculos de bronce, se pasaba ahora las horas enteras mirando el vuelo de los pájaros y contemplando el paisaje que, de tanta calma y tanto verde, no tenía ya dónde ser mirado. Y esto era lo que le sacaba de quicio: él había vivido siempre con el alma en tensión, saltando de acá para allá, desenvainando espadas (y clavándolas sobre algo, claro), lanzando al viento flechas de pluma blanca (su símbolo), destrozando con las manos desnudas los cráneos de sus enemigos (circunstancia esta por la que, curiosamente, nunca se ganó fama de bruto). Entonces la vida era divertida. Ahora no. Realmente, había llegado a dudar sobre si *esto* era vida.

Dorgon vivía casi siempre solo. Oh, sí, claro, hubo una mujer. ¿Qué héroe no había tenido en sus brazos alguna vez a una mujer? Dorgon había tenido a cientos (a miles, tal vez), pero ninguna había ocupado un lugar importante en su corazón. Todas ellas (princesas, duquesas, reinas, condesas, emperatrices, damas de alta sociedad e incluso costureras) oscilaban entre la noñez más absoluta y la intrepidez más temeraria. Pero Dorgon no había sentido amor por ninguna de ellas (o al menos, eso decía él). El verdadero, el único, el puro amor de Dorgon había sido la bella Leda. La muchachita ingenua a la que él salvó cuando apenas se iniciaba en la difícil tarea del héroe. Leda, sonrosada como una manzanita dulce, con aquellos bucles negros y aquella boca roja abierta casi siempre en una mueca de admiración o de terror... Leda, de figura tan

gentil, de cintura de avispa, de ojazos celestes como el cielo. cuya doble desgracia parecía ser su tendencia a rasgarse los vestidos por los lugares más insospechados y sexis, y enamorar a todos los más malvados villanos del mundo. Leda... la pequeña Leda.

Dorgon y ella se había casado dos años antes. Como cantaban las baladas, la boda marcaba el final de las andanzas del héroe. Y era cierto Dorgon y Leda se retiraron a su palacio de Siemprepaz y allí se dedicaron a vivir felices y a matar el tiempo. Al principio todo marchó sobre ruedas. Hasta que Dorgon descubrió que ella no sabía cocinar.

Realmente, en un palacio tan grande como el de Siemprepaz, con no menos de quinientos sirvientes, no es demasiado necesario que la señora sepa cocinar, así que Dorgon pasó este detalle por alto. Luego descubrió que ella tampoco sabía coser (cosa que debería haber sospechado, porque en tantos años de cabalgar juntos, nunca la había visto remendarse uno solo de los muchos vestidos rotos). Dorgon que además de ser todo un héroe era un buenazo, dejó pasar este nuevo detalle por alto. Y se mandó confeccionar una docena de trajes sin botones para ahorrarle trabajo a su flamante esposa.

Un mes más tarde, Dorgon vino a descubrir que ella no sabía hacer nada. Leda no lavaba, ni barría, ni fregaba platos, ni hacía las camas. Leda, la gentil e ingenua Leda parecía no servir para otra que para ser secuestrada y liberada una y otra vez. Dorgon que empezaba a pensar que él no servía para otra cosa sino para matar dragones, liberar princesas y machacar tíos malos (la política era de un aburrimiento supino) también pasó este detalle por alto. La amaba. ¿Qué importaba lo demás?

Hasta que llegó la gran tragedia. Leda, aquella muñequita de mente ingenua, que siempre se había negado a cualquier acto deshonesto, por cuya honra (siempre inmaculada) habían desesperado los malvados más malvados de todo el mundo, había resultado ser una maníaca sexual. Ninfómana, le habían explicado a Dorgon.

Al principio Dorgon no concedió mucha importancia a este hecho. El era sano y fuerte y le gustaban las mujeres (no era en absoluto impotente, como circulaban rumores por ahí). Leda era hermosa y apetecible. El se encargaría de ella, ¿no era acaso su adorado héroe?

Pero incluso los héroes se cansan. Cosa que parece que no sucede nunca con las ninfómanas. Dorgon se vio desbordado enseguida. Su pequeña, querida y ex ingenua esposa era un verdadero huracán. Pronto tuvo que empezar a tomar vitaminas.

Dorgon empezó a perder lucidez mental, juntamente con peso. Sobredosis de droga, le dijeron.

Leda se hacía más y más incansable cada día. Dorgon agarró una rabieta terrible cuando tuvo que compartir su lecho con el más fuerte de los capitanes de su escolta. Así, al menos, pensaba, él podría recuperar fuerzas y ella (aparte del consabido capitán) estaría contenta.

Pronto se aficionó a las mujeres. No Dorgon, a quien el sexo empezaba ya a fastidiar, sino Leda, cuya enfermedad (de cuyos síntomas comenzaba a dudar Dorgon seriamente) le llevaba cada día a experimentar nuevos tratamientos. Primero fue su dama de confianza. Después, todas las damas de su corte.

Dorgon pidió consejo a su íntimo amigo, el sabio Karzof que durante muchos años había sido el tercer compañero de sus andanzas. Karzof escuchó atentamente al héroe, mesándose la barba, y luego, lo único que dijo fue:

—Tienes que deshacerte de tu esposa. Eso, o será el hazmerrefr de Siemprepaz y del mundo.

Dorgon temió por su reputación de héroe. El amaba a Leda y todos los síndromes de su desgraciada enfermedad no alteraban lo más mínimo su amor hacia ella... ¿o sí? Dorgon tardó tres días en tomar una decisión.

Cuando fue a detener a Leda, ella estaba muy entusiasmada ensayando una medicina con el sabio Karzof. Este carraspeó distraídamente (como suelen hacer todos los sabios), se subió los pantalones, dijo algo referente a no sé qué cosa que tenía al fuego en su laboratorio y se fue. Leda y Dorgon se quedaron solos y el héroe explicó a su amada su decisión.

—¡Oh, querido! —le explicó ella sin inmutarse, por más que intentaba disimular al segundo amante debajo de las sábanas—. ¿No hubiera sido más cómodo implantar en Siemprepaz el divorcio?

Dorgon, a quien no se le había ocurrido esta posibilidad, calculó mentalmente el papeleo burocrático, las sesiones del Parlamento, las alocuciones a sus súbditos desde el balcón de palacio, la sonrisa de plástico, los cientos de firmas, los documentos...

—Lo siento querida —dijo poniendo firme todo su cuerpo—. Es mi honor lo que está en entredicho. Además, ya tengo al verdugo contratado y lo mismo me denuncia por incumplimiento de palabra.

Leda se encogió de hombros y suspiró en silencio. Su otro amante, mientras tanto, murió asfixiado debajo de las sábanas. (Luego se apresuró a explicar a Dorgon que era la primera vez que hacía el amor con un muerto).

Una vez curada Leda de su engorrosa enfermedad (ya nunca volvería a caer enferma, ni siquiera cogería el más pequeño resfriado) la calma volvió a imperar en Siemprepaz. Y fue entonces cuando Dorgon empezó a aburrirse.

Al principio solucionó sus penas jugando al ajedrez con su querido compañero Karzof, pero como quiera que este le ganaba siempre, decidió no jugar más y abolió el juego en todo el reino.

Luego quiso escribir sus memorias, pero desistió de ellas a la mitad porque ningún editor se arriesgaba a publicar una historia que estaba en boca de todo el mundo. Además, había corrido tantas aventuras que era un engorro acordarse ordenadamente de todas ellas. Rehusó inmediatamente una propuesta para editar en fascículos su vida sexual. Dorgon empezó a volverse más y más taciturno.

Cuando uno se vuelve taciturno se suele poner de mal humor. Los héroes (en especial Dorgon) no suelen ser una excepción. El mal humor de Dorgon se volvió manifiesto, sobre todo a la hora de comer. Se negaba en redondo a comer una sola patata frita. Pero como Dorgon era un héroe especial, pronto se aburría de no comer y decidió abrir de nuevo la boca. (Nadie ha establecido todavía porqué Dorgon decidió volver a comer, aunque todo parece señalar que lo hizo porque tenía hambre).

Dorgon se pasaba, pues, las horas mirando el campo verde delante de su palacio. Cada día añoraba más el sabor de la cabalgada, el olor a sudor que le impregnaba después de realizar alguna acción arriesgada, el dormir al aire libre y, sobre todo, aquel continuo derrocar tiranos y rescatar princesas.

Cada día, Dorgon se reprochaba el haber acabado con todos los malvados de la Tierra y juraba que, de volver a nacer, dejaría con vida por lo menos a uno para así poder seguir batallando y no aburrirse. Incluso llegó a pensar en la posibilidad de fundar una escuela para villanos, pero tuvo que desistir de ello cuando se percató de que no encontraría nunca maestros lo suficientemente capacitados para la enseñanza (nuevamente se maldijo a sí mismo por haberlos matado a todos).

Luego sufrió un ataque de nostalgia. Entró en una especie de sueño consciente y una y otra vez se encontraba en su habitación ejecutando los gestos con los que derrotó al Dragón Ur, o murmurando su última amenaza al Misionero Negro, o esquivando los malintencionados latigazos de la Reina Tin. Dorgon se daba cuenta de que estaba volviéndose loco pero así, por lo menos, se entretenía un poco.

Al tercer año de su retirada, Dorgon se dedicó a montar un museo. "El museo de Dorgon, el héroe", lo llamó. Y allí colocó algunas de sus más preciadas pertenencias: su espada Tendirax, la encantada; un diente que arrancó al malvado Ning Dok la primera vez que se enfrentaron a muerte; el vestido de arquero que le regaló su amigo Fingur la penúltima vez que le salvó la vida. Incluso conservaba la mano disecada del mortífero Grang el Malo, lo único que había podido agarrar en plena caída antes de que lo arrojara a una cubeta de aceite hirviendo (no importaba que Dorgon lo hubiera matado: había hecho ademán de salvarlo en el último momento y esto era suficiente para redimir a un héroe).

Pero su magnífica colección de recuerdos se agotó un día. Y Dorgon, que estaba ilusionadísimo con su museo (acababan de construirle tres plantas más), tuvo que empezar a falsificar souvenirs. Primero empezó a mandar reproducir aquellas cosas que no había podido conservar (como la cabeza de Ning Dok, que le arrebató un águila salvaje de la jungla), luego se dedicó a falsificar otros accesorios secundarios (como la ropa interior de la Emperatriz Ludula, a pesar de que, desgraciadamente, no había podido vislumbrarla nunca); por fin, se dedicó a una serie de extraños enseres que ni siquiera él podía recordar (como la pierna de metal y oro del mortífero Urum Batar, con quien él no recordaba haber combatido jamás), pero que estaban en la mente de todos los admiradores que tenía entre el pueblo. Un año más tarde, su museo estaba terminado.

A los cuatro años, tres meses y cinco días de su retirada, Dorgon acarició por primera vez la idea de volver a ejercer como héroe en activo. Después de mucho meditar, se dedicó a pulular por todos los rincones de palacio insistiendo en salvar doncellas de imaginarios peligros, demostrando con todo aquello que él continuaba siendo el primero de los héroes.

Cuando todo el servicio de palacio amenazó con despedirse si no se les dejaba trabajar en paz, Dorgon tuvo que volver a colgar la espada en el museo.

Dorgon que siempre había tenido muy buena mano izquierda, llamó una tarde a su amigo Karzof a sus habitaciones y empezó a hablarle de organizar una expedición científica para descubrir cualquier cosa que todavía no hubiera sido descubierta. Pero Karzof, que acababa de despertarse y que tenía un horrible dolor de cabeza porque había pasado la noche anterior de juerga, mandó a paseo la idea del héroe, argumentando que la ciencia, cuanto más conocida es, más pequeña hace a los héroes.

Dorgon cerró la boca y durante dos días no dijo ni una palabra.

Subvencionó la construcción de un gimnasio último modelo y desde entonces se entretuvo poniendo a punto sus poderosos músculos. Pero cuando partió en dos el brazo de su manager y los otros dos sparrings emigraron al reino vecino, tuvo que ponerse como un loco a aprender a cocinar confites de nata. Dorgon empezó a tener pesadillas y por las noches se despertaba gritando cosas contra la paz y alabando la guerra. La policía de todo el reino inició sus pesquisas para encontrar a aquella especie de apolofa noctámbula del terrorismo, y Dorgon tuvo que aprender a dormir con una mordaza.

Se aficionó a pasarse las horas muertas contemplando su espada Tendirax, que había comenzado a criar mohó. Una tarde se sorprendió acariciando la mano incorrupta del mortífero Grang el Malo y fue entonces cuando tomó su decisión: volvería a ser un héroe. Total, apenas habían pasado cinco años desde su retirada y todavía se conservaba joven y fuerte. Si Siemprepaz (maldito fuera su nombre) estaba siempre en paz, él saldría a los caminos buscando un reino donde imperaran la injusticia y la guerra.

Pasó tres semanas planeando la forma de incorporarse a la aventura. Una mañana llamó a Karzof a sus aposentos y le contó sus planes para volver. Karzof, que estaba empezando a leer a Marx y que se sentía molesto porque tenía un torcido de carne en una muela le dijo:

—Imposible, Dorgon tú eres un héroe, el líder del pueblo. La gente de ahí abajo depende de ti. ¿No pretenderás defraudarlos, no?

Dorgon dijo a Karzof que se retirase y luego decidió mandarlo todo a paseo. Dorgon nunca había sido demasiado fascista, pero se llevó varios días diciendo pestes del pueblo.

Una semana más tarde compraba un hermoso caballo blanco a un gitano prestamista que pasaba por Siemprepaz. El caballo renqueaba de una pierna y Dorgon tuvo que gastarse mucho dinero en volver a herrarlo. Tuvo que hacerlo él solo y en silencio porque no quería que nadie se enterase de que pensaba fugarse.

Un héroe es un héroe. Su trabajo consiste en hacer heroicidades, no en herrar caballos. Dorgon tuvo que interrumpir momentáneamente su plan de fuga cuando se rompió dos dedos con el martillo en el establo.

Luego estuvo dudando sobre el traje que llevaría el día de su reaparición. Dudaba entre las botas de caña alta y los mocasinos de piel de arce; entre el pantalón de caballería (que le hacía tan delgado) y el taparrabos de cuero negro; entre la camisa roja (en la que no se notaban las manchas de sangre) o la chaquetilla de los Arqueros Libres. Dorgon no se inclinaba por ninguno, y era de todo punto imposible llevarlo todo a la vez. Finalmente, se decidió por una cota de malla lila y sandalias de plata llana.

Lo tenía todo casi previsto. Sólo le faltaba el plan de escape. Entonces vino el verano y lo dejó todo en el aire porque prefirió irse a descansar a la costa.

A su regreso (venía mucho más bronceado y con un apetito envidiable) pospuso nuevamente su plan porque empezaron las lluvias (se había vuelto propenso a los resfriados). Por fin cuando ya estaba punto de llegar la primavera, Dorgon fijó el día de su huida.

Como no se fiaba demasiado de Karzof, lo mandó hacer la revolución al pueblo vecino, con lo que se libró de un amigo molesto y pudo comer durante un par de días las comidas con ajo que Karzof le había prohibido (hacía tres años que tenía úlcera de estómago).

La noche que eligió para escapar no tenía luna. Dorgon había pasado dos semanas consultando cartas astronómicas para asegurarse de ello. Envuelto en una capa amarilla, se introdujo en su museo y allí descolgó su famosa espada, que le cortó un dedo con el filo de la hoja. Mientras maldecía por lo bajine y trataba de retener el hillo de sangre, Dorgon contempló la cabecita de negros bucles de Leda (realmente, el taxidermista había hecho con ella un buen trabajo).

—Oh, pronto encontraré a quien te sustituya, mujer ingrata —dijo con una reverencia. Si no hubiera sido héroe, tal vez el mundo hubiera ganado un notable actor de teatro.

Se acercó sigilosamente a la escala con la que había rescatado a la Princesa Irina (un encanto de criatura) de la Torre Negra donde la había secuestrado Ning Dok. En realidad no era la escala original, porque aquella la había perdido una vez que estuvo a punto de hundirse en una ciénaga y tuvo que despojarse de todo peso, sino una imitación de poliéster bastante exacta por la que había pagado un buen montón de piezas de plata. Recogió la escala y con ella anduvo a tientas (tropezó dos veces) hasta su habitación.

Una vez allí, se acercó a la ventana que daba al jardín. Abajo le estaba esperando su caballo blanco, tiritando por culpa del rocío. Naturalmente, Dorgon podía haber bajado por las escaleras, abrir la puerta y salir al campo, pero aquello no era muy propio de un héroe. La idea de la escala era mucho más melodramática.

Sujetó la escala al alféizar y la dejó resbalar por la pared, hasta que alcanzó el suelo. Luego se cionó fuertemente la espada al cinto y se dispuso a bajar.

Trescientos veintitrés peldaños son muchos peldaños que bajar, y lo más probable es que el que los baje se canse. Dorgon era todo un héroe, pero estaba desentrenado y había ganado algo

de tripa en su reposo. Además, estaba poco acostumbrado al peso —en otro tiempo familiar) de la espada en su costado.

Tuvo que pararse a tomar aire un par de veces. La escala se movía a ratos de un lado para otro y Dorgon empezó a pensar si no sería mejor subir y bajar por la escalera. Incluso llegó a pensar en dejar su fuga para otro día.

Una escala de poliéster no es igual que una cuerda de madera gruesa hecha por los Hombres Salvajes del País del Bosque. En realidad, una escala de poliéster falsificada no es en absoluto una escala. De esto se dio cuenta Dorgon apenas sufrió el primer traspies y se precipitó cabeza abajo.

Una escala de poliéster falsificada, hecha por un artesano bribón de Siemprepaz, cuya finalidad es una vitrina en un museo y no una pared a doscientos metros de altura, puede partirse fácilmente a la menor sacudida.

Dorgon se pegó el golpetazo padre contra el suelo. La escala se le vino encima, claqueteando los palos de madera a su alrededor conforme iba cayendo. Se cuenta que sus últimas palabras, en plena caída, desde el cielo, fueron:

— ¡Mierda de poliéster!

Wargo

© 1982, RAFAEL MARIN

Cuando la maldición del lobishome recayó sobre Wolfgang H. Lupus, este no llegó por un momento a imaginar que convertirse en bestia todas las noches del mes pudiera resultar *tan* agotador.

Y es que el planeta Caniperdogus (donde mora Wolfgang H. Lupus) tiene nueve lunas, e —indefectiblemente— una de ella está siempre llena.

Nocturno

© 1982, RAFAEL MARIN

Ese volver a casa en soledad; arrastrará los pies con nostalgia de humano muerto y para entonces ha habrá dejado de sorprenderse de que el ascensor no funcione, porque no quedará una brizna de impulso que acumular en todo el barrio. Un olor a orines rancios se filtrará desde el exterior y traerá consigo la parada en el rellano donde habrá de tomar aire; acudirá el esfuerzo de cada noche por vencer el vómito, la fatiga de reemprender el paso. Doce escalones más y por fin el piso señalado, su apartamento. David Lemmings, antiguo metalúrgico, sin profesión determinada, dejará correr un minuto de dubitación antes de pulsar la clave, dígitos de música sin contenido que Susan escogió en un arrebató infantil. Luego, la espera apoyado en una pared que tiñe, ese cerrar de ojos espantados de recuerdos. La puerta rozará el suelo al descorrerse con prestancia una cuchilla y permitirá entrever un abismo de oscuridad, el hueco que en otro tiempo él llamó su casa. Un paso al frente. Otros dos y ya estará dentro. Entonces, la indecisión. Sus ojos no mirarán la oscuridad conocida de memoria, intentarán permanecer cerrados. El click de todas las madrugadas y a trompicones se hará la luz, se romperá el silencio. David Lemmings abrirá los ojos, reticente al espectáculo de sobras aprendido. Incoluntariamente, la vista mandará impulsos a su cerebro y este reaccionará, calibrará datos, le hará sentir angustia y odio. La lámpara goteará desde lo alto luces capaces de prestar un tizne de tiempo al cubículo, resaltará el hecho de su

forma y su volumen. No quedará elección posible: los ojos deberán continuar abiertos, los pulmones no aguantarán más segundos sin recibir aire. El aflojará los músculos y se soltará lentamente los botones de la camisa, los zapatos. Habrá como todas las noches una capa de mugre en el suelo, un sin fin de platos sucios amontonados sin orden en la cocina. El lavavajillas será incapaz de ponerlo en marcha: jamás había entendido antes un ardite de las cosas de la casa; ellos solían bromear a su costa en otro tiempo. Un vaso bien cargado de alcohol tal vez le sentara de maravilla, o al menos esa idea pasará por su cabeza, pero en su despensa poco provista apenas contará con otra cosa más fuerte que agua saturada de cloro de mala calidad, y aún así deberá agradecer que en esa época del año todavía no esté sufriendo restricciones. Cansado, tomará asiento con gesto mustio y clavará sus dos ojos en las arrugas de la pared, sin parpadear, no viendo sino un muro gris y la presencia del zócalo blanco. Una sinfonía de latidos se concentrará en su cerebro, no habrá armonía en aquel ritmo que combatan sus oídos. David Lemmings contemplará por fin entonces la habitación, conociendo el destino final donde vendrá a clavar la mirada, y habrá un dolor morboso en ese su movimiento de cabeza al recorrer en rumbo norte-sur la cal de las paredes, los cuadros kistch, el puñado de libros que jamás habrá de volver a abrir ni a leer, esos cadáveres de flores marchitas que Susan dejó prendidas de un vaso en el momento de partir, y después, orientado en este-oeste, las cortinas que ya nunca verán cumplido el sueño de reemplazo por otras de apariencia menos vulgar, la media docena de sillas huérfanas del contacto de otras manos, las fotografías todo color donde continuarán sonriendo en su inocencia los espectros papel Kodak de Susan y los niños. El corazón de David Lemmings sangrará más despacio cuando alcance finalmente la meta que sin desear se habrá propuesto, esa reliquia donde habrá de vaciar sus ojos hasta que amanezca. La notificación estará gastada, comido por el tiempo el color de su cartón azul, pero permitirá todavía descifrar de un modo inteligente el mensaje de todas las noches, esas palabras que él se complace en leer una y otra vez aunque las conoce de memoria desde hace años: *Lamentamos profundamente comunicarle que su esposa y sus dos hijos han resultado designados para formar parte del proceso de eliminación del mes presente. A ello nos obligan su pobreza de recursos y la imposibilidad de afrontar con el simple fruto de sus subsidios de desempleo los gastos alimenticios y energéticos que su existencia confiere a la nación dado el problema de superpoblación que nos acosa. Los elegidos deberán presentarse mañana a primera hora en las oficinas del Departamento de Eliminación más cercano etcétera etcétera etcétera.* David Lemmings continuará fijo en las letras y los símbolos y no variará la vista aunque los minutos corran y el suministro de la batería descargue su pobre reserva de luz artificial y lo deje a oscuras en la soledad de la vivienda. Y mientras tanto, abajo, en las calles, las ratas verán de roer los últimos pedazos de algún resto de comida y el silencio de sus huesos al batir se elevará sobre las casas como una lluvia de medio invierno y llegará a los oídos del hombre empeñado en repetirse a sí mismo, y como viene siendo regla fija la noche parecerá tornarse eterna y se prolongará hasta que finalmente el sol levante su anillo de sombras e interrumpa este cielo y advierta la llegada de un nuevo día en el que acumular cansancio.

Nueva Dimension	EDICIONES NUEVA DIMENSION S.A. c/ Merced, 4-Entlo-2 Barcelona - 2 ESPAÑA
Fan de Fantasía	JOSE LUIS GONZALEZ LAGO c/ Garcilaso, 13 Madrid - 10 ESPAÑA
Blagdaross	ALBERTO SANTOS c/ Ríos Rosas, 6-6º-A Madrid - 3 ESPAÑA
Space Opera	MIGUEL A. MARTINEZ c/ Mateo García, 8-2º Madrid - 17 ESPAÑA
Kandama	MIQUEL BARCELO GARCIA c/ Secretario Coloma, 114-8º-1 Barcelona - 24 ESPAÑA
Tránsito	EQUIPO TRANSITO Avda República Argentina, 10-5º Barcelona - 23 ESPAÑA
Opcion	LUIS M. PEREA ARAMENDI c/ Capitán Mendizabal, 28-2º-B Santurce (VIZCAYA) ESPAÑA
Sinergia	SERGIO GAUT VEL HARTMAN Avda Pueyrredón, 951-7º-D 1032 Buenos Aires ARGENTINA
S/F	CELSO YAÑEZ GARCIA Apartado 206 El Ferrol (LA CORUÑA) ESPAÑA
Nova	VIDEO PUB COSMOS c/ Emperatriz Eugenia, 1 Palma de Mallorca (BALEARES) ESPAÑA

ICONOGRAFIA

Julio Septián

El pequeño protagonista de esta última sección es JULIO SEPTIEN DEL CASTILLO, madrileño de 21 años que anda por la Universidad Complutense empollándose el cuarto curso de ciencias físicas en la especialidad de astrofísica, aunque asegura que le interesa la carrera no tanto como el futuro trabajo, sino adquisición de conocimientos en lo que a la Astronomía se refiere. También le interesa la astronáutica, el cómic, la fantasía y por supuesto la ciencia ficción.

Es en el cómic donde realmente le gustaría poder trabajar el resto de la vida, es decir lo que se entiende por "ganarse la vida".

Aunque madrileño, nació en la provincia de Badajoz dándole a los pinceles desde su más tierna infancia y ganando varios premios provinciales de los allí organizados.

Tuvo su oportunidad de oro para publicar en la revista de aficionados de cómic H₂O, pero cerró cuando sus historietas estaban en la puerta. Por tanto, estos dibujos que aparecen en MASER fanzine son los primeros que publica. Espera que no sean los últimos y nosotros nos encargaremos de que así sea. Además tenemos conocimientos para asegurar que pronto lo veremos en otros lugares.

Se presentó al concurso de COMIX INTERNACIONAL en las modalidades de historieta e ilustración quedando finalista en esta última. (Aquí añadiremos en forma de autobombo que los ilustradores presentados por MASER fanzine fueron todos finalistas: Julio Septien y Antonio Morata en ilustración, mientras Ricardo Machuca lo era en historieta).

Las técnicas que utiliza son muy diversas: rotulador, tinta a plumilla, o con roting, esponja o pincel, el lápiz blanco, incluso bolígrafo. Para las ilustraciones a color, principalmente el gouache a pesar de que anda buscando utilizar el aerógrafo.

Sus favoritos llenarían toda una pared, pero nos ha seleccionado los siguientes: para el cómic, Alfonso Font, Juan A. Giménez, Segrelles, Enki Bilal, Neal Adams y el finado Harold Foster.

Entre los ilustradores están Segrelles, San-Julían, Corben, Foss, Jim Fritzpatrick, Peter Jones y Angus McKie.

Es capaz de leer cualquier cosa que se le ponga por delante, si es de ciencia ficción y de fantasía (heroica), mejor, pero se decanta principalmente hacia Silverberg, Larry Niven (si no nos ha dicho cuánto le gusta LA PAJA EN EL OJO DE DIOS veinte veces no nos lo ha dicho ninguna), Herbert, Anne McCaffrey, Ursula K. Leguin, Scott Card, George R.R. Martin y también Rafael Marín, Gabriel Bermúdez, Sáiz Cidoncha y Domingo Santos.

Caso aparte es J.R.R. Tolkien, cuya novela EL SEÑOR DE LOS ANILLOS le parece la mejor novela que ha leído nunca.

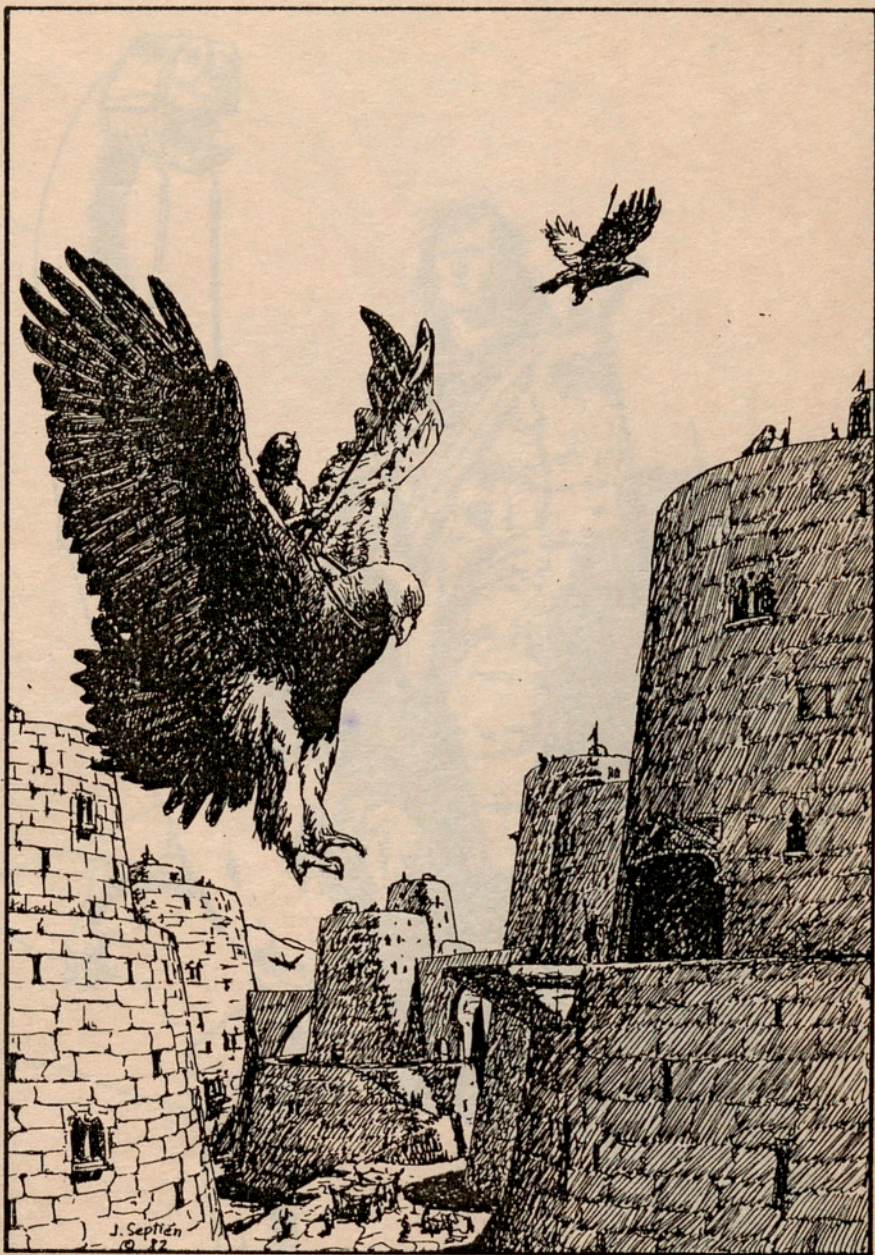
Se interesa por la ecología como problema fundamental a nivel planetario y por el cine (si es de ciencia ficción mejor).

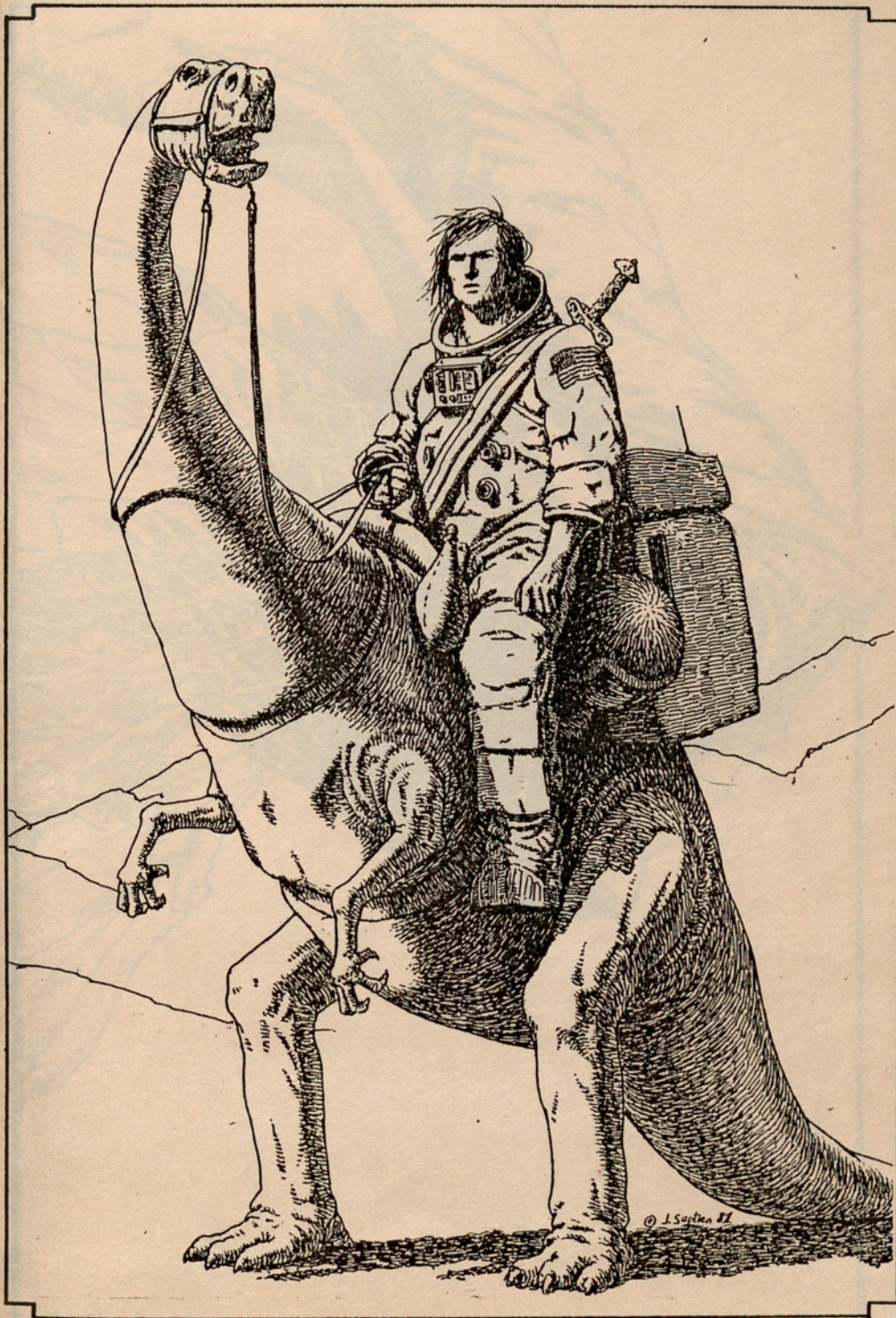
Uno de los últimos desmadres es la realización de una película de corte space-opera en dibujos animados. MASER fanzine, a los niveles que le es posible, le está prestando el apoyo que necesita y esperamos que la realización sea un éxito tremendo porque si lo es habrá más y nosotros seguiremos con él mientras nos deje.

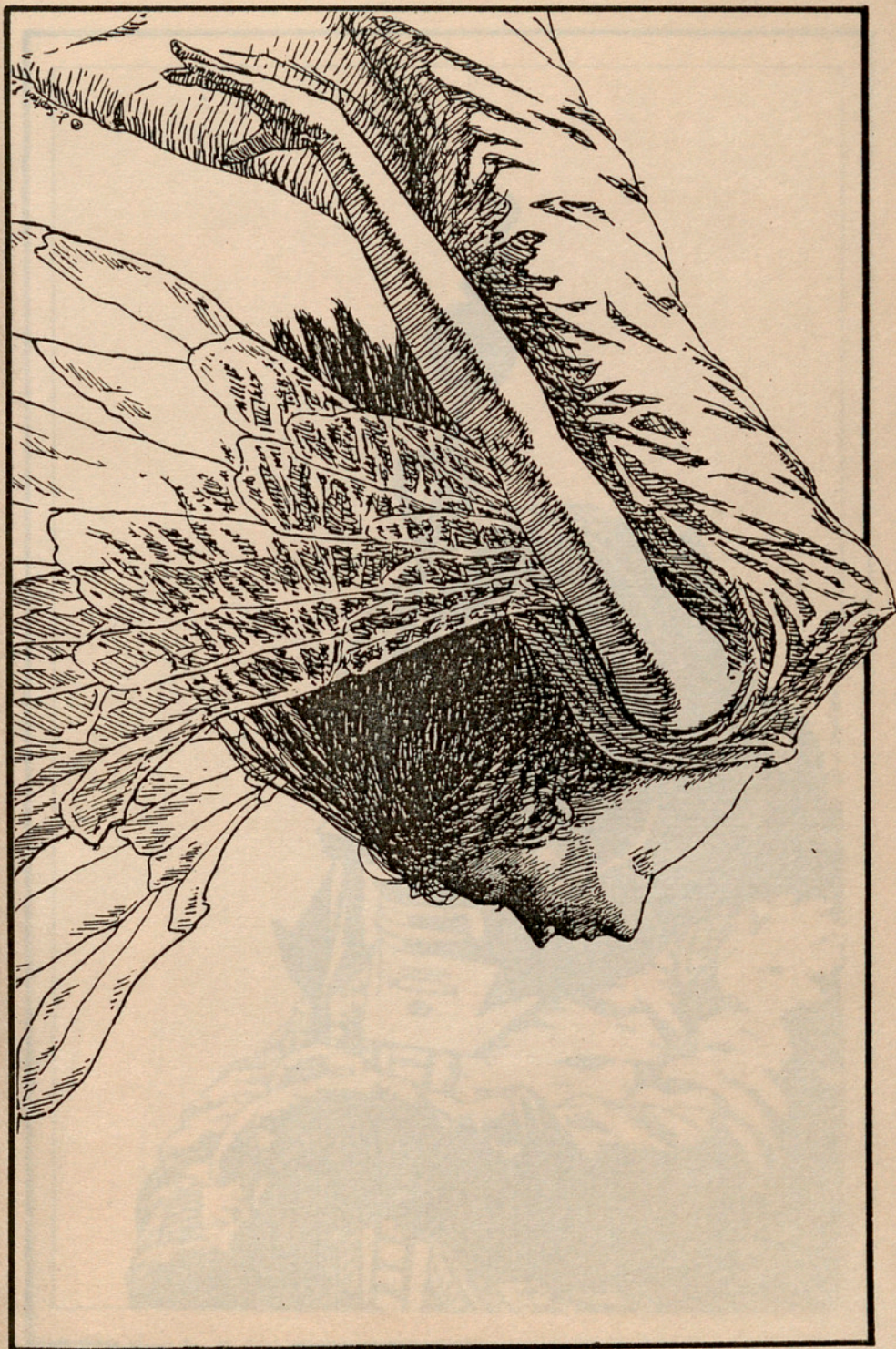
"¡Ah! Y, de vez en cuando, también pergreño algún ratillo que otro .."

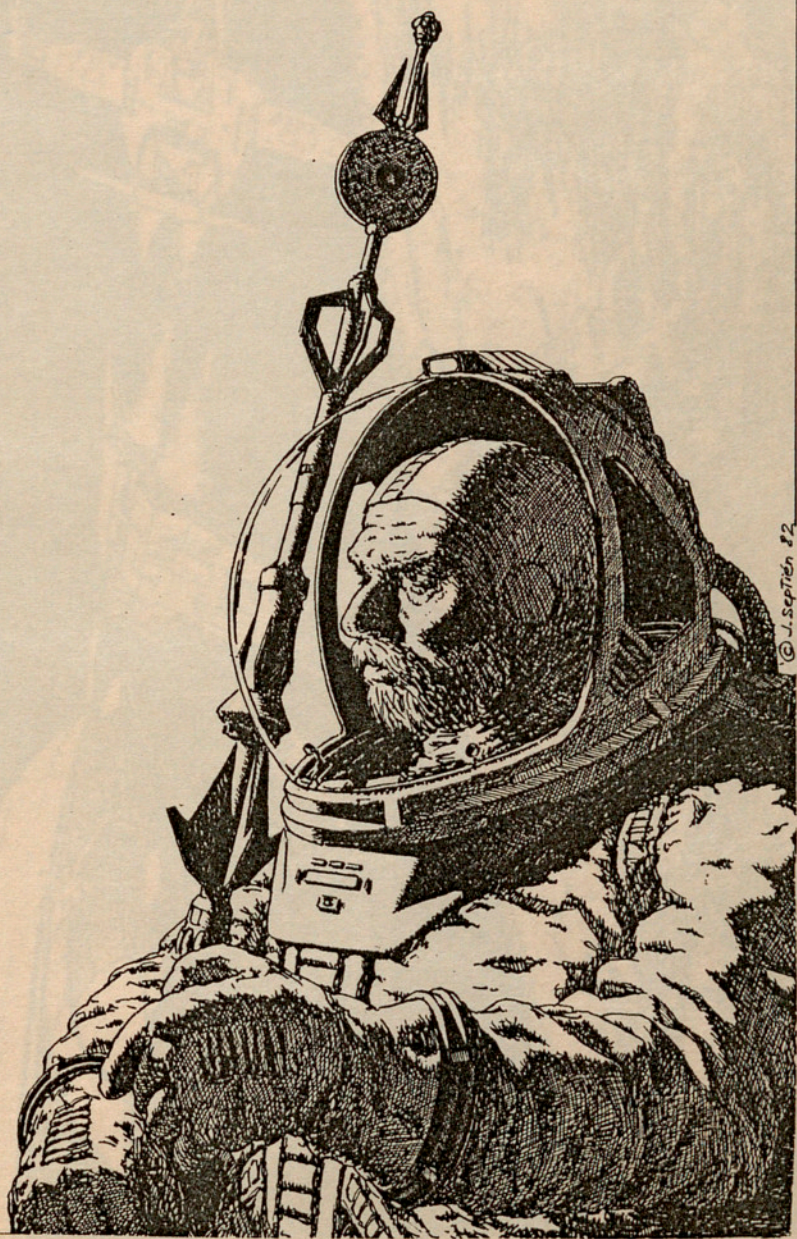
Julio Septien volverá a aparecer en nuestras páginas. Aquí tiene un adelanto a cuenta. Míralo bien que no tiene ningún tipo de desperdicio.

De entrada, ya sabemos que algo está ilustrando para SPACE OPERA y un coordinador de comics ya le ha pedido originales.

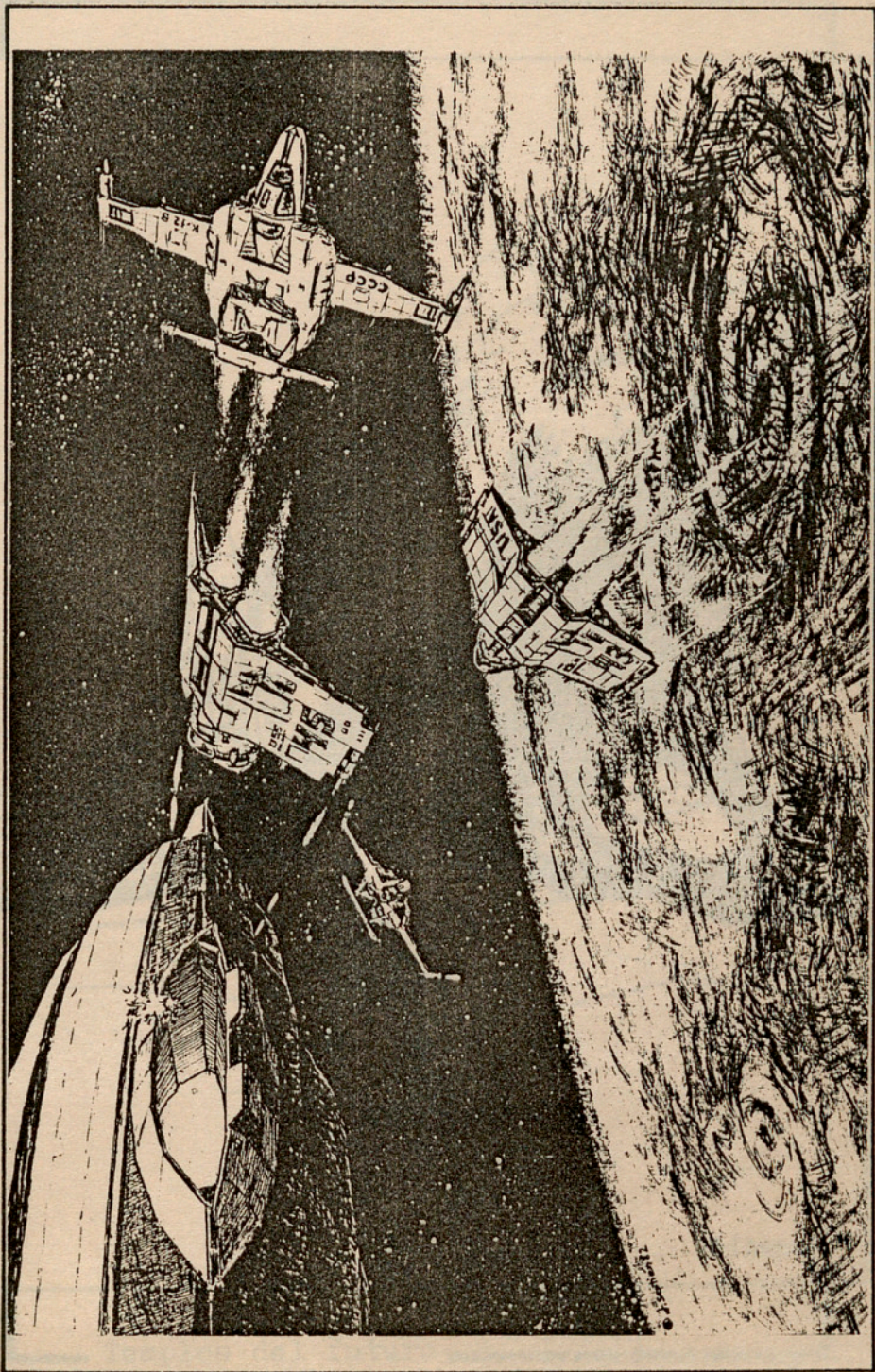


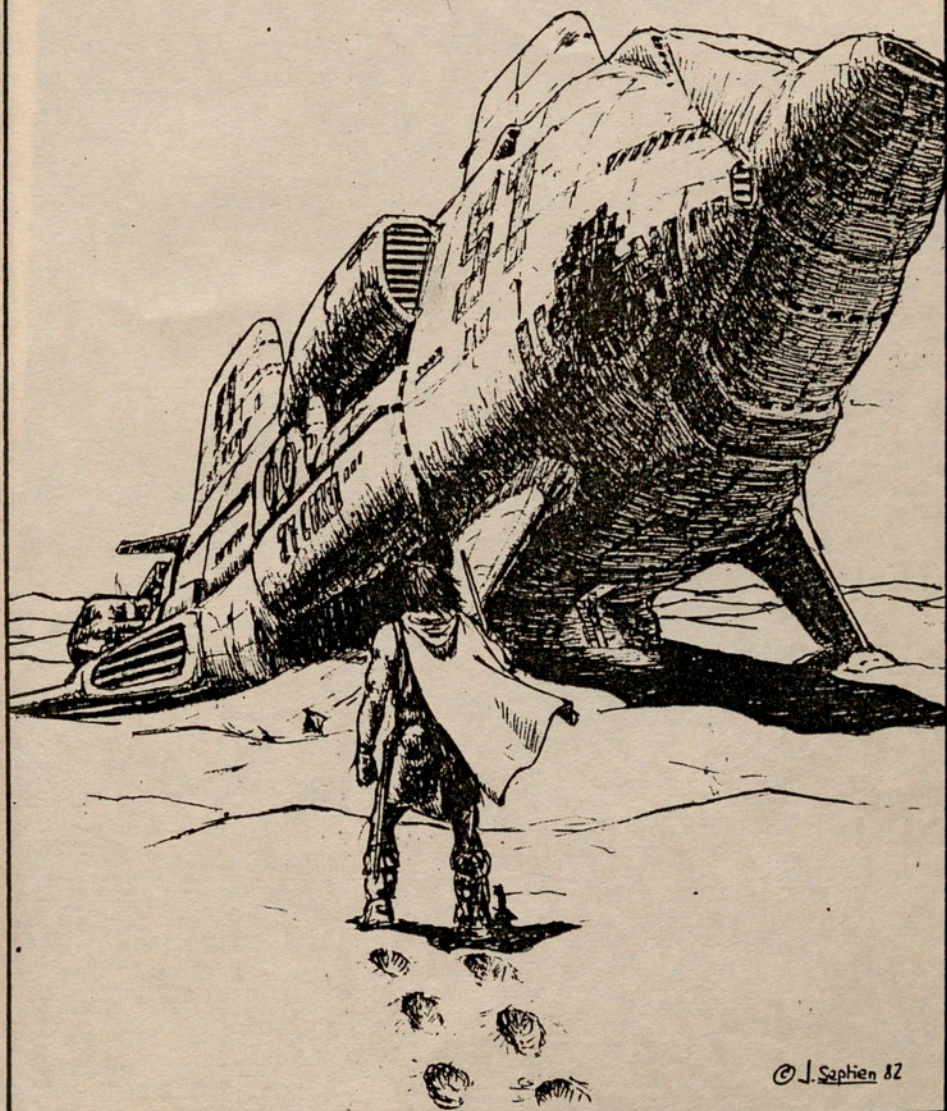






© J. Sepin 82

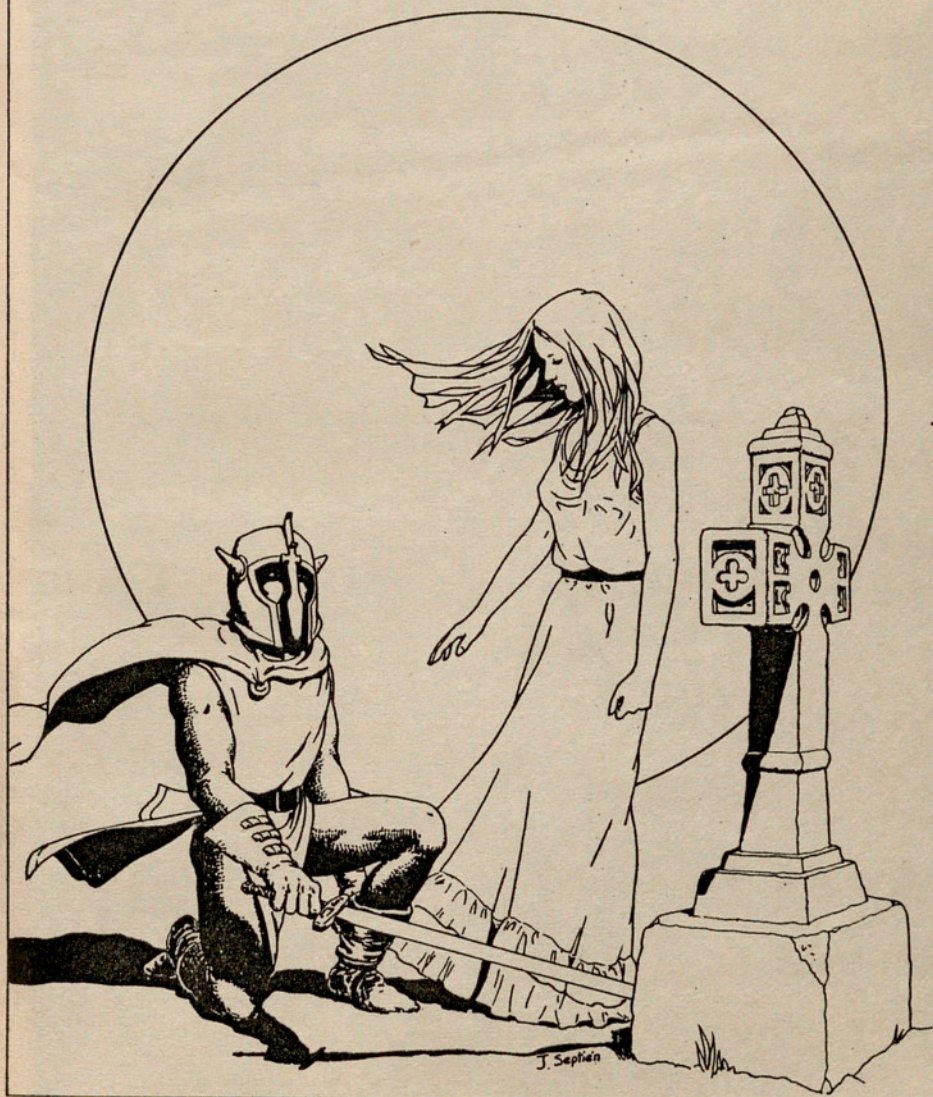




Templos del futuro



© SEPTIEN
- 83 - ABRIL -



Ya lo hemos dicho antes, pero lo repetimos ahora:

El precio no el valor, que es muy superior, de un número suelto va a ser de 250 pesetas a partir de ahora. Simultáneamente te ofrecemos el palpable beneficio de suscribirte por tres números. De esta forma te costará *sólo 640 pesetas*.

Sabes que la suscripción nos beneficia a ambos: tú recibes los números un poco más baratos e inmediatamente a la salida del horno. Nosotros contamos con un pequeño (pequeñísimo, no te vayas a pensar) capital que nos ayuda a programar otros números conociendo su tirada anticipadamente.

Nos es conocida la terrible cuestión de las suscripciones pagadas y que no han respondido como se pensaba. No podemos dar nada más que nuestra garantía personal de que esto no va a sucederte en este caso. Si el fanzine deja de publicarse, el resto de las suscripciones se devolverá a sus legítimos dueños. Y aún más: si decides dejar la suscripción que tenías con nosotros, únicamente descontaremos el precio de los números que te hayamos enviado y recibirá el resto.

No te atas porque nosotros no queremos amarrar a nadie. Así de fácil.

¡Haz un esfuerzo! Mándanos tu dirección completa y correcta y añade un giro postal de 640 pesetas. Si prefieres recibir los números contra-rembolso, los gastos los deberás pagar de tu bolsillo.

Nombre y Apellidos		Teléfono
.....		
Dirección completa		
.....		
Ciudad	D.P.	Provincia
.....
Me suscribo a MASER fanzine por tres números a partir del número inclusive (hasta el).		
El pago lo realizo por:		
<input type="checkbox"/> Giro Postal número		
<input type="checkbox"/> Metálico		
<input type="checkbox"/> A reembolso del primer número de la suscripción (más gastos de envío).		

